3 1761 08096493 5

Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/cartasdeeuropa00roja

41
336LJ

CARTAS DE EUROPA

OBRAS DEL AUTOR

La Victoria del Hombre, (poema).
El País de la Selva.
El alma española.
Cartas de Europa.
Cosmópolis.
La ronda de la Muerte, (en preparación).

RICARDO ROJAS

Cartas de Europa

SEGUNDA EDICIÓN

BUENOS AIRES
M. RODRIGUEZ GILES, EDITOR
Corrientes, 1379
1908

LIBRARY
DEC 11 1968
UNIVERSITY OF TORONTO

D
919
R73
1908

A sus camaradas de
«La Nación»
Donde estas cartas se publicaron
Dedícales
R. R.

«¿El poeta Rojas en Europa...? ¿Qué va á hacer? ¿Por »qué exponerse á que las grisetas del boulevard lo miren »de hito en hito, sin sospechar que bajo el color oliva de »su rostro, hierve el aceite de una lámpara de oro, y que »bajo esas fibras de carbón adusto al peine, yacen en »huecas de indio las cristalizaciones del sol más linaju»do de la tierra?

»A Rojas, como á los demás poetas bien raizales, debía »la República coronarlos de roble y ñandubay, y en vez »de permitirles estas excursiones por Europa, ponerlos »de patitas en lo más intrincado de la selva, á recoger »mieles líricas en los panales y los nidos, á ver de olvi»dar lo que aprendieron en la escuela y á ponerse en »acecho de los sátiros y hamadriadas aborígenes.

»Su misión oficial debía ser la de interpretar el cruji»do de los troncos y los gemires de las hojas, hasta dar »de nuevo con la voz errante de nuestro sentir profundo, »ahuyentada del corazón americano por los cobres y pi»fanos de una civilización dictatorial.»

Se acuerda usted, mi querido Eduardo Talero, cuando hace más de un año se preguntaba usted en Buenos Aires: «¿Ir un poeta americano á Europa?... ¿Y para qué?... Día llegará en que tal viaje pierda el prestigio sacramental que hoy nos fascina.»—Su protesta halagó nuestro americanismo, y en la sonora fiesta fraternal, los amigos que me despedían para este viaje, aplaudieron su ingenio al oirle las hermosas palabras que encabezan esta advertencia... ¡Ah, si la República coronara de roble y de ñandubay á sus poetas, no buscaran ellos en el éxodo y las peregrinaciones azarosas el lenitivo de sus secretas amarguras, ni recurrieran para el sustento del camino, á la producción forzada y premiosa, que si no malogra, retarda al menos la obra donde florece el genio de una raza!... Pero yo busqué, sin embargo, dar un objeto á mi viaje, y estas páginas son testimonio de mis afanes. Yo procuré ser útil á mi patria y digno de ella en el extranjero. Yo no llevé mi ofrenda de mirra salvaje á la casa de los pontífices literarios. Yo desdeñé el elogio fácil de los maîtres *que ignoraban mi idioma. Yo me acerqué á hombres y monumentos con tal independencia mental que mis opiniones de meteco sublevaron alguna*

protesta. Yo dije á públicos del viejo mundo las esperanzas del nuevo. Yo torné más alto y puro mi corazón ante las nobles figuras del arte clásico. Yo admiré de Europa la razón secular de su cultura, é inspirándome en ella, prediqué á mis lectores del Plata un evangelio de belleza, y el objeto constante de estas Cartas, *fué encarecer la devoción al ideal como contrapeso de los esplendores materiales. Ahí reside para mí la diferencia entre las viejas y las nuevas civilizaciones, y al admirar de estas sociedades la tradición civil de su cultura, no lo hice en detrimento de las cosas nativas: antes bien procuré dar nueva vida á ese culto europeo del ideal con la pasión americana de mi alma que enardeció la ausencia. Y puesto que esta última es tan férvida en vísperas del retorno como lo fuera en vísperas del viaje que ya toca á su fin, vaya á la publicidad este libro de evangelización idealista, mientras yo quedo en mi habitual retiro, elaborando el sueño de esa obra futura donde florezca en concreción de arte la savia espiritual de nuestra estirpe.*

RICARDO ROJAS.

París, Junio de 1908.

I

Desde París.

CRISIS DEL MIDI

París, 21 de junio de 1907.

He llegado á París en momentos de la gran crisis política del Mediodía. La cuestión, originada por una simple lucha de intereses industriales, se ha magnificado hasta revelar el progreso de las ideas libertarias dentro del ejército, comprometer la estabilidad del Gabinete, y colocar á los meridionales de Francia en una grave hostilidad económica frente á las comarcas del Norte. Los motines militares y los sucesos de la revuelta popular, que han ensangrentado durante la última semana, las calles de Narbona, de Perpiñán y de Béziers, no han tenido, sin embargo, en esta capital otra repercusión que la unánime alarma periodística y los gestos de la agitación parlamentaria. Las acefalías comunales, las barricadas, los incendios, las prisiones, las sublevaciones de tropas, toda la conmoción regional, no han interrumpido ni por un momento el ritmo normal de la vida parisiense. Los parques y las plazas, como las hermosas Tullerías, que ahora mismo contemplo desde mi balcón, no han cesado en su cotidiano verbenear

de niños alegres y parejas amantes, jugando al «diablo», los unos, entre la gracia florida de los parterres; los otros abrazándose, junto á los bellos mármoles que enseñan el beso—una Bacante de Carriere-Belleuse, una Cybeles de Regnaudin. Las pululantes avenidas, como la rue Rívoli, que veo también desde mi ventana, no han paralizado un minuto el tumultuoso rodar de los fiacres lucientes y los automóviles veloces, ni el andar inquietante de las grisetas—Mimís probables ó Musetes posibles—que á la hora de la tarde vuelven de sus talleres con rumbo incierto, en bandadas parleras y polícromas, con algo de aves y algo de mujeres. Los bulevares galantes, con tanto Olimpia y Vaudeville, coruscando de luces á la vera, las vías cosmopolitas donde se encuentra á muchos argentinos—demasiados argentinos, quizá—tampoco han interrumpido, entre la ronda de burgueses turistas, la apoteosis nocturna de su Cocota, esta serpiente mullida de sedas y con cabeza humana, que publica, en el oro simbólico de sus cabellos, el precio de su desnudez. Y así, en la catacumba sonora de los Metró y en el camino errante de las aguas del Sena y en los café-conciertos de las frondas del Bois. Y así en todos los sitios de la vida exterior, en las sendas por donde primero se derrame la curiosidad del peregrino, hasta que pueda penetrar en las intimidades de la vida doméstica y comulgar, en institutos y museos, con la Belleza y la Verdad de los siglos... Pero, á pesar de todo ello, cualquier recién llegado medianamente observador, ha podido sentir en la atmósfera de esta capital del mundo, el viento de la interna crisis política.

Recorriendo el viajero esos lugares, al solo impulso del ansia epicúrea, no hubiera sospechado que, encendida la guerra civil en cuatro departamentos vinícolas, la turba de los lagares sublevada, empurpuraba la tierra con los jugos de una siniestra vendimia. Pero, si á simple vista la ciudad febriciente y sensual parece existir completamente desvinculada de la nación, hay, en cambio, arterias ocultas y tegumentos vivos y nervios invisibles que la ligan á la patria francesa. Tal es el secreto de su perpetua juventud y de su prolongada hegemonía. Es el ideal que nosotros deseamos también para nuestro país: una metrópoli donde el cosmopolitismo no haya cegado las fuentes nativas. De la campaña y la provincia, tan ridiculizada en sus revistas «pour rire,» viene á esta capital su fuerza renovadora. París es un viejo árbol de leyenda y de amor, cuyas ramas ligeras ofrecen á la gula de los hombres su poma dorada, pero cuyas raigambres se abrazan á las rocas geológicas y se abren en lo subterráneo hasta el mar y los ríos de sus fronteras. Por eso durante la última semana se ha hablado apasionadamente, en ciertas esferas, de los asuntos del Mediodía. La prensa, sin distinción de filiaciones, continúa detallando sus crónicas con epígrafes á varias columnas. La Cámara ha oído en violentos debates las acusaciones del diputado Aldy y la defensa de M. Clemenceau. Marcelin Albert y Ferroul, los caudillos de la revolución meridional—así la han llamado algunos periódicos,—son ya prisioneros del Gobierno. Y como quiera que tanto fragor de tribunas y de armas, bien que hacía augurar fieros desastres, amenaza convertirse

en un capítulo de Daudet, esta nueva crisis, aun conjurada, obliga á meditar cosas profundas sobre la historia y el destino de Francia, guía y mentor de nuestro propio espíritu latino.

Ha ocurrido con los sucesos del Mediodía lo que pasa con todas las agitaciones populares: van creciendo y alejándose de su origen, como cuando caen, saltando escarpas, los aludes. Dado el impulso inicial, sus mismos promotores son ya incapaces de detenerlas ó de prever su fin. La turba incendiaria de la Bastilla no hubiera podido decir cuál sería el desenlace de la Revolución. El cabildo abierto de Buenos Aires, al discutir la legitimidad del Virrey, no presentía el desarrollo futuro de la Independencia. Los ingleses del Norte-América, cuando resistieron el impuesto al té, no pretendían, con designio expreso, la fundación de una nueva República. El agua desbordada de la demagogia, siguió en cada ocasión el plano inclinado de sus propias comarcas y fué, saltando viejos diques y enlodadas riberas, á encauzarse en cañadas imprevistas ó á fecundar silvestres llanuras. Tal es, con menos trascendencia, lo que ha pasado en los departamentos del Sur. Los fabricantes de vino habían descubierto que la producción vinícola del Norte era el resultado de un fraude ruinoso para los meridionales y nocivo para el pueblo que lo consumía. Los «fraudeurs» fueron denunciados y acusados. Se trató entonces de pedir al Gobierno medidas enérgicas que salvaguardasen los intereses y la salud de la nación. Un meeting colosal fué organizado. El movimiento iniciado por los productores del Midi conquistó

la adhesión de los paisanos en toda la región, y la de sus autoridades municipales. Ante la actitud ambigua y sospechosa del Gabinete, la petición originaria se tornó exigencia y protesta. Los funcionarios dimitieron paralizándose totalmente la vida administrativa. Se resolvió suspender el pago de los impuestos. Iban creciendo y contagiándose los entusiasmos populares, fácilmente inflamados en aquellas tierras de sol. Esto pasaba cerca de Tarascón, la patria de Tartarín. Ante la gravedad del peligro, el Gabinete acordó sofocarlo por la fuerza. Los socialistas aplaudían entretanto á los obreros rurales del Mediodía, y señalaban el fraude del Norte como el fruto de la competencia capitalista. Del otro lado, los reaccionarios fomentaban el movimiento, atribuyéndolo á la inepcia gubernamental, como es de práctica en tales casos, y esperaban junto al remanso, los medros del pescador. El partido radical, desde sus puestos del Gobierno, profetizaba, horrorizado, el desmembramiento de Francia. Arrebatado cada individuo por la ebriedad de la muchedumbre insurgente, se supo entonces que las turbas frenéticas de Perpiñán incendiaban la Prefectura y las de Montpeller pretendían hacerlo con el Palacio de Justicia. Las mujeres amotinadas al par fueron á levantar los rieles de las vías por donde debían llegar sus propios hijos, conscriptos de las tropas enviadas para dominar la Revolución, y agravándolo todo se vió que esos regimientos llegaban sublevados y que los conscriptos, meridionales también, se pasaban á las filas del pueblo, arrojando el quepis por los aires.

Tal me parece, en el momento que escribo, la

explicación más sintética de la primera faz de esta crisis. Lo que hoy se discute en el Parlamento y en la prensa, no es solamente la justicia de los caudillos prisioneros y de los motines ya dominados, sino la conducta de M. Clemenceau. Se le acusa de vacilaciones en su voluntad y de ambigüedad en su pensamiento. Parece, en efecto, exacto, que este hombre, tan enérgico antaño en la oposición, pretende aplicar hogaño en el poder recursos aprendidos en el «Tratado del Príncipe». El había dicho que sería inflexible con los soldados rebeldes. Se le avisa posteriormente que los conscriptos sublevados prometen desde Béziers volver á Agde, donde se hallan sus jefes, siempre que el Gobierno prometa no perseguirlos. Y M. Clemenceau responde: «Que los soldados se pongan á disposición del general: el Gobierno les tendrá en cuenta su sumisión.» (!) Sus enemigos le recriminan después en la Cámara haber pactado con el motín, y él contesta: «Yo no he prometido el no perseguir á los amotinados: yo simplemente he dicho que si los amotinados se sometían, el Gobierno daría pruebas de clemencia.» (?) Aparece más tarde Marcelin Albert, antes oculto y fugitivo. Perseguido por la justicia y el ejército, llega de incógnito á París He oído decir que es un buen hombre, ingenuo, convertido en cabeza de la Revolución por el azar de las circunstancias. Su pueblo le llama «el redentor,» pero viene tal vez arrepentido de su obra, alarmado ante sus proporciones imprevistas, y consigue celebrar una conferencia secreta con el jefe del ministerio. Clemenceau procura convencer á Albert de cuán patriótico sería contribuir á

la pacificación del país. Tal vez le pinta los peligros de la guerra civil. Acaso invoca la unidad de la Francia. Y cuando el caudillo va á partir, el ministro le interroga como al desgaire:—¿Tiene usted recursos para el viaje?—¡Qué ha de tenerlos! Es un fugitivo... Y el ministro tiende al adversario un billete de cien francos que acaba de sacar de su bolsillo. El revolucionario se niega á recibir. M. Clemenceau insiste. ¿Por qué no aceptarlo? No es el ministro quien se lo ofrece, es el conciudadano quien se lo da. El meridional, impresionable y repentista, acepta, conmovido por aquel bello gesto de nobleza. Cuando llega á Béziers, al proponer la pacificación, refiere públicamente los hechos. Una montaña de sospechas lo abruma desde aquel momento. Se piensa en un soborno. En la imaginación de aquella muchedumbre bulliciosa, bajo el sol legendario, la cifra «100» de ese billete multiplica sus ceros... Y, como por un encanto se desvanece la popularidad del redentor—¿No es esto refinadamente maquiavélico? Se le acusa más tarde á Clemenceau de haber dividido al país con su aturdimiento; se habla de «la dictadura» que ejerce, se le caricatura con las manos ensangrentadas estrechando las ensangrentadas manos del Zar, gozoso y digno ya de semejante alianza. M. Aldy va al Mediodía y vuelve á rectificar en la Cámara los informes oficiales de los prefectos. Entonces M. Clemenceau dice que él aceptaría una encuesta. Jaurés recoge la idea y la propone en forma de moción. El ministro comprende su error y retrocede:—¡No, no! Ha dicho que aceptaría una encuesta pero cuando el país esté pacificado, pues ahora será muy

difícil el esclarecimiento de la verdad. No se sabe si es la ingenuidad ó la astucia lo que le dicta esas palabras: la averiguación después que todo haya pasado ¿para qué? Y así el hombre hábil va triunfando, bien que M. Brousse, diputado socialista, se atreverá á decirle en esa misma sesión del 22 de junio: M. Clemenceau: Vuestro nombre será maldecido por las generaciones republicanas.

Lo que recién llegado á París me interesa en esta crisis, no es, desde luego, la efímera victoria de sus hombres ni el triunfo pasajero de sus partidos. En ella me interesa la filosofía que de los hechos fluye. Me interesa, como corresponsal de mis lectores de Buenos Aires, la sensación panorámica de la sociedad francesa que nos ofrece el asunto. Me interesa, como americano, la suerte de las ideas en debate, lo cual constituye la superioridad de la política francesa sobre la política argentina. Me interesa, como latino, el porvenir de Francia, para que siga siendo en la ola móvil de la democracia experimental, la quilla y la proa de las naciones. Si descendemos al detalle, también aquí la guerra de los bandos se empequeñece. La pugna de las pasiones humanas es la misma. Aquí como allá, hay hombres que defienden sus posiciones y hombres que desean conquistarlas; y, como lo habéis visto, hay además violencias, astucias, motines, asonadas, pronunciamientos. Sin embargo, media entre esto y aquello una diferencia enorme. Aquí la caída ó la ascensión de un hombre, importa el fracaso ó la epifanía de un ideal—y es eso lo único que puede em-

bellecer ante la historia el cuadro de las luchas cotidianas. Acá como allá, la popularidad de un Marcelin Albert puede perderse en un instante, y caer en injusto desprestigio el héroe de la víspera. Acá como allá se necesita la mediación de la distancia ó la muerte para que se reconozca una virtud superior en combatientes del día. Tengo en Buenos Aires algunos amigos que admiran á Clemenceau ó á Jaurés, comprometido ahora en un combate singular—como lo veréis más adelante,—y oigo decir de ambos abominaciones en París. Aquí como allá se busca en la intriga y la sugestión popular un medio de victoria. Los unos dicen que estos sucesos son la máscara del movimiento reaccionario; los otros afirman que puede ser el comienzo de la revolución socialista. Unos acusan al ministerio radical de haber ensangrentado el país con la guerra civil; otros inculpan á los defensores del Midi de haber querido desmembrar á la Francia. Fácilmente se comprende el cariz, más efectista que real, de este último argumento, pero no obstante ha sido lanzado con vehemencia en la Cámara. Si alguna nación de Europa reposa en una verdadera y sólida unidad de territorio y de espíritu, esa es la nación francesa. España se retuerce entre la centralización monárquica y el federalismo endurecido de sus antiguos reinos. Inglaterra es un imperio disperso. Alemania aún necesita de un nuevo 70. Italia tiene varias capitales, y aún le son menester libros como «L'idioma gentile», de D'Amicis. En Francia no podría malograrse en una hora de locura tartarinesca la obra de los tres Carlos de Valois, el V, el VI y el VII, realizada durante la guerra de Cien Años para

unificar el territorio. Ni la del grande y complicado Luis XI, unificando la administración civil sobre las ruinas del feudalismo por él vencido. Ni la de Francisco I, expulsando á los ingleses, ó yendo hasta más allá de los Alpes. Ni la de ese gentil Enrique IV—que tuvo el escepticismo y la *allure* de un hombre moderno,—consolidando la libertad de conciencia con el edicto de Nantes, lo cual significaba poner término á la división religiosa. Ni la de ese cardenal Richelieu, que supo en la diplomacia anteponer los intereses de la unidad política del reino á todo escrúpulo dogmático, ya se tratara de los católicos de Roma ó de los protestantes de Suecia. Ni la de ese suntuoso Luis XIV, que completaba la unidad territorial con el tratado de Westfalia y la paz de los Pirineos. La desmembración originaria del Imperio de Carlomagno no fué debida al azar, sino á la lógica de los límites geográficos. Después la tierra de los francos no hizo sino ir á la Francia por la fuerza de la Naturaleza. Por eso fracasaron las veleidades imperiales de Carlos el Temerario. Lo de la desmembración del Midi, no ha sido, pues, sino un fantasma de la política militante para detener al Gobierno y á los revoltosos—y eso mismo demuestra el prestigio que el nombre de la patria francesa tiene para todos los hombres y los partidos de Francia.

La crisis del Mediodía no ha sido en sus orígenes sino un simple desenlace de la competencia industrial. Su gravedad ulterior no es sino la consecuencia del estado de excitabilidad que hoy aflige á esta democracia, fluctuante entre un pasado que

se va y un porvenir confuso que llega. En tal sentido constituye un episodio de la cruenta lucha comenzada hace más de veinte años, y ha dejado de ser la perturbación de una comarca para convertirse en una inquietud nacional. Síntoma de esa inquietud en París ha sido el mitin socialista de Tivoli-Vaux-Hall, celebrado anoche por iniciativa de *L'Humanité*, bajo los auspicios de la Federación del Sena. La sala de Tivoli, donde se realiza la asamblea, está en el antiguo barrio de la Revolución, cerca de la plaza de la República, y no lejos de la Bastilla. Voy á oir, por vez primera, la palabra gesticulante de Jean Jaurés. Hablará sobre la crisis del Midi y la política general. Cuatro mil trabajadores llenan el recinto. Agentes armados custodian las calles inmediatas; más tropas aguardan cualquier llamada en el vecino cuartel de Château-d'Eau; hay gran apercibimiento de fuerzas; y todo esto bajo un ministerio radical, lo cual demuestra que el radicalismo es excelente como arma de oposición, pero pesado como instrumento de Gobierno. La reunión se realiza, sin embargo, en un orden completo, á no ser los gritos que al finalizar atruenan la sala, entre los sones de su himno:—¡Vive Jaurés! ¡Vive la Sociale! ¡A bas Clemenceau!—pues son objetos de la asamblea votar un manifiesto de adhesión á los trabajadores del Mediodía y formular, por boca de su rugiente leader, el proceso del actual presidente del Gabinete. El ciudadano Hervié preside y cede la palabra al orador, ante la muchedumbre que aclama. Jaurés se adelanta con su buena silueta burguesa, la cabeza inexpresiva,

el pelo al rape, y la U ya rucia de la barba, enmarcando la cara que enrojecerán las cóleras de la arenga. La tribuna es amplia, como conviene al tono á veces familiar de su palabra, y á la mímica siempre desordenada de sus ademanes, tal cuando se pasea por ella de un extremo al otro, ó cuando empieza dirigiéndose á los de la derecha y termina dirigiéndose á los de la izquierda, ó cuando interrumpe el discurso para comentar una voz, una objeción que sale del fondo del auditorio, ó cuando alza los dos brazos, mientras concluye el frondoso párrafo, casi hasta unir los índices proféticos por sobre la cabeza que se agacha frunciendo un gesto combativo. Así va electrizando á su auditorio, hasta sintetizar la situación en estas ideas: «la República Demócrata llega en Francia á sus postrimerías y estamos en las vísperas de la República económica...» Hace algún tiempo, las profecías de Zola sobre la revolución social, para de acá á veinte años, parecieron un lirismo. Y he aquí que un diputado sube á la tribuna para vaticinarla como hecho cercano. Según él, el régimen actual se halla defendido en Francia por el partido radical, formado por hombres suficientemente progresistas para no ser reaccionarios y suficientemente tímidos para no ser socialistas. Burgueses más ó menos liberales habían prometido á la nación un programa de reformas avanzadas, cuando las creyeron una esperanza improbable, y ahora que la nación las exige como hechos posibles, intentan detenerse ó retroceder. «Yo me explico estas vacilaciones del Gobierno—dice,—porque con la separación de la Iglesia y el Estado, la disolución de las congre-

gaciones, la limitación de la enseñanza religiosa, el impuesto á la renta, la supresión de los tribunales militares y la representación proporcional, llega á un extremo en que retroceder es caer en la reacción, donde están el militarismo, el clericalismo, el sectarismo, el capitalismo, la aristocracia y los privilegios, y en que avanzar es caer en la Revolución, donde están el socialismo, el colectivismo, el liberalismo, el antimilitarismo y la igualdad. Pero Francia no puede detenerse. Si el partido radical es impotente para cumplir su destino, debe dejar su puesto á otras fuerzas más eficaces.» Jaurés interpreta la cuestión del Midi como un resultado de la expoliación capitalista y de la competencia anárquica en la producción. La adhesión de los paisanos es para él una explosión de miseria, y son, con las sublevaciones de tropas que se negaban á tirar contra el pueblo, síntomas de un régimen que llega á su término... La muchedumbre, persuadida, aplaude, grita y canta. Salgo de Tivoli-Vaux-Hall con la mente poblada de visiones. Los soldados de la República aguardan en las calles del barrio histórico y sombrío. Fresco es el aire de la noche...

Al día siguiente, como ha sido de trajín y emociones el día de la víspera, siento ansias de aire sano y pacificador. Y como tengo jardín cercano, voy á pasearme en las legendarias Tullerías, donde á lo largo de las sendas bordeadas de altos árboles y mármoles divinos, la memoria puede evocar aún el recuerdo de las gentiles Reinas de Francia, desde María Antonieta, aprisionada aquí junto al esposo, por la vengadora muchedumbre que á la

caída del antiguo régimen invadiera el Palacio, hasta Catalina de Médicis, que fundara en el siglo XVI ese mismo castillo real, que ya no existe, pues fué quemado en los días de la Comuna, también por la ira ciega de las muchedumbres vengadoras.

EL DIA DE LA REPUBLICA

París, 14 de julio de 1907.

Hoy es el día de la República y para celebrarlo, París está de fiesta. A lo largo de las calles, la brisa de este julio benigno hace ondear en el aire los lábaros multicolores de otras patrias junto á los lábaros de Francia. La capital del mundo ostenta su cosmopolitismo en la variedad de esas banderas, como Buenos Aires en su mañana de mayo. La del yanqui invasor está en todas partes, regocijada de su gloria. La de Alemania cuelga en contados sitios de cortesía diplomática. Entre los pabellones de Sud América prepondera el del Brasil, mientras el sol y el azul del nuestro—como síntoma de una ignorancia europea de que nosotros somos responsables,—sólo tremola en la Legación Argentina, en el Banco Español, en el Hotel que habito y en el Palais Bourbon, ó sea la Cámara de Diputados, donde, por otra parte, flamean todas las enseñas del Nuevo Mundo. Son más que trapos ornamentales esas banderas, y al ondar y sonar como una lengua, algo dicen al viento y al oído del caviloso viajero. Pero bajo

esta decoración del ceremonial, tan sólo significativa á los ojos del corresponsal argentino, siento que bullen y pasan, inconscientes en su alegría, las voces del público regocijo. Van en las alas ágiles de esa brisa ligera, el tintineo de los coches engalanados, el eco de las músicas callejeras, el son de las claras risas. Guirnaldas de flores exornan los ventanales de ciertos barrios, donde gallardetes y faroles chinescos, tienden sobre las calzadas su techumbre polícroma. Algo de una mañana de carnestolendas tiene este día de festival parisiense. No es el rumor austero del culto patrio el que vibra en el ámbito. La proverbial alegría gala desborda, y á su contacto electrizante la ciudad gesticula, salta, ríe, canta, brilla, danza, toda ella infantil y matinal, primaveral y femenina. Y pues la vida visible de París gira en torno de la mujer victoriosa, con más razón ha de serlo, para el entusiasmo popular, en este domingo de su mejor efeméride.

He renovado, durante uno de estos últimos días, en las salas del Hotel Carnavalet, la tragedia agitada de la Revolución, cuyo triunfo hoy celebra París con los ecos de su inmortal risa pagana. La inteligencia impersonal y admirable que presidiera la creación de esta ciudad, ha convertido en urnas de reliquias históricas el antiguo edificio que se alza en medio de sus calles modernas, como suntuoso monumento de la arquitectura privada del Renacimiento francés. Se llega hasta él atravesando barrio y callejuelas del antiguo régimen; se enfrenta un grave portón decorado por emblemáticas figuras que van á cumplir trescien-

tos años; y franqueado el umbral, aparece en el ancho patio un Luis XIV de Coyserox, vestido con la túnica romana. Su ubicación actual es reciente, pues este bronce fué por la primera vez erigido en el Hotel de Ville, el 14 de julio de 1689, celebrando la reconciliación del Rey y de la Ciudad —dice una crónica,—después de las rebeliones de la Fronda. Una construcción de tres pisos y amplias salas cuadrangulares rodea la estatua. Tal es el recinto del Museo. La tradición más difundida asocia su nombre al nombre de madame Sevigné, quien en las postrimerías del siglo XVII, durante varios años lo habitara. Antes y después tuvo, no obstante, moradores ilustres. La edificación fué comenzada en 1544, para su propietario Jacques de Ligneris, presidente del Parlamento de París, por el arquitecto Pierre Lescot, á la sazón famoso. Mas tarde perteneció á la Condesa de Montrevel, viuda de un Kernevenoy, señor bretón conocido en la corte con el nombre que hoy designa al Museo. Gentes de la nobleza y consejeros del Parlamento lo habitaron después; pero de todos, el que ha prevalecido es el recuerdo de la escritora que dejó en sus cartas el cuadro de su época—á tal extremo que ha sido substituido por el nombre de Sevigné el de la calle lateral que, según la tradición del *quartier* se llamaba Culture-Sainte-Catherine, por el antiguo convento de Sainte-Catherine-du-Val-des-Ecoliers, que, antes del siglo XIII, ocupaba este mismo lugar... La casa es hoy morada de sombras ilustres, y al acercarse á ella su mole sobrecoge, venerables de historia y ennegrecidos por el tiempo sus muros.

Vivientes en la fantasía estas evocaciones de

no lejanas lecturas, llegué una tarde lluviosa hasta las salas de la Revolución y la Bastilla, después de haber recorrido las anteriores; reanimando cronológicamente á mi paso la tradición de París, desde antes de su período galo-romano. Y tras las inscripciones milenarias de las Arenas de Lutecia, y las piedras de los sarcófagos merovingios, y la espada enmohecida de un paladín de Carlomagno, arribara, por fin, franqueando rudos evos, á las reliquias revolucionarias que rememoran el más hermoso drama de fe, de utopía, de gloria, de vergüenza, de crimen, de canalla y de heroísmo que hayan visto los tiempos. Hay allí un medallón de Luis XVI esculpido en hierro proveniente de las cadenas de la Bastilla. Hay una piedra del mismo edificio ofrecida á su sección por el patriota Palloy, donde se lee, junto á un gorro frigio, esta inscripción manuscrita: «Es sobre estas piedras que los franceses libres acostumbran aguzar su coraje y jurar el mantenimiento de la libertad, de la igualdad y de la ley.» Hay una caja de dominó tallada en mármol, resto también de la cárcel famosa, obsequiada como juguete al Delfín el 14 de julio de 1790 y sobre cuya tapa ostenta la siguiente estrofa:

De ces affreux cachots la terreur des Français,
Vous voyez les débris transformés en hochets.
Puissent-ils, en servant aux jeux de votre enfance,
Du Peuple vous prouver l'amour et la puissance.

Aún no había decapitado al Monarca la guerra iniciada por los Estados Generales contra la Aristocracia, y por eso cada una de las piezas del jue-

go llevaba en su reverso una letra de oro, y esas letras, reunidas, formaban esta frase:

VIVENT LE ROI, LA REINE ET MGR. LE DAUPHIN

Hay igualmente en esas salas una *maquette* de la Bastilla y sus alrededores. Hay la cuerda y útiles que sirvieron á la evasión de un prisionero, y que fueron encontrados en la fortaleza el día de su rendición. Hay grabados que reproducen la fiesta de la Federación en el Campo de Marte, el 14 de julio de 1792; la fiesta de la Unidad en la plaza de la Revolución el 10 de agosto de 1793; la fiesta del Ser Supremo en las Tuileries el 20 pradial del año II. Hay retratos de Camilo Desmoulins, Danton, Saint-Just, Robespierre; uno de Marat, famoso por su parecido, y del propio Marat su máscara mortuoria, lo mismo que de Mirabeau. Allí está la silla donde murió Voltaire y un cuadro con la apoteosis de Rousseau. Están las casacas viejas y las armas oxidadas de los combatientes, las recamadas grímpolas y las raídas banderas que desplegó en los aires el viento de las jornadas terribles; y en medio de todo eso, un autógrafo macilento de Luis XVI, doloroso en su laconismo de orden postrera, fechado el 10 de agosto, la víspera de un arresto:—«*Le Roi ordonne aux Suisses de déposer à l'instant leurs armes et de se retirer dans leurs casernes.* Louis.» Hay, por fin, relojes, calendarios, vajillas, barajas, muebles, zapatos, abanicos, sombreros, botones, todo con iniciales, monogramas, leyendas ó figuras simbólicas que contribuyen á completar en nuestra mente la historia panfletaria

y violenta de Carlyle ó la historia documentada y reflexiva de Taine, certificando en qué medida aquel fanatismo libertario puso su marca hasta en los utensilios domésticos y arrebató en sus alas de fuego el espíritu popular.

Nada de ese fiero soplo apocalíptico se reconocería en la fiesta de hoy. Dijérase que el cumpleaños de la Revolución es sólo un pretexto para la danza y el canto del pueblo. El Gobierno lo comprende, y como el XIV ha caído domingo, declara feriado el lunes. Huelga decir que, habiendo sido ayer sábado, comenzó anoche la juerga, inaugurándose ruidosamente en el Salón Tabarin, de Montmartre. Yo sabía ya cómo se divierte el pueblo de París, en el fondo sensual y grosero como todas las plebes. Lo había visto á mi llegada en la Fête de Neuilly, agruparse regocijado frente á barracas inmundas, á lo largo de la frondosa avenida. Pasatiempos innocuos hacían reir á los unos ingenuamente; bailaban los otros al son de organillos bárbaros. Aquí éstos de andar indolente, se detenían á tirar al blanco en improvisados *stands*, ó con pelotas duras sobre monigotes de trapo. Aquéllos, más allá, montaban en calesitas, que, en lugar de carrozas, eran enormes vasos de noche, y en lugar de caballos animales como el *lapin* y la *vache* cuyos nombres son equívoco obsceno en el hablar parisiense. Me impresionó sobre todo un salón con pretensiones científicas, donde se exponían figuras humanas de tamaño y color naturales, devoradas de lacras y de bubas, deformadas por teratologías y pestes, mutiladas por todas las calamidades, cuadro

nauseabundo que resistían, no obstante, sin esfuerzo, encantadoras grisetitas de cuerpo fino y fina voz. Pero lo que más me repugnó fué un teatrillo á cuya puerta el pregonero mentaba á grandes voces lo singular del espectáculo y en cuyo interior lucía sus habilidades un enorme petómano, cuya flauta mágica reproducía mefíticos sonidos, desde la sorda bufa hasta el bufido sonoro. (Tal era aquello que, aunque estaban presentes caballeros de esmokin y damas de grandes plumas, necesito, por respeto á mis lectores, encubrir con el eufemismo la realidad...) Fiestas análogas se organizan en el bulevar de Clichy para este día de la Revolución; y bailes al aire libre y fuegos de artificio. París sufre en estas noches una regresión á la aldea. Para el pueblo, *circenses*. Pero en el Bal Tabarin, el espectáculo es más curioso, aunque vulgar; sin espiritualidad ni belleza algunas—lejos de una leyenda que puede sólo engañar á los jóvenes «*bien*» que vienen de Buenos Aires á divertirse en el bulevar. Se abona cinco francos, á la entrada, para ver en el sótano alguna grotesca danza de pseudoriente; para oir un mal trovador de mandolina, habillado á la manera del François Villon de Etcheto que está en la plaza Monge; y para soportar á las semidesnudas que vienen á pediros un cigarrillo ó una moneda *porte-bonheur*. Estas mismas mujeres, muy feas, pasan á formar después los cuadros vivos en el salón principal, cuando llega la media noche. Y aparece un cuadro alegórico donde va, entre los espejos y los cuadros paganos de los muros, al son de músicas y de aplausos y coros, una hetera de malla, que no se sabe si es Venus ó la Patria. Un dorado

cañón de cartón la precede, entre gendarmesas escotadas y vestidas de azul ó de rojo. De los palcos laterales, donde hay algunos compatriotas y yanquis de frac y áureas cocotas, arrojan flores á la carroza triunfal. Hay un templete al fondo; la Marsellesa suena—pues el himno nacional es aquí, como «la Tonkinoise» música de café concierto;—la muchedumbre corea el canto heroico de Rouget de Lisle. De pronto, el cortejo se detiene frente al templete que simula una Bastilla galante: el primer cañonazo truena: el baile va á comenzar: proyectiles de humo han destrozado una parte de la torre, que al caer descubre el inevitable grupo alegórico, con el sol á la espalda y sobre ellas esta leyenda en letras doradas:

PROCLAMATION DES DROITS DE LA FEMME

La razón está, pues, de mi parte, cuando digo que tiene algo de carnestolendas este festival parisiense. Y mientras tal cosa ocurre en el Salón Tabarin, y algo análogo en «Le Ciel» y «L'Enfer» y «Les Noctambules» y los otros cabarés montmartreses, la calle pulula de gente alegre, y á la vera de kioscos expresos, ó en cada esquina, ó frente á los despachos de vino, en pleno bulevar se improvisan bailes, al son de chillones tríos ó de murgas aldeanas; y un incoercible San Vito posee á la muchedumbre; un temblor mercurial agita los nervios; y en el azar de las necesarias parejas, la quincallera del barrio da su brazo al desconocido que pasa, y el carnicero de cabeza taurina abraza á la gentil midineta, núbil apenas. Y esta locura termina por poseernos, al menos en inteligencia

y en alma, si retuso el cuerpo á tales mímicas de antropoide. Y esa locura se propaga, cunde, corre, vuela, ase al pasar y vuelve en el cristalino eco de una risa, en el compás de una danza, en la voluptuosidad de un abrazo, en el chasquido de un beso. Reir. Reir. Reir. Ajenos al dolor, á la historia y á la muerte, bailan á la vera de la columna de julio, en el sitio de la conmemorada tragedia, pero ya no se acuérdan ni de quién era Marat, ni de quién era De Launay, la víctima expiatoria de la Bastilla, sobre cuyo antiguo sitio danzan, como los Sans-Culottes de Pourcelly... Y así más lejos, en un coro que oye la flauta de un ciego, mientras su hija canta al refrán de sus coplas:

O Magali
Mon bel oiseau joli,
Petite fleur
Au jardin de mon cœur,
O Magali,
Hélas! tu m'as trahi.
Mon cœur ce soir
Est plein de désespoir,
O Magali,
Pleure sur ton ami
Qui va mourir de ton oubli,
O Magali...

Y el refrán se repite, mientras el resto de la composición narra una historia de amores desgraciados. Venden por un *sou* las hojas con la letra y la música, y la treintena de curiosos que atiende, ensaya en coro el canto. Tiene esa historia de Magalí cierta ingenuidad sentimental, que el tono y aire tristes de la intérprete acentúan. Pero en otras la letra es libertina; el argumento refiere

anécdotas picantes, en un caló de calambures, ó en una lengua indescifrable, como esta del «Zipholo», que oí cantar, frente á la Opera, á un par de tipos del suburbio: «*T'aurais beau connaitre la Kraquette et la Likette.—La crupionette et la dans' du bide è roulettes.—Et le ra-da-da de miss Ruth.—La mouillette et la kuskute.—Mais si tu n'as pas le Zipholo du Ziboular,—Le rondibé de la bistoque du placard,—Faut boucler ton bazar. —Si tu n'as pas le Zipholo du Ziboular!*»

La razón está, pues, de mi parte, cuando digo que no es el rumor austero del culto patrio el que vibra en el ámbito de estas noches, pero las ceremonias del día me han corroborado como, si Francia es un pueblo chato y calculador en épocas normales—pueblo capaz, sin embargo, de los periódicos arrebatos heroicos que han producido la Revolución, las campañas napoleónicas, la Comuna y el rescate de París,—ella á la vez produce y mantiene como orientadora de su historia, una clase directiva que tiene el coraje y la disciplina de sus convicciones. Digo todo esto, porque durante la jornada de hoy, mientras París se preparaba para su danza nocturna, cada uno de sus grupos dirigentes, ha hallado, en esta fecha, motivo para proclamar su fe, como el mejor homenaje rendido á la patria, que es aquí una realidad etnográfica y un sentimiento indestructible ante los cuales ha tenido que ceder hasta la generosa construcción socialista. En el Mediodía, los pueblos meridionales resolvieron abstenerse como protesta de la reciente crisis, acerca de la cual os he hablado en mi correspondencia anterior. En Brest, las fiestas fue-

ron oficialmente suspendidas porque los libertarios anunciaban un mitin para manifestar sus ideas. Los socialistas y los monárquicos se abstienen de toda participación y andando la república de por medio, sus órganos de la prensa comentarán la fiesta, irónicos los unos y parcos los otros. He visto esta mañana en Longchamps, al presidente Fallières y sus ministros saludando el paso de las tropas y el vuelo prodigioso y solemne del globo dirigible de Lebaudy, que llegó á comunicarme una emoción verdadera, con la certidumbre de que será realidad el sueño de los Jasones del Viento. El antimilitarista Hervé, por su parte, ha lanzado un manifiesto invitando á silbar al ejército, y en plena revista no ha faltado secuaz que gritara: «Clémenceau massecreur! Hou! Hou! Vive le 170!! Crosse en l'air!» Entretanto los vecinos, en algunos distritos de París, han ido á saludar á sus jueces de paz, y la Municipalidad ha dado funciones gratis en algunos teatros. Madame Catulle Mendés ha publicado ayer, en el grave suplemento ilustrado de *Le Figaro*, una extensa oda á Francia, si no admirable por su inspiración, al menos bien intencionada por un ideal de paz. M. Paul Déroulède y sus compañeros de la Liga de los Patriotas — el escritor Maurice Barrés entre ellos,—han venido á saludar, en mi barrio, la estatua de Juana de Arco y á coronar de flores, en la plaza de la Concordia, la estatua de la ciudad de Estrasburgo á cuyo pie el frenético campeón ha dicho: «Espoir quand-même! Courage quand-même! Fierté quand-même!» y los ligueros han respondido al grito de ¡Viva nuestra patria la Francia! ¡Vivan la Alsacia y la Lorena francesas!...

¿Qué me importan á mí los partidos á que cada uno de ellos pertenece? Lo que yo admiro en estas muchedumbres, es su alegría sin sombra de hostilidad, la manera de divertirse cada uno consigo mismo, no con el transeunte, como suele hacerlo la agresiva ironía criolla que ha creado el *titeo*. Siempre ha de ser ese danzar y cantar mejor que el desenfreno de nuestras noches mayas. Y en cuanto á la actitud de los dirigentes—cualesquiera que sean sus banderías,—la prefiero á la habitual indiferencia de nuestra *élite* de estancieros. Esto me ha interesado sobre todo, porque vengo de un país donde la más afligente y perentoria calamidad es la falta de opiniones privadas y públicas, y es nuestro gran problema del porvenir la necesidad de formarlas, si queremos dar un ambiente á la honestidad en la política, á la verdad en la ciencia, á la belleza en el arte. Nosotros hemos mutilado una estrofa del himno, para no rozar ilógicas susceptibilidades de los españoles. Nosotros hemos cedido á un italiano el mejor sitio estatuario de la ciudad, para halagar á los italianos. Nosotros, para no molestar á los ingleses, no osamos celebrar dignamente la Reconquista que engrandeció la Colonia. Así vamos abdicando lo que constituye el orgullo de nuestra entidad nacional, la poesía de nuestro pasado, como si todo eso no fuera el bien más efectivo de un pueblo, su más seguro aliento de inmortalidad. Los que juzgan á Francia por sentimientos ó por impresiones, han sacado de sus usos y placeres el augurio de una posible decadencia. Pero no. Son el plutócrata y el turista los que mantienen en una parte de Pa-

rís esa corrupción que no puede secar las fuentes efectivas de la vida francesa. Los turistas y los plutócratas hubiesen hecho también de Londres ó de Berlín un casino, si no hubiesen encontrado, en la primera, una fábrica, y, en la segunda, un cuartel.

EXPOSICION DE VINCENNES

París, 20 de julio de 1907.

Fué paseando una tarde por las galerías del Palais Royal, cuando concebí la idea de ir á visitar en Vincennes la exposición de las colonias francesas. Aquel palacio es, en la actualidad, el asiento de las oficinas coloniales. La tercera república ha querido, de una manera sistemática, desvanecer ante los ojos del pueblo, el recuerdo de los pasados regímenes. Para lograrlo, ha instalado sus instituciones democráticas en las antiguas moradas de los príncipes, al par que ponía sobre los muros de sus vetustas catedrales, el letrero revolucionario que certifica su posesión—Libertad, Igualdad, Fraternidad,—y confinaba estatuas de reyes en el parque solitario que una crónica reciente ha llamado «el jardín de las sombras ilustres». De este Palais Royal, sólo su nombre nos recuerda que fué construído para el cardenal de Richelieu, que Ana de Austria y sus hijos lo habitaron más tarde, y que sus salas vieron las orgías de Felipe de Orleans. En cambio, su aspecto y su destino actuales sólo pueden recordarnos su tradición por con-

traste. Dominando con su mirada la plaza interior que los pabellones rodean, se alza, entre un pueblo de columnas y de árboles, la estatua de Camilo Desmoulins que va á montar á una tosca silla, con actitud de arengar á la muchedumbre, como aquí mismo lo hiciera en vísperas de la Revolución. Una banda marcial toca su música por las tardes, regocijando á niños y mucamas en los jardines. Sus recovas están ocupadas por bric-á-braques, joyerías y casas que venden, á precios módicos, reproducciones de las más bellas obras del Louvre ó del Museo Británico y los tesoros de arte de Italia. Sus pasadizos internos son preferidos como lugar de citas galantes, y no es raro encontrar alguna fácil y fugaz aventura con desconocidas misteriosas, cuya condición fuera difícil definir. Pero lo que, desde otro punto de vista, os da también una sensación inusitada, es la galería de Orleans, con sus vitrinas repletas de libros extraordinarios. Son obras para la venta, propagadas por esas mismas oficinas del ministerio de colonias, que tiene en los salones del piso alto, biblioteca y museo á la disposición del público. Todo eso es ya labor acumulada por la otra Francia, por la que los turistas no ven, por la que ha puesto su marca en cien pueblos distantes, por la que, á pesar de la corrupción bulevardera, sigue dominando en una de las dos mitades del orbe.

El pasearse con ánimo observador por esa galería de Orleans, nos da de pronto, la revelación de un mundo desconocido. Vemos, ante todo, que, si es grande la ignorancia de Europa acerca de nuestra América, no lo es menos la de América

acerca de inverosímiles pueblos del Africa y del Extremo Oriente. No siendo tributarios de ellos, no hemos necesitado conocerlos. He ahí también la razón de la ignorancia europea. Pero nosotros, al dejar de ser colonia para convertirnos en nación, hemos aceptado la responsabilidad de imponer nuestra obra material y espiritual en el mundo, y debemos apresurarnos á realizar esa obra, si no queremos que nos aventajen otros pueblos nuevos cuya eclosión es hoy imprevista, como lo era hace diez años la reciente aparición del Japón. Conocemos al Transvaal por su resistencia á Inglaterra; al Egipto por el pleito contemporáneo de sus finanzas; al Imperio nipón por su victoria sobre Rusia y su probable guerra con los Estados Unidos, todos, como veis, hechos que han afectado los intereses de la política europea. ¿Pero, cuál de mis compatriotas sudamericanos, no sentiría igual sorpresa que yo, al ver en ese escaparate un gran álbum en cuya tapa dice con letras doradas: «Alger mondaine-1907» y junto á él los números anteriores de este almanaque anual que revela insospechados aspectos de la vida argelina? Y en la vidriera inmediata, todo un fabuloso monumento de filosofía y sociología acerca de vagos países asiáticos y africanos. Aquí está un Ensayo de Georges Tocque sobre el pueblo y el idioma Banda; y un tratado de Durand Taffanel sobre la Lengua Hova; y un estudio de Gardier sobre la Fonética Anamita; y una Gramática de Arístides Marré sobre el habla Malgacha. Si habéis oído hablar de esos libros, nada sabéis sin duda de otros sobre léxico y textos tamulés ó de un diccionario franco-malinqué ó de un método práctico de

M. Dirr, para estudiar la lengua «Haussa», que es el idioma comercial del Sudán. Y si anoto estos nombres tomados, al pasar, en una librería, no es para sorprender á mis lectores con falsos paramentos de erudición, sino para documentar observaciones y seriar hechos donde afinque mi propio raciocinio; pues vaticinen cuanto quieran los profetas de la decadencia francesa, todo eso quiere decir que hombres de Francia están realizando en países remotos del Asia, el Africa y la Oceanía, en medio de una época de escepticismo, la misma obra de documentación y construcción espiritual que el padre Lozano y el padre Guevara y el padre Valdez, y tanto fraile admirable, realizaran en el interior de la América, desde el siglo XVI al XVIII, bajo el acicate de una esperanza celeste y con la fuerza singular del alma castellana, potente de misticismo combativo.

Francia estudia y procura difundir el conocimiento de sus colonias. Para ello fomenta libros como los citados, sin contar otros de simple especulación material, y organiza exposiciones como la de Vincennes, donde hasta el 10 de septiembre estarán en exhibición gentes y productos de sus posesiones. Las estaciones subterráneas del Metró han sido empapeladas de «affiches» que anuncian la exposición. En los bulevares, dan al pasante hojas ilustrativas que invitan á visitarla, y son, á la vez, la guía del camino. No está lejos Vincennes, donde hoy se halla establecido el instituto de pirotecnia y la escuela de horticultura, y donde antes fueron el castillo de los reyes y la legendaria encina, á cuya sombra, según la tradi-

ción, repartía justicia Luis el Santo. Se sale de la plaza de la Bastilla, y, en menos de media hora, el ferrocarril os lleva hasta la estación de Nogent sur Marne, apenas más allá de las fortificaciones, casi á la misma altura de Charenton, sobre la ribera del Sena. Entre Charenton y Nogent se extiende el parque; la exposición en él, y entre sus árboles, en pabellones, exhíbense el café, la caña de azúcar, el cacao, el algodón, las plantas de las tierras tropicales, y las substancias feculentas, y las mieles de la apicultura, y el landibe, seda salvaje de Madagascar, cosechas de Ivoloina ó Manisana, de Marovoay ó Nampoa; y las maderas gigantescas y hermosas del Congo, junto con su marfil y su caucho. Tal galería tiene su complemento en la exposición de los productos que Francia envía á sus posesiones: ante todo, el alcohol con que se envenena á las tribus, y después, muebles sobrios, arreos de viaje, armas, ropas, bicicletas, construcciones portátiles, material rodante y útiles de agricultura — los agentes efectivos del progreso.—Hay una guía sintética editada por la Sociedad Francesa de Colonización, organizadora inmediata del concurso. Hay á la vista fotografías y letreros que denotan la mano profesional de los agrónomos que han dirigido los trabajos. Se ven indochinos y árabes y zulúes de carne y hueso. Exhíbese, además, una galería de pintores orientalistas. Y al ver aquí al aborigen y su choza rústica; allá al colono y su casita blanca; más lejos sus vestidos, sus productos, sus objetos usuales; y en otro sitio marinas ó paisajes de esas comarcas, se cree comprender, en síntesis imaginativa, esta nueva expansión de la cultura europea.

Una de las características del espíritu de París, al revés del de Londres, es el anteponer la belleza á la utilidad, ó unirlas cuando menos. Por eso aquí es amena la docencia que ejercen sobre el público todas sus instituciones. París sufre de horror á los cuadros estadísticos y á las cosas inelegantes ó escuetas. En cualquier otra parte de la tierra, esta exposición hubiera sido un certamen de la riqueza colonial, tan sólo de interés para economistas y productores. Hubiese comenzado con el sacramental discurso del ministro y concluído con el inevitable fallo de los jurados, ante una sumaria concurrencia oficial. Sus organizadores han sabido aquí, sin embargo, convertirla en suceso de interés público, y para ello han traído, junto con los productos, las cosas, las gentes, las costumbres, todo cuanto constituye la vida pintoresca de las colonias. Entre el bosque de pinos de Vincennes, cortado por veredas curvas y calles rectas, alternan raras construcciones. Este pabellón es al estilo de una casa de reposo para notables anamitas, toda de madera labrada, con incrustaciones de marfil y muebles de laca, construído por obreros de Phu-Cuong; ese otro es el pabellón de la prensa, donde están reunidas todas las publicaciones relativas á las colonias: y mientras en este me sirven café de Nueva Caledonia camareras exóticas, en aquel, camareras de París me sirven aromático té de la Indochina. Yacen por ahí, cerca de la una, y casi á ras del suelo, hutas canacas de techumbre cónica, y las chozas de paja de una pequeña aldea cochinchinesca que el palo á pique rústico circunda, y á cuyo recinto circular se llega franqueando, sobre la zanja de un arroyo,

un puente á la manera de Tonkín. Más allá, sobre la fronda verde de los árboles, se alzan los siete pisos superpuestos de una torre chinesca, y el domo blanco de un pabellón tunecino. Se oye música malgacha; se admira nómades árabes; se visita una hospitalaria aldea congolesa; hay una exhibición de elefantes indostánicos; vense «foulahs» que trabajan á la vista del público, toscas manufacturas; se observan «peuhls» de Fouta Djallon que cuidan su hato de zebúes y cabras. En esa inusitada combinación de formas y colores halla reposo el ánimo al salir de los pabellones, donde la simetría burocrática de las vitrinas guardan, con los granos susodichos, las gomas del Senegal, el caucho de Guinea, los aceites de Dahomey. Con tales cuadros pintorescos y exóticos, acude el pueblo á Vincennes, y entre dos momentos de diversión aprende cosas graves y concretas sobre el poder colonial de Francia, sobre las culturas que mejor se adaptan á su suelo, sobre la posibilidad de nuevas empresas inmigratorias ó industriales, viniendo así este idealismo, por la belleza y la alegría, á ser tan práctico como el insoportable practicismo de los sajonizantes.

La exposición de pintores orientalistas, franceses todos, no impresiona como arte. Sus cuadros son apenas las ilustraciones de esa geografía viviente que está en el resto del Jardín. Pasteles, óleos, acuarelas ó dibujos, valen más que por la obra misma por lo que sugieren sus figuras, ya una melancólica tarde de Benarés; ya un rapsoda de cuentos populares en una calle de Tokío; bien un grupo de mujeres en el cementerio de Argel;

bien una danza nocturna en el Cairo. No es esta sala inerte, decorada de telas y cartones, la que atrae mayor concurrencia, sino ese campamento árabe que he mencionado pasajeramente en un párrafo anterior. Grato es el camino que conduce á sus portales. Se pasa por el templete anamita, á cuyo frente hay un lago, crespas de verdes hierbas las orillas, y en el cristal del lago, cisnes blancos y negros de raros países. Se pasa también ante la elegante torre chinesca, que calca en el cielo azul su arquitectura de canela, como en el paisaje de la seda de un biombo. Se pasa igualmente ante un kiosco rodeado de muchedumbre, donde la banda hova, uniformada de brin y grandes sombreros de paja, toca, en instrumentos occidentales, músicas indígenas. Al llegar á la puerta del tuareg, que un árabe vestido de blanco y un negro tallado en ébano y desnudo, custodian, siento que las notas metálicas de la música malgacha se apagan entre los árboles lejanos y el viento vago de la tarde, porque otra música más potente llega á mis oídos y cautiva mi corazón, despertando, en el fondo del ser, sentimentales ondas atávicas. Es la música bárbara del Sahara, el tardo paso de los camellos, la uniformidad de las llanuras, la lejanía de los horizontes, la ansiedad de los oasis inencontrados y de los mirajes desvanecidos. Es una melodía simple y llena de voluptuosidad, con la voluptuosidad de ciertas danzas de Oriente, exasperada y ruda como un orgasmo; voz honda y triste, preñada de inexpresa angustia y llena de una atormentada inquietud interior...

Al franquear los portales, una gran plaza rodeada de lienzos como los circos de provincia, apare-

ció ante mis ojos. Era el castro del tuareg. Al son de aquella música, y como á los ecos de un llamamiento marcial, la gente comenzaba á encaminarse á una tienda que era sin duda la del jefe. De un extremo venían algunos moros á la grupa de sus camellos, con escopetas y lanzas. Niños y mujeres salían de sus chozas, é iban todos congregándose en asamblea. Estaban construídas las casas con horcones de madera y techo pajizo, y á su vera se arrastraban criaturas semidesnudas, como en los ranchos de América. Pasaba junto á mí una mujer descalza y adornada de zarcillos y collares mágicos: era la hechicera, y se ofreció para decirme la buenaventura. Hombres y hembras eran harapientos, con una indolencia triste en ropas y ademanes. Al pasar se detenían para pedir un cigarrillo, repitiendo la frase en francés mal aprendida de memoria: «Donnez-moi un cigarrette, si vous plait; donnez-moi un cigarrette, monsieur.» Todos iban hacia la tienda que supuse del jefe, pues vi después que en uno de los camellos delanteros, pomposamente arreado, y con una especie de trono en la grupa, subió una mujer que debía ser la favorita del cacique. Un par de palafreneros á diestro y siniestro lado, comenzó á conducirla; una escolta de diez camellos con sus respectivos jinetes armados, se encaminó tras ella: formaron á la zaga los músicos; después un coro de mujeres, por fin la muchedumbre, y comenzó á recorrer el castro esta procesión entre religiosa y militar. El tardo paso de aquellos jorobados caballos del desierto, daba el compás al canto y á la marcha. Canto había; y cuando la murga cesaba de tocar, se alzaba un coro largo

y plañidero, que me impedía comprender si aquello era procesión triunfal ó fúnebre cortejo. La música aventaba como ayes de chirimías aullantes ó de cornamusas doloridas, guiando á las panderetas ágiles ó al son del bombo, monótono como el sonoro bombo nocturno de mi llanura del Norte. Al conjuro de esa melodía, la reminiscencia natal me obsede, y ella se concreta, cuando concluída la ceremonia veo una madre morisca que vuelve portando su negrito enhorquetado en la cadera; ó cuando sigo á la vieja que va á su choza á renovar en el telar doméstico la urdimbre de una colcha de lana, igual á nuestras colchas santiagueñas; ó cuando descubriéndome entre la muchedumbre europea que los contempla con pueril asombro, un árabe de albornoz y de turbante, alto y moreno, prieta la barba y soñadores los ojos, viene hacia mí, no ya para pedir un «cigarrette», sino para hablarme en su idioma, que juzga también el mío. Al ver mi perplejidad, el hombre reflexiona; y entonces me pregunta en su mal francés: «Mais: n'estais vous arabe?»—«No, le respondo, riendo sorprendido.» ¿Español entonces?—Tampoco. El moro de albornoz y de turbante se excusa; y él, que va á retirarse, vuelve hacia mí con toda certidumbre, y adivinándolo me dice: «Alors, vous etais americain du Sud...»

La tarde comenzaba á caer cuando regresé á la estación de Nogent para volver á París, y mientras el tren rodaba entre campiñas y calles y túneles, la anécdota del moro volvía á la mente en ritornelo generador de reflexiones y de esperanzas

épicas. Veía á la Francia, que á principios del siglo XIX había ya perdido sus dominios coloniales de la India y el Canadá, reconstruir después un nuevo imperio, donde sembrara el germen de su espíritu, completando en el mundo la obra latina que España realizara en ambas Américas. Veía el espectáculo de bélicas emigraciones ó éxodos religiosos, derramando pueblos extraños en remotas comarcas, y mezclando, á través de los tiempos, la sangre de las razas más distintas. Veía por fin, ya en plena hipótesis de prehistoria, los cataclismos geológicos que habían apartado á pueblos ha cien siglos hermanos, hundiendo el puente cósmico de los istmos bajo mares actuales y haciendo fluir, en diluviales torrentes, aguas oceánicas entre las naciones... A ratos, soñoliento en mi sillón del ferrocarril, creía saber por qué los músicos malgachas del kiosco de Vincennes se parecían á campesinos que había visto yo en las montañas de Tucumán; y por qué los aldeanos de Indo China, entre el palo á pique de su aldea de paja, se parecían á los coyas de Bolivia, y por qué los tipos y las costumbres del tuareg me habían traído reminiscencias de la campaña santiagueña—siendo esta última semejanza, entre los árabes y el gaucho, una de las reflexiones que Sarmiento más ha repetido en las páginas del «Facundo». Lo cierto es que ninguna diferencia específica separa á los diversos grupos humanos y que las únicas diferencias actuales son de orden espiritual, sintiéndome yo, por ejemplo, más cerca de los japoneses amarillos que de los rubios ingleses. Hoy, felizmente, todos esos grupos humanos tienden hacia un tipo común de civiliza-

ción. La obra del progreso consiste en suprimir las distancias—de espacio ó de alma—que la naturaleza puso entre los hombres. La idea del concierto futuro de las naciones, que antes solía parecerme un tanto quimérica, se me revela ahora no sólo posible, sino cercana, pues su mayor obstáculo — la imaginaria inmensidad de la tierra—es una de las supersticiones que se desvanece después de haber atravesado el Océano. La otra superstición que desaparece, es la de una superioridad efectiva, general, excluyente y duradera de Europa. No hay razas superiores sino naciones retardadas, y esto es una simple cuestión de tiempo y de política, no de espiritualidad ; pero como es una cosa verdadera, los sudamericanos necesitamos confesarnos la tristeza de nuestra situación. La América del Norte se halla dignificada por la fuerza de los Estados Unidos ; los pueblos mongólicos del Oriente se han elevado de pronto, con el Japón, á la categoría de las primeras potencias occidentales ; el resto del mundo, como la India, la Australia, el Canadá, ó la Indochina, Madagascar, el Congo y los otros países representados en la exposición de Vincennes—cuanto forma dominios coloniales—se halla bajo el amparo de sus metrópolis opulentas. Urge en la América del Sur acelerar el proceso de su evolución económica, y el de su cohesión espiritual, mucho más grave. Entretanto eso llega, nos conviene seguir creyendo en la efectiva grandeza de Francia, sin renunciar á la tradición, hasta que pueblos nuevos aparezcan en esa parte del mundo para servir de nuevos avatares al alma inmortal de nuestra estirpe latina.

LA CASA DE VICTOR HUGO

París, 10 de agosto de 1907.

La Municipalidad de París ha convertido en monumento público el edificio que fué morada de Víctor Hugo desde 1833 hasta 1848. Al acercarse el 26 de febrero de 1902, centenario del poeta, sus descendientes pusieron á la disposición de la ciudad todos los recuerdos que poseían del célebre antepasado y cincuenta mil francos para la fundación de un museo consagrado á la memoria del escritor que durante el siglo XIX llevara el verbo de la Francia á todos los rincones de la tierra. Invocaban, á la sazón, dos antecedentes notorios: la casa de Goethe que el espíritu de Alemania custodia en Francfort, y la casa de Shakespeare, de la que el alma inglesa se enorgullece en Stratford-on-Avon. Francia, pues, debía tener su casa de Víctor Hugo; y la administración comunal aceptó el donativo, y votó sesenta y cinco mil francos más para instalar el museo en aquel viejo edificio de la plaza de los Vosgos, uno de los lugares que

primero he visitado en París. Dice un cronista, que en esta casa fueron escritos *Lucrecia Borgia*, *María Tudor*, *Angelo*, *Ruy Blas* y *Los Burgraves*; que aquí el maestro vió el contraste de las Claridades y de las Sombras, rimó los Cantos del Crepúsculo y oyó las Voces Interiores; que aquí publicó el *Rhin*, esbozó *Los miserables*, planeó *La leyenda de los siglos* y comenzó *Las contemplaciones*; que aquí vivió, par de Francia ó miembro de la asamblea del 48, con los nietos que le enseñaron el arte de ser abuelo; que aquí perdió á su hermano Eugenio y á su hija Leopoldina,—sucesos de dolor, decisivos en la existencia de los poetas; que de aquí salió la llama inspiradora de combates políticos y literarios. Aquí venían á visitarlo sus amigos Nodier, Vacquerie, Paul Meurice que apenas tenía diecisiete años cuando llegó por la primera vez á estos umbrales, Balzac y Mérimée y Delacroix y Alejandro Dumas, Alex, que tanto le quería; y poetas que se llamaban Alfredo de Vigny ó Lamartine; y Sainte-Beuve que dejó en la casa una historia de traición y de amor; y Teófilo Gautier, el joven abanderado que junto al buen viejo que era su brigadier, completaba el número de la bulliciosa hueste romántica.

Esos nombres que habéis leído, son de por sí buena leyenda para glorificar un edificio, sobre todo cuando el edificio y el lugar donde se alza, tenían ya el abolengo de otros nombres ilustres. La casa de Víctor Hugo es el antiguo hotel de Guémenée que da á la vieja plaza Royale, comenzada en 1604. Su denominación actual de plaza de los Vosgos proviene, según he leído, de que el año VIII, el Primer Cónsul, habiendo notado

alguna dificultad en la percepción de los impuestos, ofreció poner á una de las primeras plazas de París el nombre del departamento que más pronto entregara al Estado sus contribuciones. La plaza cambió después varias veces de tablero, siguiendo las alternativas políticas de la opinión; pues este país que, en épocas normales, da la impresión de un pueblo relajado por la lujuria y el escepticismo, tiene en su seno, sin embargo, una potencia de fe que estalla en radicalismos y reacciones violentas, y llega al paroxismo de que pueden dar testimonio los sucesivos cambios de nomenclatura que registra la crónica de la ciudad, y los veinte monumentos,—como el palacio de las Tullerías ó la columna de Vendôme,—varias veces demolidas ó incendiadas por las revoluciones. Lo que no ha cambiado en la plaza de los Vosgos es el aspecto arcaico de las construcciones que la rodean. Está casi como en los tiempos en que Enrique IV mandó fabricar el edificio que da á la calle Saint-Antoine. La topografía de la plaza es harto extraña, pues siendo muy grande se halla, no obstante, cerrada por casas con recova, hacia tres rumbos. No se puede entrar á, ni salir de ella sino por una calle lateral que se llama «Rue-du-pas-de-la-Mule», ó por un pórtico para peatones abierto en las recovas de enfrente. La arquitectura circundante es uniforme y toda de piedra. Sobre las arcadas y pilares de la planta baja, reposa la fachada de los pisos altos, cuadriculada toda de ventanas que le dan una paralizante simetría. El barrio conserva recuerdos del antiguo régimen, y las calles, nombres evocadores. Hay

calleja tan tortuosa y angosta, que solamente se la podría transitar á pie—y bueno es decir esto á quienes creen que las grandes ciudades europeas sólo tienen desembarazados bulevares.—Las piedras de las recovas están obscurecidas por una vaga sombra de vejez; crecen los jardines en no sé qué silvestre abandono que los torna más gratos; y siendo una plaza sin bocacalles, un grave silencio reina en su recinto. Por eso al llegar á ella por la primera vez, comprendí su belleza. Esta es, á fe mía, la misma plaza donde nació madame Sévigné; donde vivió el cardenal Richelieu, donde según la tradición solían pasearse, Condé, Molière, Turenne, y donde grandes familias de la aristocracia tenían en aquel tiempo sus hoteles; plaza de enamorados y duelistas, plaza de idilio y de tragedia, donde, al caer la noche, parejas de enemigos ó de amantes, venían á reunirse en queda cita de ilusión ó de honor bajo los árboles...

Pláceme sobre manera, cuando me apercibo á visitar instituciones ó monumentos, renovar previamente en la memoria el recuerdo de sus orígenes. Las cosas que tan sólo son actuales, me hacen el efecto de simples apariencias, de visiones vanas, de superficies sin profundidad. Sus tesoros cotizables ó la pátina de sus piedras envejecidas, me proporcionan un halago sensual; pero sólo el tiempo esparce sobre el mundo la sugestión del verdadero ensueño. En ello finca para mí el mejor de los encantos secretos de estas ciudades europeas, y de ahí fluye la más íntima emoción en los

episodios de mi viaje. La falta de eso es lo que torna tan árida para el ideal, la vida de las ciudades argentinas; y es uno de nuestros más graves problemas espirituales renovar nuestra historia, cultivar la leyenda, vivificar la tradición, no únicamente como estímulo de inspiraciones artísticas, sino como eficaz fuerza política, pues de esa conciencia de su pasado sacan los pueblos una ansia más efectiva de perpetuidad. En una de mis próximas correspondencias he de volver sobre este asunto, al cual asigno capital importancia en nuestro país. He ahí, entretanto, el móvil de las frecuentes digresiones de historia ó simple crónica lugareña en que habréis visto arborescer los temas de mis cartas. Yo sé que la verdadera poesía sólo puede existir en el recuerdo ó en la esperanza— fantasmas del tiempo, — ilusión de la muerte y anhelo de la inmortalidad, ambas unidas en el corazón de los hombres. Y nada más oportuno que estas evocaciones y reflexiones tratándose del museo Víctor Hugo, donde se ha querido restaurar la vida de un varón cuyo espíritu antes esparcido en su pensamiento y ahora casi concreto en forma, se cierne sobre la casa y la ciudad. Allí está la mesa en la cual trabajó, la pluma con que escribiera, el lecho donde reposaba. Consérvanse sus ropas, sus gestos, su efigie, sus muebles; y es tan profusa en cosas materiales la huella de su espíritu, que, á ratos, creéis advertirle, palpable como una presencia. Institución que realiza, como otras, el milagro de que los grandes muertos no mueran del todo, debe de haber parecido grata á los manes de este poeta que era también un apasionado tradicionalista, sin que esto le hubiera im-

pedido avanzar en acción hasta la comuna libertaria, á él que había partido desde más allá del imperialismo napoleónico.

Soñando en la leyenda, olvidara las cosas temporales, como el horario del museo y sus señas exactas para el día de mi visita. Al salir, después del almuerzo, detuve el primer fiacre que pasaba por la rue Rivoli, y dije al cochero:—Vamos á la casa de Víctor Hugo.—El hombre se torció sobre el pescante para mirarme con cierta extrañeza, pidiéndome que repitiese la dirección:—Allons à la maison de Víctor Hugo,—insistí, vocalizando con énfasis. Resultó que el auriga ignoraba hasta la existencia del museo, acaso por ser reciente. No debe ser tampoco muy visitado por los turistas, aunque lo indica el Baedeker. El cochero miró entonces á la gentil persona de París que me acompañaba, pero ella, buena alma parisiense, tampoco lo sabía, aunque tiene su Hugo en su literatura. Empezaba recién, en compañía del amigo extranjero, la exploración de su ciudad, que desde luego es mejor conocida por los turistas y los provincianos. Recurrimos, pues, al agente: no lo sabía tampoco.—«Yo sólo sé que es en la plaza de los Vosgos—le dije;—pero no recuerdo la calle ni el número.» El vigilante echó entonces mano de su memento, y avisó al cochero:—«En la plaza, número 6.» El conductor volvió al pescante, tratando de justificar su ignorancia.—¿Ha leído usted *Los Miserables*?—le pregunté.—Sí, señor.—Luego debería usted, como francés y como cochero, saber dónde es en París la casa del hombre que ha escrito ese libro... Y comenzamos á marchar por la larga y tumultuosa avenida, frente al palacio del

Louvre. A la altura del Hotel de Ville, entramos en el barrio viejo por la calle del Temple, y doblamos por la calle de Les Francs Bourgeois, también de nombre histórico, hasta desembocar por «Pas-de-la-Mule», en el recinto cerrado de la plaza. Había comenzado el calor; un sol de estío doraba el ámbito; el silencio daba á la siesta del lugar un aire de provincia; y como para acentuar la semejanza, al ruido de los cascos y las ruedas en el pavimento de granito, algunos balcones se abrieron en lo alto de las fachadas silenciosas para espiar aquel coche que llegaba. Cuando paramos frente al número 6, la puerta, una ancha puerta obscura de férreos aldabones, estaba cerrada. Tampoco había reparado en que era lunes, y en Francia ciérranse los museos este día, siendo de extraordinaria concurrencia los domingos. Ibamos á retirarnos, cuando, al punto, se abrió un postigo lateral, y entre los barrotes de la reja, apareció en la ventana de la recova, la cara de la «concierge...» «La casa de Víctor Hugo está cerrada los lunes—me dijo con cierto orgullo de patrona;—pero ya que han venido, si ustedes quieren, pueden pasar: yo los conduciré.»—Nada me repugna tanto como el rebaño de Cook y el tropel dominguero de los museos, de suerte que este azar de la clausura me proporcionaba el placer de una visita á solas, en el silencio propicio á las evocaciones. Y aceptada la invitación, entramos.

Tipo digno de afecto esta conserje que nos precede indicando los objetos con la gran llave negra del portal en la mano. Es inelegante y basto su cuerpo, ya no joven; lleva una cofia blanca en la

cabeza, y tiene una cadencia meridional su voz de gaita. Se imagina ser el numen de la casa cuando con su palabra anima las figuras y las formas inertes. Se ve, en sus actitudes, que se siente la gobernanta ó el ama de este hogar habitado por una familia de inmortales espectros, entre los cuales el propio Hugo es el padre y señor, y madama la Gloria es su póstuma esposa. Pero si os hace sonreir un poco la vanidad de su discurso aprendido, hay en ella una cosa que os conmueve, y es el amor que siente por Hugo y su familia. Jean Valjean ó Leopoldina, los hijos del espíritu y de la carne, flotan para ella en una común atmósfera de veneración. Al contacto de los objetos y sombras que nacieron ó vivieron en la intimidad del poeta, ha llegado á anidársele en el alma, no respeto oficial ó admiración supersticiosa, sino afecto cordial, amor doméstico, tan sólo semejante al de esas viejas criadas que al servicio de una sola familia veían crecer dos ó tres generaciones en las solariegas casas de América. Y á medida que descubro nuevas bellezas en su corazón, más me regocijo de nuestra soledad. A haber venido aquí en un día de acceso público, es indudable que entre la gente rumorosa hubiérase esfumado la silueta de este singular carácter, y no hubiese yo tenido ocasión de descubrir la vibración cariñosa que había en lo íntimo de su voz cuando glosaba las figuras al enseñarme la numerosa prole huguesca:—«Esta es madame Sophie Trebuchet, la madre»—me dice, como quien nombra una persona de la Trinidad.—«Esta otra es Sara-la-baigneuse, heroína de «Les Orientales»—agrega, y yo me detengo ante el cuadro

de Henner para admirar cómo sorbe y refleja luz aquel cuerpo desnudo y blanco entre la fronda negra...

Sara, belle d'indolence
Se balance
Dans un hamac, audessus
Du bassin d'une fontaine
Toute pleine
D'eau puisée à l'Ilysus;
Et la frêle escarpolette
Se reflète
Dans le transparent miroir,
Avec la baigneuse blanche
Qui se penche,
Qui se penche pour se voir.

—«Este otro es el padre—dice luego:—M Sigisberto Hugo, el general.»—Y viendo la cara del antepasado guerrero, recuerdo el verso del hijo poeta ante el Arco de Triunfo:—«Je ne regrette rien devant ton mur sublime.—Que Phidias absent et mon père oublié!»—Luego un Titán, un Sátiro, una Sombra, las visiones de los poemas, hasta llegar á cuatro cabecitas infantiles: son los hijos de Hugo, y aunque sus nombres fueron Leopoldina, Francisco, Adela y Carlos, la conserje, que los quiere como si aún fuesen niños, me los designa con sus apodos familiares:—Esta es Didinna, ese Toto, esa otra Dedé y el más grandecito Charlot...
—En seguida me habla de la nieta de Jeanne.

—¿La casada con Charcot?—le pregunto.

—Sí—me responde,—aunque ahora han pedido el divorcio.—Y la buena mujer se entristece.

—¿Y usted sabe cómo murió Leopoldina?—me interroga después.

—Sí; lo recuerdo vagamente: un día regresan-

do de Caudebec con su marido Carlos Vacquerie...

—Eso es, el hermano de Augusto.

—Creo que una tempestad hizo naufragar el barco donde venían, y se hundieron ambos, recién casados...

—Eso es. La muerte de Leopoldina entristeció mucho á Víctor Hugo: la quería con todo su corazón, y para ella escribió muchos versos.

Al verme algo enterado sobre la vida y la obra de su ídolo, que fué también el mío á los veinte años, la buena mujer depone su tono docente y empieza á tratarme como á un antiguo conocido, como á un visitante digno de aquella casa. En seguida veo las ilustraciones de sus libros, ó los cuadros que se inspiraron en sus obras, y tras los personajes de *El hombre que ríe* ó de *Notre Dame de Paris*, damos con el retrato de madame Víctor Hugo, la esposa del poeta. Es obra de Boulanger, del tiempo en que habitaban esta misma casa de la entonces plaza Royale, visitada á la sazón por todos los grandes hombres de Francia, cuyos nombres sabéis. Tenía treinta y cinco años, y la imperial figura se alza entre el marco, opulenta de juventud y un tanto envanecida, no sé si de su esposo ó de su propia belleza. Cubre su busto un corselete exiguo, y desnudos los brazos y los hombros, se afila el diestro en una mano tan delgada, que parece haber pasado sin esfuerzo por el anillo de su pulsera, al par que el cuello lilial sostiene la graciosa cabeza florecida de bucles. De la cintura á las rodillas, el traje blanco se abomba en dos faldones negros, que ocultan la cadera. Pero es en el óvalo perfecto del rostro donde se transparenta su

alma. Le falta serenidad para ser Venus: Diana es, ó Minerva. Tersa y blanca de luz mental, tiene la frente. Deseable y sensual la boca; soñadores los ojos. Pictórico es el arco de la ceja, arco de Eros... Ahora comprendo toda aquella confusa historia del pobre autor de las *Consolations*, feo y lleno del sentido de la belleza. Indescifrable es, en suma, el enigma femenino, pues no comprendo, eso sí, ¡cómo una mujer—su mujer,—podía traicionar á Víctor Hugo! En cambio, ¿cómo no había de enamorarse locamente de ella el talentoso amigo de su marido, que venía á esta casa á todas horas?—Y llevando hasta el oído de la conserje mi silencioso diálogo, le dije:

—¡En verdad, era bella!

—¡Oh, oui! Elle était très gentille...

—¿Y no conservan entre los recuerdos de los amigos de Hugo, así como el de Dumas, algún retrato de Sainte-Beuve?

—No, señor—me responde, y baja la vista.

—¿Usted sabe lo que se decía?

—Sí, señor; murmuraciones, calumnias.

Y como siento admiración por esta mujer que adora á Hugo á la manera de una sierva ingenua y fiel, no quiero macular con lodo humano la blancura de sus ídolos; y seguimos andando, sin que yo ose acordarme de las cartas cambiadas sobre el asunto entre Sainte-Beuve y Hugo, ni de los comentarios que de ellas ha hecho catedrático tan serio como Faguet, ni de *La tristeza de Olympio*, ni de los versos que le dedicaba el crítico de la *Causeries*, poeta por ella:

> Douce comme un parfum et comme une harmonie,
> Fleur qui devait fleurir sous les pas du génie.

Lo que Francia ha hecho para Víctor Hugo, al fundar este museo, no habría podido hacerlo otra nación con el más representativo de sus héroes. Otras han producido pensadores más robustos, no habiendo sido Hugo sino un genio verbal, bien que estupendo; pero ninguna tiene una vida más decorativa y más esplendorosa. Esto se debe á que se pasó la existencia cultivando su personalidad; mas como su egotismo tenía raíz de bondad y altruísmo, no resultó letal á su memoria. Lo único que no perdonan los hombres es la maldad: después perdonan hasta el orgullo. Y Hugo era un hombre fundamentalmente bueno en su corazón. Eso lo supieron los niños pobres de Guernesey, y los amigos ingratos y los criminales, y los pueblos y los mendigos; y lo sabe hoy el mundo entero. Pero el núcleo de su psicología era la conciencia de su individualidad: de ahí irradiaban su caridad y su feudalismo. En todo puso su huella. Hasta se fabricaba él mismo los muebles. Cuando habitó esta casa, ocupaba solamente el segundo piso, y hoy, sus recuerdos reunidos, colman la casa entera. Solamente la iconografía consta de novecientos retratos. Entre ellos hay una miniatura á los 24 años, tan distinta del Hugo más conocido, que no le daríamos 15, de tal manera su rostro es infantil y femenil y andrógino, con los ojos vagos y la boca pulera. Hay también una fotografía á los 50, tomada por su hijo Carlos durante el destierro en Jersey, figura sencilla y viviente, con los brazos cruzados, de pie junto á una puerta, abovedada como nunca la frente enorme bajo el cabello lacio, sin bigote, ya hollado de dolor y de pensamiento su rostro, y al desnudo la máscara vigorosa que cuan-

do deje crecer el bosque blanco de su barba, ha de ser la cabeza pensativa del conocido cuadro de Bonnat. Agregad á eso otras efigies en etiquetas, cajas, platos, pipas, cuanto forma el museo popular; y el busto de su amigo David d'Angers, hecho cuando el poeta tenía 36 años, y el de Marqueste, improvisado para una fiesta en el Hotel de Ville; y el de Schoenwerk, coronado de laureles; y el de Rodin, esa cabeza agobiada y atormentada que siendo llena de vigor, no interpreta, sin embargo, el admirable equilibrio físico y moral que fué cimiento y fuerza de su genio. Agregad aún centenares de caricaturas, desde la invectiva á la apoteosis, como no las tuvo ningún caudillo, y centenares de bocetos y pinturas suyas, con su paleta de té, café, tinta, harina, leche—visiones de pesadilla, deformes y grandiosas como las visiones de sus poemas. Agregad aún las sillas y armarios que él mismo talló, como si su ser se prolongara, más allá de su cuerpo fisiológico, hasta en las cosas que le rodeaban—todo como sus dibujos y el resto, de una apariencia extraña que no hallaríamos, sin duda, en la casa sencilla y semiburguesa de Goethe, que Bourget ha descripto. Agregad aún los recuerdos de las otras casas que ocupó en sus peregrinaciones y destierros, los carteles de sus dramas ó proclamas, las ediciones de sus libros, los originales de sus obras; y los homenajes que recibía á diario, como el bastón que le mandó Benito Juárez, Presidente de Méjico, ó la placa que le enviaron en 1885 «sus admiradores del Rosario de Santa Fe» y objetos singulares como su uniforme de académico, ó su corona de María Tudor, ó el fantástico Blasón que terminó por inventar para sí en la fuer-

za de su megalomanía; ó la abeja de oro que le regaló Claretie por haber sido del manto de púrpura de Napoleón...

Uno sale de la casa de Víctor Hugo con la convicción de que su candor y su bondad fueron tan grandes como su genio. Ningún hombre fué más feliz con su orgullo ni más prestigioso con su arte. Nadie ha llegado á ser más querido y glorioso en vida que este Cantor. Todo eso—¡oh, regocijo de mi sangre!—en un siglo en que los fracasados del verso y los evangelistas de la imbecilidad iban proclamando, ante las muchedumbres, la innocuidad de los poetas y la irreparable decadencia de la poesía.

LA POLITICA DEL PAUVRE LELIAN

París, 25 de agosto de 1907.

El epígrafe de esta carta hubiera sido el tema de un artículo irónico y paradojal, á la manera de Anatole France, cuando no conocíamos el libro inédito de Verlaine, que acababa de descubrirse, donde ataca la política y la sociedad de su tiempo, y en cuya desordenada prosa se descubre la fe cristiana y la pasión ingenua que florecieron en *Sagesse*. Os he hablado en mi correspondencia anterior, sobre la gloria de un poeta feliz: hoy quiero hablaros de ese Pauvre Lelian que fué uno de los poetas más desgraciados del mundo. Ambos interesan personalmente á la historia de nuestras letras. Hugo tuvo presa de su deslumbramiento á toda la generación anterior, y vástagos suyos retoñaron en cada una de las naciones de América. La generación posterior á 1890 fué hacia Verlaine, en busca de una melodía más pura, de una inquietud más profunda, de una línea más esbelta. En la evolución de la literatura nacional, los dos completan para nosotros la Lira: el uno describiendo los esplendores de la realidad exterior; el

otro esbozando las visiones de su íntimo reino. Se alcanzaron en la vida además; y fueron amigos, con las distancias que van del viejo olímpico y protector, al joven desventurado y lunático. Cuando, después del tiro que disparó contra Rimbaud, la policía de Bélgica le apresara, á quien recurre el desolado Verlaine, es á aquel épico protector de bandidos, y de él recibe en la cárcel de Bruselas esa carta lacónica que comienza con un vocativo afectuoso: «Mon pauvre poète» y concluye con esta frase sibilina: «Courage et revenez au vrai.—Víctor Hugo»... Y cuando Verlaine publique *Sagesse* le enviará su poema con una dedicatoria en verso, donde podrá sin irreverencia decirle:

J'ai changé. Comme vous, Mais d'une autre manière.
Tout petit que je suis j'avais aussi le droit
D'une évolution, la bonne, la dernière.

Ambos son, pues, nuestros antepasados; y á despecho de otras influencias más restringidas, no se podrá, sin conocerlos, aquilatar el esfuerzo de pasión ó de arte que han realizado posteriormente los más altos poetas americanos, desde Andrade, en quien prepondera Hugo, hasta Darío, en el cual predomina Verlaine, siendo ambos, de un lado el azul, del otro la púrpura, los colores en que se extrema la gama de los intermediarios matices.

Fuera de esos motivos nacionales, quiero hablaros de este poeta, además, como coronamiento del día verleniano que he pasado hoy en París. He dedicado la mañana á leer un libro póstumo del maestro, que acaba de aparecer; he pasado

la tarde en los jardines de Versalles, donde los grifos de las fuentes y los mármoles de las frondas evocan versos de las «Fêtes Galantes»; y vengo ahora, que es media noche, después de haber cenado con artistas del barrio en un restaurant del Quartier Latin, donde el Pauvre Lelian arrastró su miseria y concluyó sus días...

Quede contento, pues, el joven poeta argentino que al despedirme en Buenos Aires me recomendaba que en su nombre saludase á Verlaine. Pero quiero anticipar que no elijo el asunto para labrar camafeos bizantinos, ó para regocijarme con su música en la soledad de mi torre. Si la afición congénere me lleva hacia tales temas, el corresponsal prefiere vincularlos al interés público, por la actualidad ó el patriotismo—sin excluir lo que hay de eterno y universal en el arte. Mal desdeñaría esa tarea, quien ha proclamado la urgencia de promover en la espiritualidad argentina, la elevación moral que nos falta y la cohesión ideal que necesitamos. No podemos esperar que realice allí esta obra, ni un clero desvinculado de los intereses permanentes de la nación; ni un ejército que aún se subleva; ni una casta universitaria atorada de códigos y anquilosada de formulismo; ni los políticos de chanchullo que viven de la inhibición popular; ni los agiotistas y terratenientes que se ríen de nuestro lirismo hambriento, mientras ellos engordan con la grasa del país. Esa predicación corresponde á los hombres de letras, para modificar un ambiente del cual ellos y el porvenir moral de la república, son las mayores víctimas. En las épocas de transformación de un pueblo, los escritores han realizado con las letras mismas esa ac-

ción eficiente. A raíz de la crisis española, todos los poetas y novelistas se pusieron á predicar un evangelio de la reforma social. Pero he aquí un caso más extraordinario: acaba de descubrirse que el lírico de «La bonne chanson» y de «Les Fêtes galantes», el creador de los poemas más subjetivos y sensuales, el escritor á quien se creía alejado de los hombres dentro de su hermética individualidad, fué también el autor de una violenta literatura de partido, prosa de acción, prosa oratoria, prosa panfletaria. Tal es el libro *Voyage en France par un français* que ha sugerido el título de estas páginas y las precedentes reflexiones. Su reciente hallazgo y publicación, han hecho retoñecer en la actualidad, la memoria del desventurado Verlaine, lo mismo que la edición, casi simultánea, de otro libro referente á su personalidad; libro que recomiendo por ser la más amplia y documentada biografía de esta existencia pintoresca y dramática. En esa biografía, su autor, Edmond Lepelletier, ha cumplido piadosamente un voto del ilustre muerto. «...Que Lepelletier defienda mi reputación... que él me haga conocer mejor cuando yo no exista ya aquí...» había dicho el poeta en un día de calumnias y penas. Y el amigo de juventud ha escrito, con amor y justicia, un sólido alegato ante la posteridad, por la defensa del hombre y la glorificación del escritor.

El descubrimiento del «Voyage» ha sido una sorpresa para todos. Los propios críticos del autor ignoraban su existencia. Verlaine lo había anunciado en la primera edición de «Sagesse», en 1881;

pero como un completo silencio rodeó la aparición de este poema, su anuncio fué olvidado. Ni el público ni la prensa le dispensaron atención á «Sagesse»: el mismo editor Palmé lo había aceptado —después que otros libreros lo rechazaran,—tan sólo bajo la recomendación de personas piadosas que juzgaron lectura edificante sus cantos al Señor y á la Virgen; la tirada fué escasa, la demanda exigua, y los ejemplares desaparecieron, á tal punto que hoy son buscados con infructuoso ahinco por bibliófilos y verlenófilos. El rastro se perdió del todo en el silencio ulterior de Verlaine, que enajenara el manuscrito del «Voyage» en un día de inopia, cediéndolo en pago de alquileres vencidos al dueño de la posada donde vivía. Podréis verlo por el siguiente documento, que ha aparecido junto con el libro: «Je soussigné déclare avoir vendu à M. X...» un manuscrit intitulé: Voyage en France par un Français, aussi que les drois d'auteur et de publication pour la somme de deux cents francs, et lui donne toute autorisation de le négocier à son gré.—Paris, le vingt juillet mil huit cent-quatre-vingt-onze. — Paul Verlaine.—Paris, 18, rue Descartes.»

No habiendo conseguido el posadero negociarlo con editores, se decidió á venderlo á M. Delzant, amateur de bibliografía y de letras; y es á su yerno M. Louis Loviot, continuador de las aficiones de su suegro, á quien debemos su reciente publicación. El darlo á luz ha parecido un error á ciertos admiradores del poeta. Se ha creído que este libro de injusticia y de vehemencia le empequeñece. Pero mi opinión no está con ellos. Mal hará quien considere esas páginas como un esfuerzo

de literatura. Trátase en mi sentir de una obra trunca, cuyos desaliñados borradores sólo valen por su apasionado arranque cívico. No es un «Viaje á través de Francia» ni la descripción de sus paisajes, sino un viaje á través de la sociedad y la historia francesas. Libro de injusticia y de vehemencia es, sin duda, y en tal carácter nos interesa como documento psicológico; máxime cuando ya nada podrá empañar el nimbo de gloria que brilla sobre los versos del Pobre Lelian, como nada podría tornar más lóbrega la leyenda de infamia que pesa sobre su vida.

El «Voyage» es una profesión de fe política en favor de la Monarquía y el catolicismo; es un panfleto iracundo contra la República y el sufragio universal. Declara previamente su autor, que sólo el más ardiente amor á la patria ha podido inspirar este libro; y es necesario decir que hay un acento de inequívoca sinceridad, así en el extravío de sus adhesiones como en la injusticia de sus invectivas... Cuando al redoble de los tambores de Santerre, se dijo: «el Rey ha muerto»—escribe en la página 19—se hubiese dicho: «Ha muerto la Francia,» si la guillotina hubiera podido matar la Monarquía, al mismo tiempo que mataba al Monarca.»—Y puesto que el viejo credo sobrevive, puesto que vive aún esta Francia horrible que «nos han hecho»—es necesario—«para que pueda volver á ser la bien amada de las naciones y el soldado de Dios—á quien Dios le ha hecho promesas tan solemnes como á su Iglesia»—que todos los franceses celosos del honor inicial y de la esperanza siempre permitida, tengan el coraje de penetrar á través de todos los obstáculos odiosos

y crueles hasta la fuente pura y fuerte de donde mana esa magnífica sangre roja y azul, noble y plebeya, cuya historia fué tan hermosa, que latió lo mismo en las sienes del genio que á los pies de la caridad ó en los costados del mártir, y que corrió sobre todos los justos campos de batalla y donde quiera que Dios deseaba ser glorificado por una muerte preciosa.» (!)—Después de ese prólogo embanderado de metáforas, el Pauvre Lelian entra en materia; pero antes echa una ojeada retrospectiva sobre la Revolución, pues para alumbrar «les vilaines ténèbres» de la actualidad y la política, necesita «interrogar el pasado y encender la lámpara de la historia.» Así va, en ese idioma democrático y jacobino, atacando el jacobinismo y la democracia. Todo lo que ha contribuido á la Francia actual debe ser abominado, y enaltecido todo lo que defendió el antiguo régimen, ó procure restaurarlo. Cuando habla del «nefasto movimiento del siglo XVI» ¿sabéis á qué se refiere? Al Renacimiento y la Reforma. y en frente «del espíritu de insubordinación y de orgullo que implicaba esta doble evolución hacia el mal» (sic)—¿sabéis lo que glorifica?—«La admirable milicia de San Ignacio;—la inteligencia indulgente y la mansedumbre evangélica de los Jesuítas»—que triunfan del monstruo bicéfalo en la medida querida por Dios...» «Pero Satán velaba—dice más adelante con la convicción de un Padre de la Iglesia. Y sobre los altibajos de su singular raciocinio, veis despeñarse después, en todo el resto de la obra, como un ígneo río por el flanco de un cráter, esa onda de su encrespada elocuencia.

Cuando yo concluí de leer este libro creí que se trataba de una superchería. No me sorprendió que al hablar de Napoleón le llamara «advenedizo lleno de odios y frío dictador del azar;» ni que al hablar de Thiers dijera: «ese Thiers deplorable.» Comprendía también que su inteligencia y sensibilidad de poeta, le hiciesen á Verlaine considerar los tiempos actuales, cuyo rigor sufría, «como recrudecencia de lo malo y de lo peor, que señala nuestra época al horror de la posteridad,» y suspirase por una Arcadia quimérica que era para él la Francia antigua, en la cual «el catolicismo imponía su yugo ligero á frentes consagradas y bautizadas.» Igualmente me pareció explicable que con su habitual apasionamiento en materias de crítica literaria, fulminara á todos los grandes maestros de la novela francesa por su incomprensión del problema religioso, sin que se salvara Zola, ni los Goncourt, ni el autor de *Salambó*, «bella cosa horriblemente triste y furiosamente opaca;» ni Alfonso Daudet—«una de mis objeciones contra el «Midi francés,» «inepcia más estúpida que los salones donde triunfó,» «novelista puerilmente anecdótico y en su idioma robado,» juicios que encadena á los adjetivos «deshonesto, ensayista y plagiario,» para concluir en esta clasificación: «Xavier de Maistre aigrelet et Balzac pour rire.» — Parecióme lógico también, que un poeta magnífico, cuyos versos nadie compraba, juzgara al público «lúgubremente cretino» por su camaradería con los otros literatos que publicaban á millares sus obras. Toda esta demolición resultaba interesante en un hombre idealista y selecto; pero donde fallaba la unidad de su vida y de sus

ideas, era en sus construcciones políticas y sus predicaciones morales. ¿Sabéis por qué rechaza toda la novela francesa del siglo XIX, de la que apenas respeta á Chateaubriand, no obstante de haber sido el verdadero maestro de Flaubert? «Por la innoble lujuria que ella rebosa, no menos que por el fastidio inseparable del más triste de los pecados.» ¡Y él había sido un Sátiro!... ¿Sabéis por qué fustiga el Domingo francés y elogia el reposo dominical, seguramente impresionado por los «holydays» que viera en Londres cuando vivió allí con Rimbaud? Porque es el día de la felicidad patriarcal y el de la familia reunida. Y en aquel tiempo, y siempre, estuvo divorciado de su esposa, Mathilde Mauté de Fleurville, la Dalila conyugal, como la ha llamado Lepelletier, sin que alcanzara nunca los goces del hogar el pobre bohemio vagabundo, huésped eterno de tabernas y cárceles y hospitales... «¡Oh, trabajo! ¿quién te predicará mejor, más alegre y meritoriamente que con orden, inteligencia y honorable provecho?» Esto dice en elogio de las virtudes burguesas... ¡y él no había trabajado jamás!... En el capítulo V, supone á su hijo—á quien no conoció siquiera,—en edad de ir á la conscripción, y le expone sus deberes cívicos y militares, aconsejándole sobre todo, huir del alcohol y de las mujeres... ¡Ah, Pauvre Lelian: te acordabas ó te olvidabas al escribir esto, que los enemigos de tu alma habían sido la Carne y el Demonio (el Mundo no, porque á ese nunca lo conociste: la mujer y el Demonio, sí), y que el Demonio había sido para tu alma el alcohol, y el infierno sus paraísos artificiales?...

Toda esa contradicción entre la existencia y las ideas políticas y morales del Pauvre Lelian, se me aclararon más tarde, cuando comprobé que el *Voyage* había sido elaborado, si no en el mismo año, al menos bajo el impulso de la misma conversión religiosa que le inspiró *Sagesse*. Hay un absoluto paralelismo emocional entre ambas obras: el poema explica la génesis sentimental del panfleto, y éste explica la génesis intelectual del poema; ambos prueban recíprocamente sus propias sinceridades, y tal es el interés psicológico que yo atribuyo á este documento político. Si hubiese traído mis libros de Buenos Aires, y no temiera exceder la extensión y la índole habituales de estas cartas, os demostraría esa concordancia secreta, que ha sido también apuntada por Dauphin Meunier en el suplemento literario de *Le Figaro*. Pocas veces un mismo autor, con idéntico tema y bajo el mismo estado espiritual, ha probado como en ambas obras, una aptitud más pura para el verso y una falta mayor de destreza para la expresión de sus ideas en prosa. El *Voyage* es empavesado y oratorio como un editorial de combate; su período enfático se airona de admirativos, ó la frase espontánea se deshilacha en cláusulas incidentales y guiones hasta la vuelta de dos páginas. No alcanza ni siquiera al estilo conceptuoso y nervioso de *Los poetas malditos*. Y su profesión de fe nos parece tan vulgar en prosa, como divina aquella lengua musical y vaga con que la había expresado ya en estrofas inmortales:

Oh, mon Dieu, vous m'avez blessé d'amour...

Verlaine no fué un espíritu razonador. Su psicología, aparentemente tan complicada en los epi-

sodios de su vida, se simplifica en una extrema y pura sensibilidad. Era todo él una eólica red nerviosa vibrando al viento de afuera. No fué hacia la monarquía y al catolicismo por razonamientos ni reflexiones de ningún género, sino por simples emociones de sugestión imaginativa. Cuando Taine quiere formarse una opinión política en su país, escribe los *Orígenes de la Francia Contemporánea*, y sólo después de haberlo hecho, llega á una noción de diferencia entre el antiguo y el nuevo régimen. Para que el Pauvre Lelian se declare un partidario militante del Rey Sol y un cortesano de Versalles, le bastó haberse paseado por sus jardines una tarde de angustia, interpretando al paso el verso prodigioso que contaban sus gárgolas. Se ha observado que las *Fêtes Galantes* aparecieron después de abierto en el Louvre aquel Salón Lacaze que Angel de Estrada ha descrito en una de sus prosas más hermosas. Lepelletier cree que fué este arte del siglo XVIII lo que inspiró á Verlaine aquellos poemas; y bastaron las evocaciones ó las figuras de Watteau y sus discípulos: los parques rumorosos poblados de mármoles y los lagos sedeños poblados de cisnes—toda la leyenda de galantería que aún embellece los Trianones,—para que el pobre poeta invectivara su tiempo y se declarara reaccionario:

> ...N'être pas né dans le grand siècle à son déclin,
> Quand le soleil couchant si beau, dorait la vie,
> Quand Maintenon jetait sur la France ravie,
> L'ombre douce et la paix de ses coiffes de lin...

Los errores políticos de quien no ha sido, ni será después de su muerte, un conductor de muchedumbres, no pueden inquietar á la sociedad. San-

tificado sea, por el contrario ese error, si de él puede brotar la chispa inspiradora de una gran obra de belleza, única cosa real y duradera, sobre el tumulto de los tiempos y el vaivén de las revoluciones. Ante la Venus de Milo ó la Victoria de Samotracia, deponen sus banderías todos los hombres de la tierra. Bendigamos la política reaccionaria de Verlaine, si ella nos ha dejado las *Fêtes Galantes*. Bendigamos igualmente su fe católica si ella nos ha dejado *Sagesse*. No olvidemos, por otra parte, que si monárquico en 1880, había sido comunista en 1871 — aunque todo imaginativamente. Un vasto y germinativo dolor, una sensibilidad extrema, una substancial inadaptación al medio, una negra fatalidad,—eso era lo único cierto y constante en su vida, la causa de sus instantes divinos y de sus días bestiales. Horriblemente feo, no conoció una hora de verdadero amor. A las heroínas de sus poemas las vió sólo en sueños. El retrato de Carrière, que vosotros seguramente conocéis, con la cabeza calva y la barba fluyendo sobre la hopalanda obscura, nos le presenta idealizado. Era tan feo, que cuando Lepelletier lo presentó ante su madre, ésta le dijo, después que la visita se hubo retirado: «Dios mío: tu amigo parece un orangután escapado del Jardín de plantas!» Tímido hasta lo enfermizo, no conoció una hora de triunfo. Hombre de letras, sus proyectos de novela ó sus ensayos de teatro fueron sin resultado, y maestro sólo en el más infructuoso y noble de los géneros literarios, al ser interrogado por su profesión en uno de sus procesos, respondería con grave inocencia: «Poète de son état.» Empleado de la Municipalidad, perdiera su em-

pleo después de la Comuna, para no recobrarlo nunca. Amigo demasiado íntimo de Rimbaud, dieran lugar sus equívocas relaciones á las calumnias más atroces. Casado, sólo encontrara la desventura y el desastre en su malogrado hogar. Padre, no conociera á su hijo. Pobre, procesado, difamado, enfermo, rodando de abismo en abismo, hasta el extremo de que el *Parnaso Contemporáneo* de 1876, salió sin su colaboración porque sus camaradas no se la pidieron, y ya ni se atrevían á nombrarlo siquiera; desgarrando la vida de zarza en zarza y cayendo cada vez á lo hondo, á lo hondo, hasta morir en 1896, en el Barrio Latino, sobre un lecho ajeno, y tan sólo asistido en su agonía por la sombra caritativa de su última compañera, Eugenia Krantz,—¿cómo no habrá de ser alcoholista y monarquista y anarquista, y todo lo que quisiera, este inmenso ser sublime y trágico?...

Diez años después de su muerte, el arte lo ha purificado. Poeta eximio, no desdeñó, sin embargo, la prosa de la invectiva contra lo que creía una vergüenza social. Poeta verdadero, abominó la retórica, y lo que salva su obra, es la sangre de vida intensa que circula por todas sus estrofas. Por eso París, que sabe glorificar á sus poetas y comprende que tal es el signo más alto de una civilización, ha dado ya el nombre de Paul Verlaine á una de sus plazas, mientras la comisión popular, de la que forman parte Rodin, Maurice Barrès, León Dierx y el mismo Lepelletier, lleva adelante los trabajos para la erección de un monumento. Algunos desearían que ese monumento fuese erigido en la plaza de los Batignolles, y tal si-

tio ha sido solicitado al Consejo General del Departamento del Sena. En ese barrio de París vivió su juventud y escribió sus primeras poesías. Es en el cementerio de los Batignolles donde reposan sus restos... Desde luego, su estatua no se alzará sobre un pedestal ciclópeo como la de Hugo; ni dominando una perspectiva de anchas calles como la de Shakespeare; ni frente á un gran Instituto, como la de Dante en los jardines del Colegio de Francia; y no será de bronce como la de Lamartine; ni la acogerá, como á la de Musset, la sombra de la Comédie Française... Estará mejor entre algunos árboles amables, como en la plaza Monge la de Villon, ó la de Armand Silvestre en la fronda cercana al Petit Padel, ó la de Leconte de Lisle en el jardín del Luxemburgo, ó la de Maupassant en Parc Monceau... Para emplazarla en Batignolles, ó en Versalles, ó no importa dónde, yo esculpiría esa estatua en fino mármol de Paros, sin suprimir ni agregar nada á la cabeza mongoloide, barbuda y sensual: extendería á sus pies un lago con heráldicos cisnes y fronda obscura en sus riberas, y dejaría en su diestra la flauta pánica, y daría á su rostro una expresión de arrobo para que no supiera el peregrino si, en aquel preciso instante, esa especie de fauno ó de hombre, se había detenido á espiar el cuerpo de una ninfa entre el boscaje ó á escuchar una nueva melodía en la circundante arboleda...

GUERRAS DE RELIGION

París, 1.° de noviembre de 1907.

Un poeta que sabe sus deberes de corresponsal, no puede, como fuera su deseo, hablaros siempre en el lenguaje alado de sus rimas. Yo sé, además, que el público no escucha su canto, sino á condición de que aquél, de cuando en cuando, le hable sobre los asuntos que le interesan. Y la cuestión religiosa, que sigue siendo de actualidad en Francia, será siempre de una importancia permanente para toda la humanidad. Sólo que esta Francia de hoy no es ya la de San Bartolomé y las luchas civiles de los Enriques, y las guerras de religión que hoy se plantean, han perdido los épicos alientos de antaño para convertirse en una gresca de teólogos y juristas, que si tentaría la pluma de Balzac, paralizaría, en cambio, el plectro de Hugo. Pues tal es el carácter que la batalla entre el Estado y la Iglesia ha asumido aquí con un nuevo proyecto de ley sobre los bienes eclesiásticos y la liquidación de los que pertenecieron á las congregaciones disueltas, cuyas cuentas acaban de ser presentadas al Presidente de la República por los mi-

nistros de Hacienda y de Justicia. Y como al estudiar esta cuestión me he encontrado con artículos de periódicos y documentos oficiales y discursos parlamentarios, en los cuales se habla de «herederos colaterales» y «acciones reivindicatorias,» yo, que soy un redimido de pandectas y códigos, he debido llamar en auxilio mis reminiscencias universitarias, para explicaros, de la manera más sencilla, la nueva faz del importante asunto, que si tiene por sus episodios del momento un interés especial para los legistas, no pierde la transcendencia general que se ha reconocido, desde el primer instante, á esta implacable y sañuda campaña de la política francesa.

Cuando se creían concluídas para siempre las guerras de religión, le ha tocado á Francia, el país que otros consideran tan animado por el escepticismo, renovar ante el mundo las antiguas querellas entre el poder civil y la potestad espiritual. Los radicales que hoy tienen en sus manos los instrumentos de gobierno, han dado un espectáculo semejante á la inquisición de las herejías, y han puesto en su designio una voluntad medioeval, fecunda en astucias y crueldades. Lo único que diferencia la guerra actual de las antiguas, es que antes se perseguía en nombre de la Iglesia y del Evangelio, y ahora en nombre del Estado y de la libertad democrática. No sería difícil establecer entre ambos hechos, diferencias históricas muy notables; pero es fácil también comprobar entre ambos, semejanzas morales tan marcadas como las hay entre el castillo y los árboles que se alzan á la orilla de un lago, y la imagen invertida que á sus pies se refleja en el espejo del agua. Hombres mo-

dernos, todos los que han colaborado en la obra, desde Waldeck-Rousseau hasta M. Clemenceau, han aprobado las experiencias de la historia, las enseñanzas de la filosofía, y sin obstinarse en la vana tarea de invadir el santuario inviolable de la conciencia, sino poniendo, por el contrario, su tesón en el propósito de debilitar políticamente á la institución enemiga, han sustituído arcaicos instrumentos de tortura, por procedimientos de ley, que siendo impersonales parecieran más dulces, pero conservando toda la irresistible eficacia de su poder compulsivo.

Después de las leyes sobre interdicción de la libertad de enseñanza y de los privilegios económicos, el Gobierno ha buscado, con un nuevo proyecto, completar la obra de las sanciones anteriores. No solamente se ha querido separar á la Iglesia del Estado, sino subordinar aquélla á la autoridad de este último y entregar sus bienes á la administración civil. Dicho proyecto es una argucia jurídica que echa por tierra el principio de la división de los poderes, esencial al verdadero gobierno republicano, pero que M. Briand ha sostenido en la Cámara, ante la invectiva furiosa de los reaccionarios, apoyado por la mayoría omnipotente de los radicales. Mientras el Estado tomaba posesión de los bienes de las congregaciones disueltas y los entregaba á las sociedades laicas á que la ley los destinara, la Iglesia, por medio de sus agentes y de todas las influencias secretas que constituyen su poder, había ido á buscar hasta en los más apartados burgos y parroquias, los herederos directos ó colaterales del antepasado piadoso que instituyera en su favor la fundación de esos mismos bienes. A es-

te paso, según los informes oficiales, la Iglesia había conseguido descubrir 20.000 (!) herederos indirectos de los donatarios ancestrales; y regimentado por ella este formidable ejército fúnebre, se preparaba á lanzarlos contra las instituciones laicas que la habían sucedido en usufructo ó dominio de esos bienes, ó contra el Estado, en último caso, en un devastador desquite constituido por 20.000 litigios de reivindicación, de los cuales, como para demostrar que la amenaza era un peligro verdadero, habíanse iniciado algunos ya ante setenta Tribunales de la República.

En presencia de semejante peligro, el Gobierno ha osado presentar su proyecto que, no solamente implica una limitación del derecho de herencia, sino que importa juzgar por medio del poder legislativo esos 20.000 procesos en masa. Toda la argucia de estos hábiles procuradores consiste en suprimir el párrafo 2.º del artículo 7.º de la ley de 9 de diciembre de 1905 y reemplazarlo por este nuevo texto que transcribo, porque nunca hasta ahora se habían jugado tan vastos intereses por medio de procedimientos tan sutiles. «Las acciones de repetición, reivindicación, revocación ó resolución, concernientes á los bienes devueltos en ejecución del presente artículo, serán sometidas á las reglas prescriptas por el artículo 9.º» Lo cual se ha de interpretar de la siguiente manera, según explica un periódico adicto al Gobierno: «Solamente los autores de donaciones, fundaciones piadosas ó sus herederos directos—con exclusión, por consiguiente, de los colaterales,—serán admitidos en una reivindicación cualquiera, antes de la toma

de posesión por los establecimientos laicos.» Como veis, la cuestión es grave. La derecha ha gritado á la opuesta mayoría que ellos eran los hijos bastardos de la Revolución, que ellos violaban la declaración de los derechos del hombre. Y un breve y pintoresco detalle de la crónica os revelará cuál ha sido el diapasón del debate, y en qué consiste la fuerza de ambos beligerantes. El ferviente M. Delahaye dice: «Los católicos han sabido rechazar con disciplina vuestra separación. ¿Qué diríais vosotros si ellos se levantaran ahora contra los ladrones?»

M. de Baudry d'Asson: ¡Bravo! ¡Bravo!—(Risas en la extrema izquierda).

M. Delahaye: Si nuestros jefes quieren apelar del Parlamento, ante el pueblo francés, con la expoliación de nuestros monumentos, de nuestros vasos sagrados, estamos prontos á seguirlos para defender hasta el término nuestros derechos. Lo que nuestros padres no han abandonado á los bárbaros, á los sarracenos, á los jacobinos, no queremos nosotros abandonarlo á sus sucesores, M. Arístides Briand y sus cómplices. Si nuestros obispos hablaran así, mostrando el camino de la prisión y del sacrificio, vuestros ministros cambiarían de tono...

(M. Briand levanta los brazos al cielo, pero sin decir nada).

Hay en aquella risa irónica de la izquierda y en este gesto mudo y elocuente de Briand, esa cosa irritante y desconsoladora de todas las mayorías parlamentarias, sin otra ley que su fuerza, siempre seguras de su triunfo, inconmovibles á la sinceridad ajena ó á la ternura. Hay, en cambio,

en las palabras de M. Delahaye, el desvarío de un alucinado, que aún espera, como en tiempo de las cruzadas, la predicación guerrera de los obispos, y que aún cree en la existencia de católicos dispuestos al cadalso, por un ideal que ha languidecido en sus almas y por un culto que es apenas la corteza del árbol roído en su médula por los siglos. Y esta crisis del catolicismo en Europa, ha sido proclamada en estos días por un católico insospechable como M. de Mun, que en 1885, cuando comenzaba en Francia esta nueva guerra de religión que aún no ha concluído y que nadie sabe cómo concluirá, pretendió organizar aquí el partido católico, y desistió de la tentativa para obedecer un consejo de León XIII. Y M. de Mun ha dicho públicamente esta palabra de desilusión y de alarma, con motivo de sucesos que van de golpe en golpe demoliendo los muros de la vieja basílica: «La separación ha roto el cuadro antiguo, desgarrado las apariencias, y he aquí que el peligro aparece á todas las miradas. A pesar de la persistencia de los hábitos, magüer el resto de fe que aún sobrevive en él, el pueblo se ha separado cada vez más de la Iglesia. Casi en todas partes los católicos han perdido su confianza.» En tal ambiente, arengas como la de M. Delahaye, no pueden ya alcanzar las graves resonancias de la tragedia, sino desvanecerse en un falso énfasis de melodrama.

No ha pasado lo mismo, sin embargo, cuando M. Labori y M. Jeanneney han hablado para oponerse al proyecto. Ambos han hablado breve y serenamente. Ambos son republicanos; partidarios de la orientación general de este gobierno, se han destacado del bloque tan sólo para exponer escrú-

pulos de juristas, para salvar inquietudes de conciencia. Por el contrario, M. Jeanneney no cree, como se dice en la derecha, que la ley de separación sea una ley de expoliación: pero si la ley es clara, como dice M. Briand, no hay para qué substituir su texto, y si lo que se pide al Parlamento es una «interpretación», ésta corresponde á los Tribunales. M. Labori, por su parte, cree que lo que se pide á la Cámara es que juzgue de un solo golpe 20.000 procesos, y en tal caso, ya no se trata de la Iglesia, sino de particulares, que pueden muy bien ser anticlericales. La palabra de ambos produce sensación; pero M. Briand pide que no se dé oído á esas razones; que los juriconsultos católicos han enviado circulares á todos los curatos recomendándoles buscar los herederos más alejados, proponerles tomar sus procesos al 25 por 100, y que todos esos litigantes van á un desastre seguro, «si el legislador no se apresura á aclarar el pensamiento de la ley de 1905.» Lo que se quiere es pasar, seguir adelante; llevar hasta sus consecuencias postreras la campaña liberal iniciada hace un cuarto de siglo; transformar radicalmente el alma del pueblo y la constitución del Estado en una lucha incruenta, que no por ser sin sangre resulta menos trascendental: abrir ruta nueva en el viejo bosque, pegando aquí hachazo al tronco y allí fuego á la breña—ruta nueva hacia quién sabe qué ignota ribera ó desconocida montaña.

Los católicos, entretanto, se arremolinan y se debaten en la impotencia, por defenderse de lo que ellos llaman «la persecución,» y que lo es, en efecto, como en los tiempos de la Reina Isabel de In-

glaterra, cuando hasta se les cerró el acceso á los puestos públicos. M. Piou organiza su liga de la «Acción liberal popular,» nombre bajo el cual se enmascaran propósitos eclesiásticos, ya tan sin prestigio en el pueblo, que ni siquiera confiesan su verdadera divisa. M. Julien de Narfon hace una encuesta entre los obispos, sobre la necesidad de organizar un partido católico, con fines electorales, y sobre cuál debe ser su táctica y su programa en los actuales momentos. Algunos prelados, ahitos de decepción, se abstienen; pero otros de alma combativa, como monseñor Donais, obispo de Beauvais, le responde: «Que los católicos se concentren, se entiendan, se agrupen; que para defenderse mejor, ataquen, á fin de prevenir la nueva carga ofensiva; que se organicen fuertemente por diócesis, por provincias eclesiásticas, por regiones, en la Francia entera; así lo exige la situación actual, que nosotros hemos querido, á toda costa, evitar á nuestro país.» Por su parte, la prensa adicta á ellos procura desprestigiar á los liberales y toma ahora, como cabeza de proceso, la memoria de los ministros Caillaux y Guyot-Dessaigne sobre la liquidación de las congregaciones disueltas. En 1900, M. Waldeck-Rousseau, al iniciarse esta política contra las manos muertas, había dicho que se podía calcular en mil millones de francos los bienes que detentaban las corporaciones religiosas, y resulta de esa memoria que los liquidadores sólo han conseguido entregar 190.000 francos. Hay en esto, por parte de la prensa católica, una interpretación capciosa de los hechos, puesto que se omiten cifras importantes que explican ese resultado, de una operación que, además,

no ha concluído aún, pues de las 677 liquidaciones ordenadas, sólo han finalizado 115. Pero el contraste violento de las dos primeras cantidades, basta para impresionar á los secuaces, sobre todo si se les deja comprender que el resto se ha desvanecido en mano de los liquidadores, y para comprobarlo se publican, extraídas de la misma Memoria, las cuentas de lo que se ha pagado por servicios forenses á numerosos abogados, casi todos ex-ministros ó ex-diputados de la tercera república. Así, por ejemplo, M. Paul Faure, antiguo diputado de Vaucluse, 96.000 francos; Thevenet, ex-ministro de Justicia, 40.000; R. Peret, de la Viene, 48.000; Ricard, ex-ministro de Justicia, 46.000; Millerand (¡), 53.600. Y otros así. A propósito de este episodio de la guerra de religión en Francia, podría repetir algunas reflexiones que escribí en mi primera carta, sobre la crisis del Mediodía. Ya veis cómo en todas partes la política, vista en el individuo, se empequeñece hasta la medida de nuestras necesidades y nuestros apetitos. En cambio, cuando los hechos pasen, cuando la vida se convierta en historia, sólo veremos las muchedumbres en fervor, los ideales que las agitaron, las perspectivas épicas; y al abarcar las grandes masas, no repararemos en los 53.000 francos del señor Millerand, sino en los mil millones que era necesario arrancar á la mano muerta de las congregaciones. Las luchas sociales son como un río fecundador, y fuerza es que lleven lama y limo en las olas de su torrente.

En medio de esta controversia, el antedicho M. de Mun se ha manifestado también en favor de la acción electoral de los católicos. El está en

contra de los que creen que esto sería identificar los intereses de la religión con los de la política. Piensa que esta idea de abstención «es la fórmula dulcificada del error funesto de que ha nacido todo el equívoco revolucionario, quiero decir, la separación radical de la política y de la religión, primer paso en el camino que conduce á la hostilidad de la una contra la otra.» Como veis, sus palabras parecen lamentar, tímidamente, esas hostilidades, en las cuales le ha tocado la peor parte á la religión; pero si hay alguna institución social, que, habiendo llegado la hora de su decadencia, tiene que resignarse á las persecuciones, es la Iglesia, que fraguó con esos mismos procedimientos su poderío. La hostilidad al catolicismo no ha nacido en Francia de un equívoco revolucionario: la República no podía transar con la Iglesia, que se había pronunciado en contra de la escuela democrática y de la familia democrática, prefiriendo azarosas alianzas con los restos sobrevivientes del antiguo régimen. La República ha sido lógica consigo misma en su conducta, y si ha llegado hasta violar las libertades en esta guerra sin cuartel, ha sido porque no podía respetarlas cuando se las invocaba en contra de su propia existencia.

Algunos espíritus, en nuestro país, alucinados por este movimiento de la política francesa—pues la distancia geográfica da perspectivas semejantes á las distancias de la historia,—desearían ver reproducido el espectáculo en tierras de América. Pero es necesario recordar que todo esto no ha nacido aquí por espontáneo engendro de la filosofía, sino que ha sido preparado en lenta gestación

por la fuerza dinámica de tradiciones políticas, inherentes á la evolución misma del país. Las guerras de religión, además, que empezaron después de la Edad Media, casi al mismo tiempo que se esbozaban ya las nuevas nacionalidades, no tuvieron el mismo carácter en los diversos pueblos. En España, por ejemplo, se persiguió á los protestantes y cualquier otra forma de herejía, porque el catolicismo, que había sido el móvil de resistencia en la guerra contra los moros, formaba, después de ocho siglos de semejante ejercicio espiritual, una sola cosa con el alma del pueblo y con la constitución del Estado, completando, bajo Felipe II, eso que Ganivet llamara la Monarquía religiosa y la Iglesia temporal. El caso de Inglaterra fué completamente distinto, y dominada la minoría católica, se vió que el verdadero interés patriótico estaba en el sostenimiento de la Iglesia anglicana, y la cuestión fincó tan sólo en el desligamiento de la autoridad pontificia, que enredada á la sazón hasta en las grescas municipales de Italia, sólo le hubiera dado conflictos sin beneficio alguno. En Francia, el problema fué no menos peculiar, y á ratos pareció una lucha civil de las casas reinantes, á ratos una guerra de regiones ; no era la Monarquía contra el individuo como en España, ni la Monarquía contra el Papa como en Inglaterra : eran contrarios bandos del pueblo mismo.

La historia de nuestro país es absolutamente distinta. La Iglesia argentina ha nacido juntamente con la nación, y lejos de hostilizar á la democracia, la ha servido. Mientras el Papa bendecía los ejércitos españoles, los frailes americanos bendecían las banderas de la independencia. Un fraile

salvó en el Congreso de Tucumán la idea de la libertad republicana y otro fraile salvó, en el Congreso constituyente, la idea de la libertad religiosa. Después de aquellas grandes generaciones y aquellos días de esplendor, la Iglesia argentina no ha hecho sino debilitarse y envilecerse. Legalmente, es una simple dependencia de la administración; y sometida á los poderes civiles, no goza sino de la fuerza que éstos quieran concederle. Cuando en las campañas liberales por la educación laica y el matrimonio civil se propusieron vencerla, la vencieron. Cuando en la campaña liberal del divorcio, el Poder Ejecutivo no puso en ello su tesón, resultó vencedora. Si yo fuese ciudadano de la República Argentina y de Francia á la vez, sería acá partidario de la separación del Estado y de la Iglesia, y allí partidario de la subordinación de la Iglesia al Estado. Pero si la Iglesia continuara siendo, como lo fué en el Renacimiento italiano y en la España del siglo de oro, la nodriza del Arte, yo estaría por ella, en cualquier parte del mundo, y sobre todo en América, donde la guerra por la religión de la belleza es la gran guerra de religión que por ahora necesitamos.

II

Riberas de Bretaña.

DESDE EL FIN DE LA TIERRA

Finistère, agosto de 1907.

La primera carta que recibí cuando mi llegada á París, era una carta de Rubén Darío. Anoticiado de mi viaje, me escribía desde Bretaña, invitándome á conocer ese país rústico y bello, donde perdura el catolicismo pagano de los primeros tiempos, en torno á los menhires y los dólmenes de la leyenda druídica. A quien venía como yo de la América ya descubierta, no podía un poeta ofrecer en Europa lugar más propicio á ensueño, que aquella extrema costa occidental donde confinaba el mundo conocido de los antiguos, y donde el ignoto Océano bosquejaba en la línea de los cielos, fabulosas comarcas, ó murmuraba al tímido navegante del Mediterráneo, la historia de Atlántidas, desaparecidas, y nebulosas Thules, y Ophires opulentas... Cierto que hoy se va en tren rápido desde la vieja Lutecia hasta el Gran Mar, antaño quimérico, y que el arcaico «Finis-terre» de las cartografías, como en el Cabo español, es apenas una designación histórica en los actuales ma-

pas de Francia. Pero eso qué importa, si aún se tiene ojos para admirar marinas y paisajes que los artífices del pincel han venido siempre á buscar en las playas bretonas; si aún se tiene gusto para saborear las fresas y los higos que brotan en los huertos semisilvestres de su tierra; si aún se tiene oídos para escuchar la nocturna voz oceánica cantando exámetros rotundos contra el negro basalto de las riberas; si aún se tiene olfato para deleitarse por la mañana en el perfume herbario que trae la brisa de los campos, ó en el aliento de las algas húmedas que impregna el ala de los vientos marinos... Y tanto mejor aún, si, junto á esa avidez sensual que hace sorber por todos nuestros poros el goce de la vida al contacto de la Naturaleza, traéis un poco de austera reflexión para estudiar el alma ruda de un pueblo impermeable á los refinamientos parisienses, y un poco de fantasía plástica para reanimar á lo largo de estos caminos silenciosos, y en lo interior de estas grutas encantadas, los seres de misterio y de leyenda que han dejado aquí, en gentilicia comunidad con los hombres, treinta siglos de teurgia y de religiones.

El tren sale de la estación Montparnasse y tarda diez horas en llegar á Brest, término del viaje. Si preferís hacerlo de día, el camino os prepara el ánimo para las evocaciones. Aparecen primeramente, á lo lejos, en panorámico declive, las crespas arboledas de Versalles; en seguida se llega á Chartres, donde se puede ver desde la ventanilla la catedral famosa; y camino adelante, después de Rennes, estamos ya en el Finistère, riñón de la Bretaña. Toda la campaña francesa es

accidentada, y nuestro ojo hecho al plano y á la curva inmensa de la pampa, experimenta una sensación del todo nueva ante el paisaje que se desnivela en mórbidas colinas. No es la pedregosa serranía de Córdoba, ni la montaña de Tucumán, vestida de bosque tórrido. Hay una simetría y una gracia urbanas en esta vaga dispersión de alcores que va el convoy cruzando á la carrera. Los rieles, en su geométrica longitud, entran de súbito en un túnel negro donde reina la noche ; ó corren por un puente de hierro que deja en lo hondo un valle y un arroyo ; ó pasa por una garganta abierta á pico, donde crecen el musgo y los helechos en las altas paredes humedecidas por la lluvia. Pero lo que substancialmente diversifica esta campaña de la nuestra, es la profusión de aldeas, todas con su vetusto campanario, que aparecen, paso tras paso, á la vuelta de esas colinas ; y la lisa banda blanca de los caminos carreteros, cortando aquí y allá las siembras, entre aldeorros y granjas y ciudades ; y es, por fin, la falta del latifundio, del alambrado y del rodeo criollos, pues la expansión total de los cultivos ha colmado aquí los campos, y el trigo, el lino y las verduras se suceden en apretados cercos y tablones, donde rige un aliño de hortaliza doméstica. Acentúa la diferencia el ver que son mujeres las que carpen aquella tierra ó recogen sus frutos. Tienen la cara hombruna y el mirar bovino esas labriegas de toca y falda corta que ven pasar el tren apoyadas en el cabo de sus tridentes. La inclinación del suelo permite ver de plano los sembradíos y hasta los patios de las chozas, y así va, como una cinta cinematográfica, desenvolviéndose el panorama... De pronto, allá

abajo, á nuestros pies, en la confluencia de dos pequeños ríos, y vista desde un alto viaducto que pasa sobre ella, aparece Morlaix, ciudad con secular historia de guerras anglo-francesas... Adelante de Morlaix siguen el campo y las aldeas. A medida que nos acercamos á Brest la tarde va de más en más velando la campiña; y al ver en la penumbra crepuscular figuras que marchan por los solitarios senderos, rumbo á su aldea, se adivina en la unción del ámbito la voz de un Angelus devoto gimiendo sobre los predios y las alquerías comarcanas...

Pero he aquí que la ciudad de Brest os proporciona una impresión completamente diversa: aquello es eglógico, esto es marcial. Rubén Darío me espera en la estación, y tras el abrazo en que le concreto todos los mensajes que le traigo de amigos y camaradas de Buenos Aires, disponemos la marcha. Para ir á Quélern-en-Roscanvel, donde tenemos casa, mar y campo, es necesario aguardar el día y hacer el resto del camino en barca. El agua, los murallones y las fosas que rodean á Brest, no sólo la defienden, sino que la aislan del país. La ciudad, considerada el primer puerto militar de la Francia, no es seguramente como la imaginó su fundador bretón, sino como la quiso Richelieu y como la comenzara Vauban, el constructor de fortalezas. En vano fué que en el siglo XVII, su pueblo misoneista como ahora, se opusiera á las obras que entonces la defenderían de los ingleses y que, terminadas, serían reducto inexpugnable para los alemanes. El que entra hoy en ella se reconoce en un cuartel. Su edificación es uniforme y de varios pisos como en todas las otras

ciudades de provincia, y se ve vagar por sus aceras, mujeres de corseletes recamados y grandes tocas blancas, y hombres con chaquetas negras de pana, cortadas á la torera, encintados los chapeos y con borlas á la espalda; pero todo eso no les presta sino un vago color local, porque la ciudad es desde antiguo, asaz cosmopolita. No se sabe, ni siquiera á ciencia cierta, que ancestrales superposiciones de aborígenes y celtas y posibles migraciones marítimas de bárbaros y de navegantes del Asia, han formado este pueblo bretón, y su idioma rudo y su alma fiera. Aún hoy tiene Brest calles de tiendas chinescas y niponas, donde hay objetos y telas finas del Oriente. Un pueblo de marineros y soldados pulula en sus calles. Por estos días han estado aquí dos cruceros japoneses, y un acorazado yanqui y nuestra fragata la Sarmiento — y todas las semanas entran al, ó salen del hermoso puerto, barcas de las más exóticas banderas. Esta plaza fuerte, á pesar de lo moderno de las construcciones, os da una impresión medioeval, pues hay un gran castillo y murallones de piedra, y almenas, y clarines, y por cualquier rumbo que entréis á ella, ha de ser entre puentes levadizos, y hondos fosos, y dos líneas de fortificaciones. Al propio tiempo es una ciudadela del Océano, pues la misma configuración geográfica la defiende por el lado del mar. La Península de Crozón, se adelanta estriada como un extraño animal marino, con garfios laterales y una cabeza que concluye en la Punta de los Españoles—llamada así por tradición de antiguas ocupaciones hispánicas,—no sé si anteriores á Bertrand Duguesclin, el caudillo en la guerra de Cien Años.

La Punta de los Españoles deja, junto á tierra firme, una estrecha garganta que es el único paso del mar exterior á la rada interna. Hay allí faros y cañones, y nuevos fosos y dos pequeñas islas artilladas que la tornan inexpugnable... Durante el día, desde nuestra casa, «La Pagoda», á la orilla del mar y no lejana de aquellas islas, oiremos atambores, y salvas de ensayo que hacen temblar la tierra, y toques de clarín que hacen gemir el aire.

En torno de la ciudad marcial, junto al Océano, vive como en los tiempos medioevales toda una comarca francesa. Ha dispersado sus «chaumières» hechas de piedra y lodo, á lo ancho de las colinas verdeobscuras y de los valles apacibles. Es la región que contribuye con la mayor natalidad, al crecimiento demográfico de Francia, y he aquí otro hecho contra los que, preocupados tan sólo de París, argumentan con el maltusianismo de sus matrimonios burgueses. Todos viven en Bretaña de la agricultura y de la pesca; y si en 1898 había más de cien mil mujeres dedicadas á los cultivos de la tierra, las propias estadísticas indicaron más de ciento treinta y cinco mil hombres dedicados á las faenas marítimas. Como en cualquier comarca primitiva, el país depende á tal extremo de la pesquería, que el hambre lo ha flagelado en estos últimos tiempos, cuando la sardina mermó en las antes rendidoras pesqueras, sin que se sepa si ha sido desviada por corrientes oceánicas, ó si ha descendido el pez buscando capas acuáticas de más propicia temperatura. No la afición á las industrias modernas, sino la den-

sidad de la población y el cansancio de los terrenos, han tornado intensivas las labores agrícolas; pero el abono de los campos se hace con algas que extraen de la ribera del mar y que dejan pudrir al sol y al aire junto á la puerta misma de las chozas. La familia tiene á las veces un par de vacas, que juntándose en rehala con las del vecino, van hasta el predio comunal llevadas por rapazuelos de boina y almadreñas que, desde los diez años, ayudan ya á los padres. El pescador bretón es uno con su barca, ligero leño de una sola vela, teñida generalmente de color almagre ó sangre coagulada. Tiene la rudeza del lobo y la agilidad del ave, según la frase que se atribuye á Chateaubriand. Sobrio en alta mar, es sensual y borracho cuando vuelve á tierra—siendo el alcoholismo otra de las plagas bretonas. Las mujeres, nada bonitas y de una fortaleza hombruna, llevan cofias blancas que han de ser muy lujosas cuando van á las bodas ó los «pardones». Las cofias tienen en su randa bordados que son flores y estrellas ó signos raros que, según folkloristas, fueron antaño jeroglíficos, hoy incomprensibles, de una lengua sagrada. Las «chaumières» dispersas, agrúpanse á veces en número variable, y esos villorrios tienen extraños nombres célticos, ásperos ó musicales. Las aldeas que yo he visitado se llaman Morgat, Crozón, Saint-Hernot, Cameret, Quélern, Saint-Fiacre ó Le Frêt; pero hay las que se llaman Pleybén, Plobán, Rumengol, Plugastel, Roscanvel—sonidos de cristal y de rabel...

Un fetiquismo de varios siglos pesa sobre esas almas, y llega en el culto á las más groseras formas de la idolatría. El suelo rudo y pintoresco

á la vez, ha contribuido, sin duda, á mantener las supersticiones. Entre dos rocas peladas brota un árbol. El mar entra en los tajos de la costa, y ésta entra en el mar por el declive de sus colinas que álamos y encinares sombrean, ó por cantiles abruptos que, sobre cielos nebulosos y mares resonantes, fingen formas humanas ó fantásticas. Hay en la costa de Camaret, el llamado castillo de Diamante; en Morgat, la boca de Gador; en Dinant, «la puerta de Korrigans»; y en esas mismas grutas de Dinant, la tumba de los Gigantes y el «Boudoir de las Sirenas». Los propios nombres os indicarán para cada uno de esos peñascos ó cavernas, la historia fabulosa, que en las noches invernales de la Chaumière, el viejo abuelo que fué marino y pescador, refiere á los nietos acurrucados junto á la lumbre y temblorosos, como en los cuentos ciertos, por el frío y por el terror del viento que ulula como un lobo en los cercanos pinares. La leyenda embellece con su historia estos sitios; y á diez horas de París, hay, según refiere un autor, las fuentes y piedras milagrosas de Auray-Saint-Ivé, de Kerloas, de Saint-Renan, de Faoüet, de Saint-Anne-la-Palud.

Hay además llanuras con dólmenes y menhires de cultos solares ya extinguidos y ruinas de monasterios cristianos como el que dicen queda en el tempestuoso cabo Saint-Mathew—escombro venerable en su ancianidad de ocho siglos. A esta sugestión de los lugares no sería aventurado agregar, como circunstancia conservadora de creencias y costumbres, la salida propia del mar, que ha permitido al bretón vivir en el aislamiento; la persistencia consiguiente de un idioma com-

prendido sólo por ellos; y la protección que el clero y la oligarquía reaccionaria prestan á un estado social que favorece sus logros. Este catolicismo bretón es una espantosa mezcla de religiones orientales y supersticiones gentílicas y ritos romanos. Así el autor de la *Bretagne Païenne* ha podido denunciar que á la iglesia cristiana de Pleyben decórala un Prometeo mordido por el pico y la garra de sus verdugos jupiterinos y profánala un Angel hermafrodita de no sé qué vagos cultos caldeos. En cambio hay en los cementerios campesinos, y á la orilla de los senderos y á la entrada de las aldeas y en el atrio de las capillas, Cristos crucificados y sangrientos, ante los cuales el caminante se inclina en una humilde genuflexión devota. Aquellas efigies dolientes están desbastadas por los besos de la idolatría popular; y una de ellas á nuestro amigo Saint-Paul-Roux, el poeta francés que vive en Camaret, de quien os hablaré en mi próxima carta—ha inspirado una página hermosa dedicada á José María de Heredia. Para esos crucifijos, el campesino de Bretaña musita un «Ave María», así como sabe para los malos genios fórmulas de la kábbala como este conjuro enigmático que no sé si aún se dice, pero que, á título de curiosidad, entresaco de un viejo libro de Jules Janin:

Leshi, les han!
Baz aun arar a zo gant han;
Les han, les hi!
Baz aun arar a zo gant hi
Laisse-la, laisse-la, laisse-la, laisse-la,
Le bâton du char le voilà.

Ya veis, pues, que la América no tiene por qué ruborizarse de sus campañas más primitivas. El

quichua ó guaraní sobrevivientes, equivalen al idioma bretón; el fetiquismo que aquí se practica supera á las más absurdas supersticiones de nuestros indios y nuestros gauchos, y para acentuar las semejanzas, estas ruinas druídicas equivalen á la arqueología calchaquí y á todas las petrografías indígenas. Cada día va declinando en mí el respeto al «homo europeus» en que los hombres del Nuevo Mundo nos hemos educado. Nuestras diferencias no han sido sino una cuestión de prioridad en el tiempo; y aun así vamos haciendo en décadas lo que estas partes del viejo mundo no han concluido de hacer en siglos. Creo firmemente que hay en nuestros países una mayor fuerza dinámica en el sentido de lo que hoy se llama la civilización, y tengo la esperanza de que no he de volver sin decirlo en Europa. Si á un azar de la historia hubiese aguardado la expansión imperialista á la cual estaban destinados los Incas, éstos, y no nosotros, serían la «South America» del mundo. Nos hemos acostumbrado á considerar Europa como si toda ella fuese París y Londres y Madrid y Roma, sin fijarnos en que Francia tiene esta Bretaña rutinaria, alcoholista y supersticiosa como Inglaterra, Italia ó España tienen sus campañas irlandesa, napolitana y gallega. Acá en Europa, al contrario, siguen creyendo que toda la América es pampa; y tales son los dos grandes errores que aquí y allí necesitamos rectificar. Cierto que en Bretaña nació aquel de La Tours d'Auvergne que murió envuelto en su bandera, y á quién todas las mañanas se nombraba en las listas de su regimiento para que los granaderos contestasen: «Mort au champ de l'hon-

neur!» Cierto que aquí nació Abelardo, cuya tumba fuí á visitar en el Père-Lachaise donde él y la mujer que él supo amar reposan á la sombra de un baldaquino gótico y antiguo... Cierto que aquí nacieron Chateaubriand y Renan... ¿Pero no han salido también hombres prodigiosos de los incultos bosques y las abruptas montañas de América? Lo cierto es que, á pesar de todos sus hijos ilustres, este «fin de la tierra» sigue inmutable. El autor de le *Bretagne Païenne*, que antes he citado, es el Conde de Croze, en cuya villa La Pagode, Rubén Darío y yo somos sus huéspedes. Con su planfleto liberal, no ha conseguido, por cierto, convertir estas gentes católicas á una religión más pura. Antes bien, sólo ha logrado que los paisanos de la comarca, seguramente sugestionados por su párroco, le miren con cierta inquietud que, si no me equivoco, es extensiva á la casa—en cuya puerta verde hay una leyenda china en letras rojas,—y extensiva también á sus dos huéspedes extranjeros, sospechados todos de satanismo. A pesar de cien opúsculos liberales, Bretaña sigue pensando como un poeta suyo, Joseph Rousse, autor de las *Poesías Bretonas*, que menciona el abate Millón en sus polémicas, al citar con elogio estos dos alejandrinos, de una factura demasiado escolar, pero que expresan suficientemente el alma encogida y la prudencia política en estas regiones:

«Du passé qui s'éteint, gardons quelques lumières
«Faisons ce que avant nous, ont toujours fait nos pères

Y así la grey sigue venerando á sus sacerdotes como los veneraron sus abuelos, y sigue pagando

en francos el honor de llevar la cruz procesional en los Pardones, y sigue dando al cura, ministro del Señor, su diezmo en trigo, huevos y gallinas; y sigue prefiriendo para sus males el agua de las fuentes milagrosas y la farmacopea de sus 312 santos medicinales, entre los que figuran Budoc, Alain, Colombain, Egonec, Coman, Gaazec, Cuger y Magen—los santos familiares que llegaron del legendario Océano en la nave encantada de Lewias el piloto...

LA TRADICION DE ARMORICA

Querlen-en-Roscanvel, agosto de 1907.

El sol es de oro, el cielo de topacio, de esmeralda la onda: luz, firmamento y agua, en este sitio de la vieja Armórica, están bellos hoy como en un paisaje de soneto; y al dulce amor de una mañana de estío, voy caminando por la ribera del mar. La marea baja ha desnudado la playa, y marcho sobre la arena recogiendo al azar extrañas conchas de formas turbadoras, como en el madrigal verleriano, ó piedrecillas que simulan ópalos entre la cabellera de las algas húmedas que el gran reflujo de las olas despeina. Ante mis ojos se abre un ancho panorama de Campo Elíseo; de un lado la alta costa donde está nuestra «Villa La Pagode», entre amable decoración de jardines; del otro la ensenada que se extiende desde la Punta de los Españoles hasta la Isla Larga, toda el agua como bruñido metal, seda ó azogue. Andando, andando, andando, llego hasta la ribera de una ría, á cuya vera tiende su red á la onda, un viejo pescador de cara céltica. Hay sobre la ría un puente, ó paso de enormes piedras toscas, y al escalar so-

bre ellas, mis ojos van buscando por tierra y mar la gama de lo verde, desde la copa umbría de los pinos costeños, hasta el claro cristal de la onda glauca. Al pasear la mirada, advierto que el pescador bretón observa con asombro mi inhabitual presencia. El está en mangas de camisa, y arremangados hasta más alto de la rodilla los calzones, hunde en el vado las velludas piernas. Un sombrero de paja de anchas alas ensombrece su frente, pero el sol matinal que se refranje en los invisibles prismas del éter y se refleja en el espejo del agua, da á su rostro de piel sanguínea y barba taheña, una rojiza coloración que, al contrastar con la luz y el verde circundantes, me hace comprender el efecto de verde y luz que tan absurdo solía parecerme en ciertas marinas de Sorolla... Y pues la maternal Naturaleza acerca á sus hijos los poetas y los pescadores, al encontrarnos los dos solos ante los cantiles de basalto y el desierto del mar, nos esbozamos un saludo, y yo se lo comprendo no por los vocablos que masculla, sino por el ademán de la mano con que se toca el sombrero. Acaso ha picado su curiosidad este hombre solitario que no es rubio como él, y que va recogiendo caracoles y piedras por la playa. Venciendo entonces su timidez campesina, inicia él mismo el diálogo.

—Hermoso está el mar.

—Hermoso...

—Y linda la mañana.

—Linda...

—¿Paseando?

—Sí, viejo, respirando aires marinos.

—Eso es bueno, cuando se viene de la ciudad.

—Y cuando se trabaja mucho en ella.

—C'est ça—exclama el viejo al oirme, moviendo filosóficamente la cabeza.—El sabe lo que es el aire de su costa bretona; aún está fuerte á sus años, y rudo lobo de mar, pues fué marino, conoció en sus mocedades pueblos remotos, hasta en la ribera del Asia. Le aviso entonces que yo vengo de un país lejano, y al oir el nombre de América, su alma de navegante se despierta y escucha con embeleso, rememorando silenciosamente quién sabe qué íntimas nostalgias, mientras sus ojos miran hacia el lado del mar. Averigua más tarde que resido en París, y me pregunta si soy «estudiante», y le respondo que sí, y no lo engaño, pues tal ha sido siempre mi verdadera profesión ante la esfinge del mundo. Después de tales confidencias, llego á pensar que nos hemos hecho amigos, y como he aprendido, vagando por mis selvas santiagueñas, á penetrar en el secreto de las almas rústicas, me atrevo á hablarle de las leyendas del país. Yo sé que en esa tierra se mostrará reservado, pero hallo una particular voluptuosidad en evocar la tradición de Armórica, aprendida en los libros, ante ese rústico pescador de Bretaña, que la realidad y el acaso han puesto ante mis ojos. Le averiguo si es cierto que en Pontgwen hay una Dama Blanca que predice la muerte, y si hay un hombre misterioso en Braspart, el hombre flaco y pálido seguido de un perro, que anuncia las tempestades. Le hablo de la bahía de Duarnenez, donde se hundió la ciudad de Is, y en cuyas grutas encantadas demoran siete días las almas de los pescadores náufragos en las borrascas de alta mar. Le hablo de las ondi-

nas y sirenas que he visto retorcerse al claro de la luna, sobre olas voluptuosas, cerca de las cavernas de Dinant... Pero el viejo pescador elude el tema; y concluida la plática regreso por el mismo puente de piedra y por la playa incrustada de conchas marinas; y á solas ya conmigo y con el mar otra vez, voy sorbiendo al andar yodadas brisas y escuchando el rumor oceánico, mientras de tanto en tanto, el alma mía se estremece de júbilo al descubrir nuevos ritmos verbales en el torbellino de la música eterna...

«¡Tierra de poetas esta Bretaña armoricana!,» medita mi cabeza mientras sigo por el sendero de la costa. Y pienso en la inefable virtud de la leyenda, que flota sobre la tumba de las razas desaparecidas, como el albor de un astro ya apagado continúa brillando sobre las noches de la tierra. Y recuerdo que fueron las sugestiones de esta comarca las que aventaron al azul, las alas del alma de Chateaubriand, cuando aún vivía en el viejo castillo de Combourg; y que hoy las olas del propio mar nativo cantan el canto de la gloria, junto al sepulcro donde duermen sus restos, á la orilla de la Isla de Grand Bay. Fueron también las vagas sugestiones de esta Armórica legendaria, á la cual se agregaba ya el recuerdo del creador de René, las que atrajeron á Flaubert á visitar «sus campos y sus playas,» y siendo el escritor de visión más neta y de fantasía más plástica que haya habido en su siglo, concretó la visión semivelada de las grutas maravillosas, los santuarios católicos, los castillos feudales y las ruinas druídicas, en las páginas de un libro suyo, por cierto menos

leído que la dramática historia de «Madame Bovary». Y es también una tierra de ensueño y de poesía esta Bretaña bretonante, porque á ella se vincula el recuerdo de la caballería y de la gesta, de los paladines de la Tabla Redonda y del encantador Merlín, de los monstruos y los enanos, de las magas que encantaban caballeros y de los caballeros que mataban dragones. Aquí estaba, en el fondo de un lago, el palacio de mármoles y de piedras preciosas donde el hada Viviana secuestró á Lancelote; y aquí el país de dolor donde la bella Genoveva esperase al prometido que marchara á luchar con los gigantes en la lejana Trebizonda; y aquí el reino de luz donde Isolda y Tristán se amaron; y aquí el valle de sombra para donde partían sin retorno los amantes infieles, y aquí la misteriosa selva de tinieblas y de rumores donde corrían el Frion, el Eilorn, el Blovet, las fatales riberas tan sólo conocidas de las hadas y de las druidas...

Evocaba mi mente esas visiones, mientras regresaba á nuestra Pagoda por la ribera del mar bretón. Y tan hermoso está sobre ese mar el día —según lo dice el pescador del puente,—que aprovecharé la linda tarde para conocer en Saint-Hernot el singular espectáculo de los «Pardones», la festividad religiosa más pintoresca de la Bretaña bretonante. Son los pardones una especie de romería popular en torno á las iglesiucas lugareñas, ceremonia pagana y católica bajo la protección del santo preferido, el cual, si bien se observa, no es, para la aldea, sino el antiguo dios penate. Dan su nombre á estas ceremonias, Nuestra Señora de Kerinec, ó Nuestra Señora del Buen Abrigo, ó

Nuestra Señora de la Luz, ó Nuestra Señora del Bon Voyage, y toda la gentilidad politeísta de nuevas diosas en que la imagen de María se ha multiplicado á través de estas almas de pescadores y marinos circunceñidos por los peligros de la tormenta y del mar. Pero por cima de esas deidades, la que merece devoción más humilde en todo el país, y más soberbios pardones, es Santa Ana, á quien están dirigidas estas letanías llenas de una ingenuidad ruda y conmovedora:

Santa Ana, oreja de los sordos,
Santa Ana, luz de los ciegos,
Santa Ana, salud de los enfermos,
Santa Ana, agua de los sedientos,
Santa Ana, pan de los hambrientos.

Domingo es siempre el día destinado para los pardones. Hay en ellos una procesión por el campo, una función eclesiástica, feria, coros y bailes. En el de Nuestra Señora de los Ciegos, en Huelgoat, la danza dura tres días. En el de Nuestra Señora de Roseudón, en Pont-Croix, se realiza la procesión con antorchas. En el de San Raymundo, en Audierne, se hace la bendición del mar. Me dicen que hay un pardón de los caballos en Rospordén; otro de los isleños en Plogoff; otros de los exvotos, donde los peregrinos van descalzos y con las almadreñas sobre el hombro. Posesionado de esos datos, parto en seguida del almuerzo para Saint-Hernot, pues es la fecha de uno de sus más grandes pardones. Un carricoche me conduce por el camino de Margat, y guía el vehículo un bretoncillo que habla francés con tonada catamarqueña. Salimos de entre los murallones del fuerte militar

de Quelern-en-haut, y entramos, por la vera del mar, en la ruta de Saint-Fiacre. Se ve otra vez la Isla Larga, la Punta de los Españoles, las Islas Artilladas de la rada de Brest. Más allá del bivio donde parte la carretera que va al embarcadero de Le Frêt, la senda y el paisaje, por la península de Crozón hacia la tierra firme, adquieren á mis ojos cariz más halagüeño por su rusticidad. Encinas y pinares ensombrecen bajo sus copas el sendero; alguna cruz de piedra se alza en las encrucijadas; en medio de los trigales amarillos, sembrados de amapolas, se elevan torres de molinos á viento; la brisa de los alcores circundantes, en el ámbito de la tarde resplandeciente de sol, huele á menta salvaje y á romero. Pasamos por Saint Jean, una aldea de veinte chozas, con su vieja capilla sobre la orilla del camino; pasamos por Crozón, pueblo importante, donde en los frontis de sus casucas de piedra se leen antiguas fechas que se remontan hasta el siglo xv. Después de dos horas de viaje, volvemos á ver el mar, frente á la bahía de Duarnenez, donde se hundió la fabulosa ciudad de Is, y donde hoy está el balneario de Morgat, con suave playa y confortables hoteles. Desde el camino ribereño, voy viendo los niños descalzos que juegan en la arena y las blancas gaviotas que revuelan entre las aguas tersas y las cavernas legendarias. A lo lejos se divisa la línea del horizonte sobre las quietas ondas. Alguna barca abre su vela roja sobre la glauca superficie marina... De pronto el mar vuelve á perderse de vista, y entramos otra vez en un paisaje de árboles y chaumières, hasta que allá lejos aparece un humilde caserío...

Es una llanura ondulada la que se extiende ante mis ojos. El polvo desolado blanquea entre las hierbas. En la cima distante de las lomas, sobre cielos celestes, vuelven á destacarse los molinos con sus aspas inmóviles abiertas. El cochero me dice que aquella alquería es la aldea de Saint-Hernot, adonde vamos. Luego, más experto que yo, me hace ver allá, la perspectiva del campo, una faja obscura sobre la que pasa una línea blanca:—es la muchedumbre de la procesión que viene por el camino y esa línea es un efecto de las cofias blancas iluminadas por el sol. Un momento después se oye rumor de rezos y de cantos: el cortejo se acerca, y sacamos el coche fuera de la carretera. Me detengo para verlos pasar. Va á la cabeza el señor cura, acompañado de sus monaguillos, que llevan candelabros, varas y paramentos. Viene después una guardia de siete doncellas vestidas de blanco, envueltas en los velos nupciales que bajan de las cofias: su andar es lento y sus manos portan cirios y flores; son siete gentiles mozas en sazón, de sonrosadas carnes, y aunque podrían ser las siete humanas Tentaciones, seguramente figuran aquí las siete seráficas Virtudes. Tras ellas va la Virgen, una pequeña imagen de corta estatura, sobre las andas que reposan en los hombros de seis fornidos bretones: hay goce y vanidad en sus rudas caras, pues la Patrona va esa tarde con su traje de fiesta, visible apenas el fino rostro de cera, entre sus atavíos de raso y oro. Siguen á la Virgen los músicos, que acompasan la marcha al son de los biniús y las bombardas y al redoble de los tamboriles. Más atrás se extiende una cauda de muchedumbre que

camina lentamente, como un inmenso reptil sombrío, entre las dos veras de campo. Hombres y mujeres han estrenado trajes: hay corseletes de pana, tocas de anchos vuelos, primorosas cofias blancas y faldellines de muy finas labores. Pasan niños absortos y rugosas ancianas y viejos pescadores y marinos sin barba, con las teces curtidas por los vientos del mar. Yo veo con asombro esas caras; y ellos á mí. Son caras de Ceylán, de la China, de Dongolia y del Thibet. ¿Qué sabio conoce el misterioso origen de esta raza?... Y como mi cochero se ha sacado la boina yo también me descubro y bajo con unción la cabeza, sobre el pescante de mi coche, mientras el cortejo pasa junto á él, y coro y música se alejan por la carretera que cruza el campo sin árboles...

Cuando yo llegara á la iglesia de Saint-Hernot, la Virgen, que había salido á bendecir las sementeras, volvía á su santuario. La iglesia es una tosca nave de piedra, decorada de pavorosos íconos y flores. Al regresar la procesión, entrará allí toda la gente que halle cabida, y después de coros y rezos, terminará la ceremonia, para renovar la fiesta por la noche, bailando al son de las mismas músicas. Entretanto, afuera comenzara una especie de feria, en la única calle del villorrio. Se vendía pesca y sidra. Una vieja ofrecía en venta hojas impresas. Como el hecho me sorprendiera, le pedí algunas y vi que estaban escritas en lengua bretona. Compre un «kantik» á N. S. de Rumengol, con letra y música: compro una vida de santa en verso, «Buez Santez Genovefa á Bravant», para cantarse «var eun ton ordinal». Pero mi mejor ad-

quisición es el poema «Ar Roué Gralon-Ha Kear Is», donde se narra el hundimiento de la maldita ciudad bretona, castigada por sus concupiscencias como las ciudades de la Biblia. Es una hoja suelta, con notas sobre el milagro de la Virgen de Rumengol, y música, pues el poema se ha de cantar como las rapsodias y las trovas de la Edad Media. Lo más admirable de toda ella, es el grabado que la decora: parece una obra de los primitivos y sin embargo, esa figura tiene perspectiva y extraordinario movimiento: se ve en el horizonte las puntas de las torres ya sumergidas bajo el agua, y sobre las ondas galopan un santo y el Rey Gralón, que se salvó del castigo y pudo fundar el templo cuyos restos quedan en Landevenec. Es el momento en que, por orden del cielo, arroja al mar á su hija, la causa del desastre: el cielo está tenebroso y los caballos van galopando sobre las ondas con una expresión de pavor humano...

Como veo que la concurrencia se empieza á retirar, me apresuro á volver de Saint-Hernot, pues quiero estar en Quélern antes de que haya entrado la noche. Emprendemos el regreso por el mismo camino, y mientras el coche marcha, voy descifrando mi poema del Rey Gralón. Está escrito en octosílabos de rima pareada, y separado en estrofas de á cuatro versos. Como el muchacho que guía mi coche es bretón y sabe un poco el francés, pues ha andado en la escuela, él me traduce torpemente algunas palabras del canto que comienza:

Petra zo neve kear Is
Ma ze ken foli ar iavankis?
M'ar klevan-me ar biniou
Ar bonbard hag and delenou?

N'euz e kear Is netra neve
Am ebatou ma ve bembe,
N'eus e kear Is nomet trau koz,
Ann ebatton ma ve bemnoz.

Y mientras leo maquinalmente las estrofas ó me deleito en el grabado que las ilustra, vuelve á aparecer la bahía de Duarnenez, donde se hundiera la ciudad de la leyenda. El agua está tersa en la bahía, sereno el aire, claro el horizonte donde comienza á obscurecer la tarde, y transparente el agua como en los días en que el marino bretón cree ver en el fondo del mar las torres de la ciudad sumergida, cuyas campanas suenan en las noches estremecidas por las borrascas oceánicas...

Yo no sé á qué divina virtud de la imaginación de los hombres, deben estas creaciones del alma popular, como las ficciones de los grandes poemas, el sobrevivir en medio de las civilizaciones más hostiles y de las más ásperas filosofías — pienso mientras contemplo la bahía evocando en silencio todas las tradiciones de Armórica. Los sistemas se derrumban, envejecen los dogmas y se desploman las iglesias; pero la leyenda sobrevive, como en una perpetua juventud, á través de los siglos, vivificando con la poesía del tiempo las bellezas inertes de los lugares. Cuando en un sitio antes indiferente de la tierra, la voz de vuestro guía al señáloroslo, dice: — «Hic Troya fuit» — cualquiera clase de hombres que seáis, sentís un soplo de eternidad que pasa sobre vuestra cabeza, al saberos vos mismo sobre ese polvo que pisaron los dioses y los héroes. En medio del general naufragio de la fe, es la leyenda, popular ó literaria,

el único refugio que hoy se puede ofrecer al idealismo de las almas selectas. Y en esta legendaria tierra de Armórica, la isla, el peñasco, el dolmen, la gruta, el cromlech, la iglesia, el lichaven, el calvario, el bosque, el menhir, la fuente, el monasterio, la cruz, la aldea, el camposanto, la ruina, todo ofrece, al nativo y al viajero, el testimonio de su tradición prodigiosa. Hasta los nombres de los lugares tienen un extraordinario poder de sugestión artística, que puebla la mente de profusas imaginaciones. Ora son palabras con sonidos de «eles» y de «enes» que acarician el oído; ora son rudas palabras de articulaciones célticas, sugerentes en cambio por su milenaria ancianidad. Las denominaciones, además, son, por lo general, el epígrafe de alguna historia fabulosa. Aquel peñasco llámase «la Isla Virgen»; esa rada la «Bahía de los Difuntos», esta caverna «el lecho de Morgana». Otros sitios se designan por las palabras aborígenes, descriptivas también, y And-Eured-Ven, por ejemplo, es «las bodas de piedra»; Roc'h-dialec'hnez, «la piedra abierta sin llave»; Rocal-loeron, «la caverna de los bandidos»... Al reconocer en el Finistère, estos paisajes y estas aldeas de Bretaña, siento aún más fuerte que el aire y el color de sus marinas, el encanto de su tradición y su leyenda, sobreviviente con más vigor que en los libros, en los nombres que pueblan de evocaciones el camino. Y como voy visitando Europa con la obsesión de mi país, procurando á cada paso definirlo por comparación, no puedo apartar de mi memoria el recuerdo de la inepcia gubernamental que está allí prostituyendo nuestra nomenclatura geográfica y convirtiendo el mapa de

la República en una de las cosas más abominables del mundo. En nuestro afán de europeizarnos por afuera, en vez de europeizarnos por adentro, vamos borrando hermosos nombres quichuas, pampas y guaraníes, para substituirlos por fechas ó nombres de terratenientes advenedizos. Es preciso afirmar que está más de acuerdo con la verdadera espiritualidad europea, el llamarle á un sitio de allá, Esteco, Salavina ó Abipones, Curuzú-Cuatiá ó Itatí, Guaminí, Bahía Blanca ó Pehuajó, que no la deplorable nomenclatura de casi todos los departamentos de nuestra inespiritual provincia de Santa Fe. Para defendernos de la estolidez modernista y pseudocivilizadora de los que nos están echando á perder el país, sería conveniente que todas esas asambleas que se han arrogado la facultad de bautizar lugares, tuvieran en su seno un poeta encargado de defender los nombres y las bellezas de la tradición. Las razas que tienen una leyenda deben cultivarla, como se la cultiva aquí en Europa. A semejanza de la Armórica, bien que no tan antigua, nosotros tenemos una tradición americana enriquecida por las leyendas de los indios; y la voz que me llega de la bahía prodigiosa, me enseña que si no la tuviéramos necesitaríamos inventarla, pues no hay para la inspiración de los artistas más límpida Castalia, ni más aurífero Pactolo para la riqueza espiritual de los pueblos.

DE MI ARCADIA BRETONA

«Villa la Pagode» (Finistère)
septiembre de 1907.

—¿Para dónde va?
—A oir misa...
—¿A oir misa dónde?
—En la iglesita de Roscanvel.

Es un domingo... Es una mañana... Rubén Darío queda mirándome pensativo: es él quien interroga desde la habitación donde trabaja; yo soy quien le respondo desde la galería que divide en dos nuestro pabellón de la Pagoda, la casa de Bretaña, de la cual él os ha hablado, la residencia de ensueño y paz que tiene el mar delante y jardines en torno y bucólica tierra en los alrededores. En alternativa súbita al oirme, la envidia y la duda pasan por la expresión de su mirada. Y de pronto recuerdo que mi interlocutor es el poeta que al salir del Vaticano escribiera esta confesión: ¿Es una madeja de seda, es una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, ó acaso una pequeña ave de fina pluma? No; ni madeja de seda, ni lirio, ni pájaro delicado: es la mano del Pontífice, es la diestra de León XIII la que acabo de

tener entre mis dedos, y mi beso sincero se ha posado sobre la gran esmeralda de la esposa que recompensa, con una irradiación de infinita esperanza, la fe que no han podido borrar de mi espíritu los rudos roces del mundo maligno y la lima de los libros y los ácidos ásperos de nuevas filosofías...

—¿Pero tendrá usted misa á estas horas?

—Sí; tengo una á las once, y son las diez.

Y la pregunta viene envuelta en una sonrisa de escepticismo, pues el peregrino que besara la gema pontificia, no cree en la devoción del joven sátiro que acaba de llegar en un steamer desde su selva de América, y se asombra de que pueda costearse hasta la capillita de Roscanvel, no siendo para alguna maquinación diabólica... Pero no: Lodi, la mujer que prepara nuestra mesa, y Jean Marie, el hombre que riega nuestros rosales, me han dicho que los domingos hay dos misas en la vecina aldea de pescadores, una por la mañana y otra cerca de mediodía para los fieles que vienen de los predios cercanos. Entonces es como si á Darío le naciese un íntimo deseo de acompañarme; mas la jornada y el sol lo amilanan. Cree en el poder de la oración, y todas las noches al recogerse reza la plegaria que aprendió cuando niño, pero siendo sedentaria y contemplativa su fe, ha perdido los hábitos practicantes, y se concreta á aprobar como muy loable mi empresa.

—Pero ¿se irá usted á pie?

—¡Oh, sí! no es sino media hora de marcha.

—Luego será bien que lleve mi sombrilla—y me alcanza un enorme parasol de tela verde, á cuya sombra salgo por entre los setos de nuestro

jardín, desciendo á la ribera, y emprendo mi camino por la ruta que serpentea entre espinillos é hinojos, á la orilla misma del mar. La rada aparece limpia y sin una vela, pues es día de reposo para las gentes de la costa. Apenas si allá lejos se ve sobre las aguas, el vago penacho de humo de una lancha á vapor que navega de Brest. Arde en el cielo la gloria solar, y su luz resplandece en el éter y cabrillea en las olas. Me sorprendo caminando en aquella peregrinación devota para asistir á una ceremonia en la que hace diez años dejara de creer. Pero ¿quién sabe las sorpresas que nos reserva el camino? Y además, ¿quién ha podido ver el otro lado de las Tinieblas, ni oído la voz de la Esfinge, ni sorprendido la desnudez de Isis sin velo? Quizás convenga á veces, ante el hastío de la razón cansada de girar en un círculo sin término, obedecer á las manos bienhechoras que hacen un signo sentimental á nuestras almas, desde el misterio y de la sombra. Y esa mañana, sentado yo en el jardín de La Pagoda, entre un sendero de frusias y madreselvas florecidas, vi un caracol que iba deslizándose con su casa á cuestas, sobre mi banco aún húmedo por el rocío de la noche. A fuerza de observar aquel cuerpo viscoso dotado de plasticidad y de movimiento y de vida y de un alma inteligente encarcelada en la carne ciega, que iba tentando con sus antenas el camino, viera en ello la pavorosa imagen de nuestro propio ser; y en un emotivo estremecimiento, comencé á remontar la inmensidad por la mágica escala de mis visiones... He ahí cómo me ha nacido el deseo de oir una misa en Bretaña, más que por un renacimiento de fe, por una

explicable curiosidad sentimental; oirla en medio del campo y junto al Océano, entre un pueblo de ancianas hilanderas y rústicos pescadores, ante alguna tosca imagen embellecida por la piedad de aquellas gentes, y en la iglesia vetusta construída hace ya siglos, con la piedra y madera que manos pías arrancaron á las propias colinas y pinares.

Cuando llegué á Roscanvel, el embarcadero estaba desierto. De allí partía una calle bordeada de chaumières. Era la única de la aldea, y al fondo se divisaban algunos árboles. Como preguntase á un hombre que venía del lado del mar, dónde quedaba la iglesia, éste me respondió que siguiera en dirección á los árboles. A las dos cuadras reconocí la capilla. Era una de esas clásicas iglesiucas de Bretaña que el libro de Flaubert me había enseñado á amar, pues, como él dice, no tienen la vanidad de las grandes basílicas, y con su campanario y su techo que se esconde bajo los árboles, parecen hacerse más pequeñas y humillarse ante el gran cielo de Dios... Y frente á ella, sentí renovarse por contraste, en mi espíritu, la impresión que poco antes me había producido, en París, mi primera visita á la catedral suntuosa de Notre Dame, en cuyas escaleras de la torre, Hugo encontrara esta palabra terrible:

AN'ANKÉ

Yo había salido de allí con la fantasía dominada por el prodigioso florecimiento de arquitectura que en columnas y arquitraves y agujas y ojivas y bóvedas y ventanas y gárgolas se levantaba á

los cielos como testimonio de la fe y el orgullo de los hombres; pero con el alma desolada—como más tarde en Londres había de sentirla ante la catedral de San Pablo—por el inmenso vacío de piedad que reinaba en sus grandes naves. Eran lugares públicos, atendidos por guías, con horarios y reglamentos á la entrada, con higiénicas ordenanzas en los muros y con rumorosos turistas de Cook—restos arqueológicos de una civilización desaparecida, entregados á la profana curiosidad de todos los viajeros de la tierra, y ausente bajo sus bóvedas el formidable esfuerzo de arte y de amor que contribuyó á levantarlas.

El muro lateral de la iglesia de Roscanvel, terminaba en la torrecita de piedra. Una puerta muy baja, daba salida al atrio sin baldosas. En el atrio jugaban tres rapaces, á la sombra de dos viejas encinas. Los muchachos me dijeron que la misa empezaba, y que si empujaba la puerta podría entrar. Cuando aparecía dentro, en el cuarto semiobscuro que era la nave, el inusitado suceso produjo algún asombro entre los fieles. El cura terminaba su plática bretona y se dirigía á continuar la misa en el altar. Las mujeres, vestidas de negro, gastaban cofias blancas. Los hombres tenían casi todos la cara afeitada, espesa y roja de viejos marinos. El aspecto del lugar no era halagüeño, y las gentes me miraban con expresión salvaje. En el momento de alzar la hostia, ellos se persignaron, arrodillándose casi hasta tocar las frentes en el suelo; y yo hice lo mismo. Entonces se interrumpió la misa, y el sacristán vino con una bandeja á recoger limosna entre los fieles: los discos de las monedas caían en la bandeja de lata

con tintín farisaico. Como el hombre pasara junto á mí mirándome de soslayo, hice un ademán, él se detuvo, y deposité mi óbolo yo también. Después de esto, la muchedumbre cantó unos coros guiados por el cura. En el intervalo siguiente, un monaguillo, en nombre de otro santo, recorrió la nave haciendo nueva colecta. Empezó el sacristán entonces á tocar la campana con la cuerda que bajaba desde la torre hasta el interior por un agujero del techo. Finalizaba la ceremonia, y la gente comenzó á salir, signándose al llegar á la puerta con el agua bendita de una fuente ennegrecida por los años. En el atrio formáronse varios grupos á la sombra que las encinas ó la iglesia proyectaban bajo los rayos del sol. Luego apareció el cura, ya con su sotana negra y sin los paramentos, á saludar á las parroquianas y palmear á los viejos pescadores; y tras esta eficaz política de su campanario, se retiró diciéndoles que iba á almorzar. El señor cura era uno de esos buenos frailes de litografía, de enorme vientre y rostro plácido. La gente fué dispersándose, pero al ir por el camino, aún se volvían las caras rojas de cofia blanca para mirar al forastero de la sombrilla verde, cuya presencia en la misa—ceremonia para ellos familiar,—fué quizás el objeto de conjeturas durante todo aquel domingo.

Al regresar, Rubén Darío me pregunta:

—¿Cómo le ha ido?

—Mal, le respondo.

—¿Por qué?

—Ha fracasado mi Conversión al Catolicismo.

Y le refiero la misa de Roscanvel...

No hay duda: la Iglesia ha concluído para nosotros. La creencia no es un refugio. Esta va orientándose cada día hacia un utilitarismo sin trascendencia alguna; y la religión, lo mismo en el santuario de la aldea que en la catedral de la ciudad, ha sido contaminada por todas las inmundicias de la época. Sólo en los dominios de la belleza pura se restablece la armonía de las almas y sólo en ellos podrá restablecerse algún día la paz de los pueblos. El enigma de la verdad y el problema de la moral y la disciplina de los espíritus y el gobierno del mundo, todo se reduce ante mis ojos á una cuestión estética. Al oir mi relato Rubén se queda triste y pensativo... Estamos en la biblioteca de La Pagoda, en cuya decoración hay un pequeño Budha traído del Asia por el Conde, cuando era marino, y un boceto de Verlaine «d'après nature», tomado en una noche de bohemia en el Quartier Latin cuando el Conde era pintor. Al oirme Darío, contempla ese retrato, cuya cara de barba recortada, pequeños ojos y nariz sensual, es idéntica á la suya. Como Verlaine, él también ama á Jesús, pero cree, igualmente, en el Dios Pan y en los sátiros y en las puras Dianas de mármol y en las Venus de carne sonrosada. Cree también en los aparecidos y las larvas astrales, y durante la noche arde una lámpara de aceite en su cámara para ahuyentar los malos espíritus de la sombra. Es un espíritu creyente el suyo, pero creyente á su manera, con un poco de indefinido panteísmo y un poco de pagana sensualidad. Lo que del Papa León le impresionara es la gran esmeralda de la esposa y la mano de fina pluma. Ante el vulgar aldeano que es hoy el empe-

rador de la iglesia, no se hubiera acercado seguramente con esa unción dulcísima. El se dice católico, pero lo es sólo como lo eran los artistas y los príncipes italianos del Renacimiento. Y siendo esto verdad, nuestras ortodoxias terminan por ponerse de acuerdo en una común devoción de arte, bajo las disciplinas de la eterna belleza y los goces paganos de la vida...

En cualquier aldea bretona, una taberna es cosa tan indispensable como su iglesia, y al apartarme del atrio de Roscanvel, aquella mañana de la misa, viera una con este llamativo letrero:

Au grand Luxembourg

Entro, y descubro en el salón blanqueado «del gran Luxemburgo», cinco pescadores con las narices como fresas de Plougastel, rojas bajo el entrecejo duro y la boina azul. Tres hermanas atienden á los parroquianos, y una de ellas, gallarda y fresca moza de tempranos abriles, viene á servirme la pócima banal que le pidiera para justificar mi presencia, mientras observo á los rudos hombres del mar que liban su ajenjo verde como las olas familiares. La curiosidad se ha despertado también aquí, pues Roscanvel es aldea apacible, sin ruinas, ni castillos, ni grutas, y no frecuentada por los viajeros que prefieren otros lugares de Bretaña. Y la joven se atreve á preguntarme:

—¿Han llegado muchos pasajeros de Brest?

—No sé, mi hija; yo no vengo de Brest.

—Ah, pensaba...

—Vengo de Quélern.

—¿Del pabellón de los oficiales en el Fuerte?
—No, de Quélern-en-Roscanvel.
—De «La Pagode» entonces...
—Eso es.
—¿Luego conoce usted á M. de Croze?
—¿El Conde?
—Sí.
—Vivo con otro amigo en su casa.

El Conde, en cuya casa Rubén Darío y yo vivimos, no es bien mirado en la comarca por su fama de liberal y satanista. No puede perdonarle el clero el haber denunciado en sus panfletos la tarifa de los oficios y sacramentos, ni el haber adornado las paredes de su comedor con figuras diabólicas, ni el haber atacado los hoteles que antes tenían aquí las congregaciones, ni el haber descubierto que si Saint-Hervé y Saint-Yví eran antaño buenos taumaturgos contra los lobos y la rabia, hoy han aparecido santos nuevos á quienes puede uno encomendarse en el sorteo de las conscripciones militares... Pero, si me compromete ante los aldeanos este amigo que fué camarada de Jules Bois, bien que también lo fuese de Verlaine y de Huysmans, el nombre de otro amigo me conquistará la confianza de la zagala roscanvelense cuando ella reanude el diálogo con esta pregunta:

—¿Y usted no conoce á Saint-Pol?
—¿Al poeta Saint-Pol-Roux?
—Sí, el que vive ahora en Camaret ...
—Lo conozco. Vivía antes aquí ¿no es verdad?
—Eso es. En «la Chaumière» nació Divine.
—Y aquí Coecilian salvó á Mentine.
—Y en esta casa fueron las bodas de Da.
—¡Oh!... ¿Y querían ustedes á Saint-Pol?

—Las patres, los pescadores, los aldeanos, todos...

—Yo debo ir uno de estos días á visitarlo en Camaret.

—¿Podría usted darle nuestros recuerdos?

—Con verdadero gusto: dígame usted su nombre.

—Yo me llamo María Keraudren, de los Keraudren de Roscanvel...

Al oir estos nombres, acuden en tropel á mi memoria reminiscencias de las obras del poeta. Todas estas cosas grandes ó pequeñas que yo os refiero aquí, son las inspiradoras de sus libros. Fué del primitivo grupo de los simbolistas y del «Mercure de France», pero la obscuridad de su obra—á pesar de excepcionales bizantinismos de estilo,—era más externa que intrínseca y estaba más en el prejuicio ambiente que en la propia labor, como sucedió con Verlaine, con Baudelaire y con el mismo Darío. Sus libros tienen nombres esotéricos, pero al abrirlos encontráis en ellos aliteraciones de ola marina, ingenuidad de cantos de pájaro y aromas de hierba silvestre: son modernos y soberbios estuches incrustados de perlas y finos nácares, pero que sólo guardan en su seno flores campesinas y humildes joyas hereditarias. En su libro *La rosa y las espinas del camino*, describe este mismo pueblo de Roscanvel, ú os habla de los crucifijos que hay á la entrada de las iglesitas bretonas ó interpreta «El eco de las cavernas» y el «Misterio del viento». *De la paloma al cuervo por el pavo real*—otro de sus libros,—cuenta recuerdos de familia ó canta «las letanías del océano». En *Les féeries intérieures*—el último de los volúme-

nes publicados, — refiere escenas domésticas de cuando juega con las muñecas de su hijita ó de cuando dejaba la humilde «chaumière» de Roscanvel, para irse á vivir á su Manoir du Boultous, el castillo de Camaret que se alza sobre la costa desolada, junto al mar resonante. Nacido en la bulliciosa Provenza es, sin embargo, en la actualidad, el verdadero poeta de la silenciosa Bretaña, cuyos embajadores en la literatura han sido, sucesivamente, Chateaubriand y Flaubert. Mas, prescindiendo de toda comparación intelectual, nadie ha sabido como él forjarse una existencia más sencilla y más bella, ni unir tan diestramente el arte con la vida. Su lira es eólica y el soplo que la hace vibrar, es viento de campo ó brisa marina... De ahí que pueda asociarse el recuerdo de sus libros á una conversación con una aldeana bretona. La «chaumière» en la cual ella habla, es la choza donde vivió como un pescador de Roscanvel, y en ella están fechados muchos de sus escritos, algunos más de diez años atrás. Divina y Coecilian son sus hijos, y el otro se llama Loredán, y así pueden los tres aparecer con los propios nombres en los relatos paternales. También es personaje de los libros Da, la criada que cuidaba á Divina, y Mentine es la hija de un batelero de la aldea á quien salvó la vida Coecilian. El muchacho, que es fornido como un marinero, tenía entonces diez ó doce años, y viendo á Mentine ahogarse lejos de la playa, se lanzó al mar y consiguió, nadando, traer á tierra el cuerpo semiagonizante. Este episodio de heroísmo se ha convertido, después, en un cuento que está en el tomo II de *Los Reposorios de la Procesión*, y que termina con estas palabras:

«Oh, bravo pequeño, salido de mí, yo he querido que tu acto ignorado quede en uno de mis libros, para que su sublime ingenuidad le sea propicia, y acaso le haga sobrevivir, á fin de que su recuerdo te proteja y te aconseje más tarde, mi hijo bien amado, sí, más tarde, cuando vaciles como cada hombre á su turno, entre las cobardías humanas y los sacrificios divinos...» E igualmente, cuando me despido de María Keraudren para regresar á Quélern, me acuerdo que los Keraudren pescadores, también figuran en el mismo libro donde el poeta describe «la coupe de göemon en Roscanvel,» y repito los gritos de los paisanos que se saludan por sus nombres, al reunirse después de largo tiempo para la faena anual de sus riberas: ¡ohé Gongard!... ¡ohé Pacific!... ¡ohé Herrou!... ¡ohé Balc'h!... ¡ohé Keisit!... ¡ohé Thomas!... ¡ohé Madec!... ¡ohé Ely!... ¡ohé Monze!... ¡ohé Lecœur!... ¡ohé Kerdoncuff!... ¡ohé Carn!... ¡ohé Pandolph!... ¡ohé Rion!... ¡ohé Bizien!... ¡ohé Postic!... ¡ohé Boussard!... ¡ohé Jaffe!... ¡ohé Le Breton!... ¡ohé Keraudren!...

Saint-Paul-Roux es el poeta que ha sabido hallar la ventura en la simplicidad casi rústica de su vida. En tiempos del simbolismo y de los gestos extraordinarios se firmaba «Saint-Paul-Roux-le-Magnifique», y con este nombre figura en la famosa enquête de Huret sobre la moderna literatura francesa. A pesar de ello, no hay vida más sencilla ni más sincera. Su nombre va en boca de aldeanos y labriegos y pescadores. Como otros escritores de que habla Albalat en uno de sus libros, ha huído del París aciago para buscar la paz de

la Naturaleza. La realidad y el ensueño mézclanse de tal modo en su existencia personal y en su labor literaria, que después de haberlos conocido en sus libros, he encontrado en su casa á Divina, á Cœcilian y á Loredán. Los conocí el día que á Darío y á mí nos ofreció una fiesta en su residencia de Camaret. Aquel día estuvo realmente magnífico. El Manoir du Boultous tiene en sus ángulos cuatro torres de corte medioeval y se entra en él por un salón exornado de objetos raros y fantásticas alegorías. No hay lujo en su residencia, pero todo evoca allí un tropo ó un concepto, y cualquier mente aficionada á soñar, se siente en medio de la opulencia de imágenes. Al entrar en la casa del hombre, reconoceréis la morada de un poeta, del mismo modo que al entrar en la obra del poeta, reconoceréis la confesión de un hombre.

El día de la comida, una fila de menhires del tiempo druídico hacía ante la casa la guardia. Tuvimos durante la mesa orquesta de océano, pues las olas cantaban á los pies del castillo... Decora el friso del comedor una teoría griega que marcha al son del pífano. Hay una estatuita de la tragedia y otra de la poesía lírica, las dos musas que Saint-Pol-Roux ha cultivado. Descubro en el Plafón un cielo raso en cono decorado con plumas de pavo real; y al preguntarle al poeta qué significaba el título de su obra, que aquellas plumas alegorizan sin duda, él me responde: «De la Colombe au Corbeau par le Paon,» expresa la gradación de los temas que forman el volumen, lo que va de lo grato á lo siniestro: la Colombe es el alba, el ave matinal, la flor de lis; le Corbeau es la noche y la muerte; pero pasando por

el Paon que es el mediodía y la vida y el orgullo y la corona del sol... Rubén Darío y yo nos miramos... Su obra no es profunda, pero sí pintoresca y de un gran sentido humano y sincera como su vida. La sinceridad es la condición primera del arte. Saint-Pol-Roux es un Gracián de la Metáfora. Sorprenden á veces sus conceptos, ó sus verbos nuevos—«virvirar» ó «sabactanizar»—pero á la vuelta de la página un soplo agrario os purifica de esos vahos de alquimia literaria. Hace sus libros con pedazos de vida, y así los gestos espontáneos de su vida van siendo capítulos anticipados de sus libros. Si todo esto lo hiciese en París, podría acusársele de «poseur,» pero lo hace en un rincón de Bretaña, donde sólo sus hijos y los pescadores lo ven. De ahí que sus confesiones tienen un acento humilde, y que procura diluir su individualidad en un vasto amor y en un ansia de perpetuidad impersonal. Habla de la confraternidad de las letras, y me llama «su hermano.» Proclama la excelencia espiritual del artista; ama á las gentes sencillas, y envidia la juventud, pues sobre la melena que le cubre con sus aladares las sienes y en la perilla que alarga su cara bondadosa, han aparecido ya las primeras canas. Habla de Hugo, á quien considera no un hombre, sino un elemento de la Naturaleza y cuyas islas de Jersey y Guernesey, glorificadas por el destierro, quedan ahí cerca, al otro lado de ese mismo mar. Habla de la influencia francesa en el pensamiento de América, y someramente se la explico, desde Moreno y los enciclopedistas hasta el actual florecimiento literario en nuestro país. Habla de Verlaine, cuyo nombre está de actualidad por el libro de Lepe-

lletier; de Albert Samain, el pobre muchacho triste que fué su camarada; de Remy de Gourmont, su amigo, quien, según dice, será una de las glorias francesas cuando haya nevado del todo, sobre sus sienes, la corona de canas que tan bien sienta á los maestros... Y al concluir la comida, este hombre bueno y gentil brinda por la República Argentina y por La Nación, y por el arte de América y por la belleza inmortal. Nosotros le retribuimos con un voto por la obra y por la perenne juventud de la elegante parisiense que es su esposa. Entonces recibimos de las propias manos de ella, el obsequio de «Les féeries intérieures», que acaba de aparecer, con los autógrafos del autor como recuerdo: y otros ejemplares «De la Colombe au Corbeau par le Paon» y de «La Dame à la Faulx», tragedia sobre la muerte, de cuyo prólogo entresaco este párrafo para mis camaradas de Buenos Aires: «Sepamos esperar, oh, poetas de esta generación, la más sincera y la más laboriosa entre las generaciones sucesivas! La victoria, de cuyas alas todavía lejanas, parece que sentimos ya la caricia, se desposará finalmente con nuestra energía, ante la faz del mundo. Sí, mis hermanos, sepamos esperar, fuertes de haber expuesto al sol una belleza que la estolidez humana mantenía en la Caverna de Sombras; y á través de los obstáculos y los prejuicios, trabajaremos hasta que haya llegado la hora de las palmas...» Después él llama á su lado á la joven criada bretona que ha substituido á Da, núbil, rozagante y muy guapa, con su rostro de manzana, bajo la cofia blanca, y poniendo en sus manos una

copa de champaña, le dice: ¡Bebe: tres poetas van á brindar por ti y ante ti que eres la encarnación de la Naturaleza y de la Vida!...

Al regresar, dígole á Rubén Darío:

—He ahí un personaje digno de *Los Raros*.

—Es verdad: No sé cómo no lo incluí en aquel tiempo...—Y al decir «en aquel tiempo,» renuévase en el corazón de mi amigo el recuerdo de la primavera pasada y de la existencia dolorosa. Se acrecienta su admiración por los que han podido encontrar en el mundo la paz propicia á los poetas, la paz que hoy busca y que hallará... Divagamos, oyendo en el alma la voz de los sueños y de las penas, y contemplando desde nuestro coche que rueda por el camino, la llanura del mar... Rubén quisiera á ratos que los poetas no hubieran nacido en miserable forma carnal, sino que hubieran podido sus maravillosas Psiquis, habitar en cuerpos alados ó prodigiosos, inaccesibles á toda humana necesidad y miseria. Yo le propongo entonces la forma del árbol, al que nutre la tierra mientras se abre y florece en la gloria del sol... ¿Y si acaso fuera que el árbol no ama, ni goza, ni sufre?... ¡Ah! entonces el poeta ignoraría la divina voluptuosidad de la angustia, y no podría, inmóvil, abrazar en sus brazos á las hembras desnudas... ¿Refugiarse todas entonces en ciudades lejanas, en quiméricas Estambules, en legendarias Ecbatanas, ó en Tebaidas remotas?... No, tampoco. Volver al seno de los hombres, á pesar de la humana vulgaridad y de la terrena miseria, y fortalecerse y erguirse de alma, y enaltecer has-

ta su nivel á la muchedumbre, proclamando la supremacía del Verbo, y la obediencia del nuevo dogma del Ritmo,que contiene en sí, con la pulsación de la Vida, la ley de la Justicia y la armonía de las bellezas realizadas.

III

La Isla de Diamante y de Hierro.

SENSACION DE ULTRAMANCHA

Londres, 20 de septiembre de 1907.

Cuando se viene de París á Londres, el camino de Dover por Calais es el más corto entre las dos riberas de la Mancha. Partido el barco, piérdese primero en el horizonte de popa el panorama de Boulogne-sur-Mer, donde murió ignorado San Martín, y donde hoy nadie sabe, por cierto, que ese nombre de santoral y de epopeya glorifica, á los ojos de un viajero del nuevo mundo, el nombre de la ciudad. Suele ser lóbrega la atmósfera del Canal durante los días de invierno, cuando los barcos van entre la niebla soplando á la desaforada sus bocinas, en continuado son de alarma. Pero en la actual sazón del año, apenas si en los días malos una tenue llovizna suele agrisar el cielo, mientras despeina el viento bravo la cabellera líquida de las olas. En otros, á poco andar, y á favor del aire transparente, las manos sabias de á bordo muestran la costa de Inglaterra, bosquejándose en el horizonte de proa. Tal la viera yo, cuando hace más de un mes venía para este fabuloso país de Ultramancha, ante cuya grandeza se prosterna

hoy el snobismo latino, al par que se alzan en su Isla desdeñándole, John Bull y Robinson Crusoe, los descendientes del abuelo normando. Debo confesar que, al verla, una reminiscencia propicia se despertó en mi memoria: era la imagen de una fresca mañana de junio, cuando en viaje de Buenos Aires, llegaba á Southampton, con el ansia de la tierra europea acrecentada por los días de mar. Después de haber visto Santa Cruz de Tenerife, Lisboa y la bahía de Vigo, lugares pintorescos pero abandonados á la incuria de la raza indolente, el espectáculo de la Isla de Wight me pareciera un prodigio, mientras navegaba el steamer bordeando sus riberas por el agua sajona. Ibamos por un estrecho canal, entre la isla y la costa, y ante los ojos de los viajeros, alineados en las barandas de babor y estribor, sucedíase el cinematógrafo de los limpios paisajes y las labores humanas. Bien era entre las frondas el castillo de piedra de los Reyes; bien era frente á la playa de Cowes la fama de sus mundiales regatas; bien eran residencias que ponían la nota rojiza de la arquitectura local entre la verde alfombra de los céspedes y las arboledas de los parques. De tanto en tanto, cañones emplazados á la vera, ó inexpugnables fortalezas circulares de piedra y hierro, construídas en medio de las olas y erizadas de cañones también, certificaban la potencia guerrera del pueblo que, desde la heptarquía de los bárbaros originarios, ha llegado á ser la nación más temida sobre los mares... Al volver dos meses más tarde, entraba, pues, á Inglaterra, bajo el auspicio de ese recuerdo que condensaba con sus parciales imágenes, la majestad de la monarquía británica, la saludable escuela de los de-

portes normandos, la belleza romántica de los parques sajones, y la fuerza militar, que, en el actual momento de la historia, todo lo puede sobre la humana cobardía, hasta el glorificar con sus éxitos las salvajes rapiñas del imperialismo.

Los que habéis peregrinado sobre la tierra, conocéis esa particular emoción de las efímeras amistades nacidas en los departamentos de los trenes ó en la cubierta de los vapores, al azar de los viajes. Son almas errantes que vienen de comarcas exóticas y á una determinada hora de los astros se juntan en el punto del planeta donde se cruzaban sus caminos, y separándose después, llevando á ciudades remotas el recuerdo del «amigo desconocido» que en todo el curso de la existencia no volverán á ver jamás... Fué gracias á uno de estos casuales encuentros que yo llegué á Londres con el ánimo optimista, pues en el trayecto desde Dover, los compañeros de camarote habíanse trabado, con el corresponsal sudamericano, en una charla jovial. Una, era la correcta lady inglesa que venía de visitar ruinas en Roma. Era la otra una yanki rodamundos, varona que fumaba y cruzaba masculinamente las piernas. Era la tercera una tímida girl que acompañaba á la yanki. Ninguna de las tres era bonita. Otra interesara más que ellas desde el primer momento, una mujercita de corta estatura y muy nerviosa, que nos miraba con toda la picardía de su cara morena y de sus ojos de color acero. La atención oportuna con que bajaba yo el vidrio de la ventanilla, según sus deseos, y las subsiguientes gracias, y la necesaria sonrisa, pusiéronla en contacto conmigo y con un

compatriota médico, mi compañero de viaje. Por los movimientos la habíamos reconocido italiana, y era en efecto de Turín; venía ahora á Londres para trabajar como «prima ballerina» en el Alhambra, un gran teatro de variedades donde debutaría al siguiente lunes. El diálogo fué generalizándose. Dato á dato, cada uno completó su biografía; y cuando nos conocimos todos, se habló, naturalmente, de Poe, de Shakespeare, de Dante, y del porvenir estupendo que aguardaba á nuestras jóvenes naciones. Hablábase allí en cuatro idiomas, y á ratos el camarote se llenaba de voces discordantes, en confusión babélica. La alegría encendida por los ojos latinos de la turinesa, había contagiado á nosotros y á la conciudadana de Roosevelt y á la turista de Roma, y concluído por hacer sonreir al inglés barbilampiño y aguileño que, silencioso en un ángulo, leía su magazín y fumaba su pipa. Me parecía menos áspera, aquella tarde, esta gente sajona, y su cordialidad hospitalaria atenuaba en mí la impresión de sentirme por la primera vez extranjero. Rodaba el tren, rodaba, y entre su ruido y el torbellino de la charla, proclamaba yo á la yanqui la decadencia de Europa y profetizaba su conquista por el comercio y la futura obra espiritual de los pueblos de América. La señora inglesa me miraba adoptando una sonrisa protectora y británica, sin que mis paradojas me enajenaran sus simpatías, pues al entrar el convoy en el inmenso caserío de Londres, ella empezó á ciceronearme desde la ventanilla del tren, señalándome en la vastedad del panorama los lugares ilustres de la ciudad; y al atravesar el Támesis sobre un puente ciclópeo, su mano me mostró en la ribera el sun-

tuoso palacio de Westminster y allá lejos la cúpula soberbia de la Catedral de San Pablo.

No sería del todo sincero si dijese que á mi primer contacto con la ciudad experimenté alguna emoción de júbilo ó de belleza. Ni sombra, por cierto, del espasmo espiritual que me había invadido cuando al acercarme por la primera vez á París, contemplara desde lejos la torre del Sacre Coeur sobre la colina de Montmartre. Cuando llegué á Charing Cross, la estación ferroviaria emplazada en el corazón mismo de Londres, mi alma estaba confusa como aguardando aún la revelación que había imaginado encontrar en aquella grandeza siniestra. No los ligeros tules de la niebla que hubiera sido prematura en el comienzo de agosto, sino las penumbras del atardecer, velaban los perfiles de la urbe prodigiosa; pero ni las evocaciones de la historia ni la hora propicia, podían contra aquella desmesurada aspereza de comarca volcánica que paralizaba, en mí, los resortes de la emoción. Era una gigantesca sucesión de casas que cubría con su desnivel todo el radio del horizonte, desparramadas sobre ambas márgenes del Támesis, sin una sola idea de proporción y de belleza. Londres me pareció una ciudad enorme y fea, fea y enorme como un monstruo, y esta impresión creció y creció durante los días subsiguientes, mientras vagaba por su recinto sin que mi sensibilidad latina comprendiera qué encanto podía haber en el azaroso cruce de sus calles, ni en la escuetez aciaga de su arquitectura, ni en la extensión sin gracia de sus parques, ni en la suciedad de su atmósfera y de su cielo siempre gris. Si yo hubiese escrito entonces mi confesión, esta co-

rrespondecia hubiera resultado un panfleto apasionado y violento; pero, á fuer de juicioso corresponsal, he preferido someter mis primeras sensaciones á una experiencia de cuarenta días. Después de ella, continúa produciéndome el efecto de una colosal estación de ferrocarril, ó de una fábrica portentosa. Los que busquéis la antítesis de París la hallaréis en Londres, y no se puede comparar ambas ciudades si no para establecer la máxima diferencia del contraste. Decidirse por una ú otra es cuestión de temperamentos; y al describiros simplemente mi sensación, lo hago con la humildad de quien no quiere generalizar un hecho aislado, ni pretende para sus propias impresiones el valor absoluto de la realidad. El Londres que yo he visto es bien diverso del que suelen describiros los demulenes que andan por el mundo, los que sin duda creen dignificarse cuando proclaman la superioridad de los anglosajones. Para describíroslo, no necesito el canto de las liras, y sería peligrosa la hipérbole por su falta de precisión. Cuadra mejor, al tema y al ambiente, un desnudo apuntamiento de hechos, expresado en un llano y sincero hablar: en estas carreteras por donde va como un viento la abominable bicicleta, galoparía mal Pegaso, acostumbrado á hollar con herradura de plata su camino de nubes.

Londres se ha formado por la agregación de otros pueblos á los primitivos núcleos urbanos de Westminster y la City, cuya historia se remonta á los tiempos de Tácito. Los cinco millones de hombres que lo habitan, circulan en las ocho mil calles de una ciudad crecida por yuxtaposición.

Siendo Londres un resultado del azar, lo que primero se advierte en él es la falta de una idea anterior al hecho edilicio. Su plano y su nomenclatura son sin claridad; no se termina de conocer sus rumbos; se vive en el reino del polígono irregular, sin útilidad práctica ni ventaja estética. Una calle cambia de nombre varias veces, como esta mía que se llama sucesivamente Grenville, Brünswik Square, Hunter, Judd y Eutone, todo esto de cuadra en cuadra, y en una arteria concurrida por el tráfico de tres grandes estaciones de ferrocarril é importantes hoteles. Los nombres, como Duck Street ó Grenville se repiten en diversos distritos. En otras calles, como St. George St. la numeración empieza en una acera y sigue invertida en la otra desde el extremo de la calle hasta su comienzo. Al dirigir una carta en Londres tenéis que llenar el sobre con las señas. Sus medios de comunicación delatan una falta de claridad en las ideas y de espíritu práctico. Los ómnibus llevan treinta letreros y hasta que el extranjero ha leído tres, el coche se ha alejado de vista. Los «cabs» que aquí se usan son de dos ruedas, con el cochero detrás y la mujer que sube en ellos, ensucia las polleras en la llanta y el alto estribo exígele una gimnasia varonil. Los tubos subterráneos que han construído son un laberinto complicado de galerías y ascensores que demandan un gasto enorme de electricidad y personal numeroso,—en tanto que el de París es simplicísimo, y es aún susceptible de mayor simplificación. Ved cómo estos detalles pueden revelarnos la carencia de espíritu sintético en las ideas rutinarias de esta gente. Y como además no tienen sentido estético, la con-

trucción externa de la ciudad carece de armonías y de proporciones de líneas elegantes y de perspectivas. Hay barrios enteros, centenares de «manzanas» donde las paredes de la acera se construyen lisas y sin revoque, con sólo sus dieciséis ó treinta y dos ventanillas de hospital, sin balcones. Estas son casas de renta; no casas de obreros. Como flota un perpetuo hollín en la atmósfera, los ladrillos se ennegrecen y el barrio toma una lobreguez de necrópolis. La suciedad del aire es tal, que en los museos, todos los cuadros están cubiertos con vidrios para preservar las telas. Hay días que es imposible ver nada, pues donde buscáis un óleo os encontráis con un espejo, y veis vuestra propia desagradable figura en el marco donde querríais admirar un retrato de Rembrandt ó de Goya. Acaso esta opacidad del ambiente haya impedido aquí el florecimiento de un arte como el de los países solares. Cuando quieren hacer un hermoso edificio se esmeran tanto, que les resulta un adefesio, como el museo de South Kensington, recién construído en memoria de Victoria y de Alberto. Y cuando tienen algún verdadero monumento arquitectónico, no saben destacarlo: frente al palacio de Westminster, en la opuesta ribera del Támesis, sobre la costa aún silvestre, se desparrama un oprobioso caserío de barracas sucias, chatas y negras; la catedral de San Pablo está rodeada de callejuelas estrechas y ahogadas por los edificios vecinos; el British Museum, que tiene una entrada monumental de cuarenta y cuatro altísimas columnas jónicas, ha perdido las tres restantes fachadas, pues en el sitio que debieran ser jardines se alza una industrial y simétrica

construcción de inquilinatos (boarding houses y Private hotels) que, gracias á la crítica, van á ser demolidos. Está de más decir que el estilo de esas tres maravillas, no es argumento en favor de la superioridad de los anglosajones, pues ninguna armonía visible liga sus grandezas—griega, romana, gótica,—al resto utilitario de la ciudad.

Pasadas las primeras semanas de lucha por la adaptación, y más propenso el ánimo á la ironía, empecé á reparar en los detalles grotescos de que Londres abunda. Frente á St. James' Park hay un palacio de la nobleza en el que han recubierto con una cautelosa tela metálica los capiteles de las columnas. Cerca de ese palacio, en la terraza de Carlton House, elévase una columna de treinta y ocho metros, con la estatua del duque de York, y sobre la frente de este duque de bronce, enhiéstase un pararrayo como un cuerno de hierro. No queda muy distante de aquel sitio, Leicester Square, donde está, entre cuatro delfines, una estatua de Shakespeare, de pie y con las piernas cruzadas como una bailarina; la posición menos digna que se haya podido encontrar para ese estupendo creador de figuras humanas. De la plaza de Leicester se puede caminar hasta Piccadilly Circus, sitio populoso y galante, donde se ve pasar de noche busconas que hacen su jira profesional montadas en bicicletas, y que se apean cuando algún amigo las detiene ó las llama. The Natural History Museum—rico y metódico—se halla instalado en un magnífico edificio romano, de moderna erección; pero en el decorado de las galerías interiores, han puesto, con un evidente mal gusto británico, monitos de argamasa que van en-

caramándose por los pilares: esto será muy zoológico, pero no sé qué relación guarda con el resto de su arquitectura. Detalles de tal jaez llenarían pliegos. Ruskin y los estetistas han sido en estos últimos tiempos una reacción contra la mediocridad estética ambiente; pero hoy parece aletear un ansia de belleza en el alma de este pueblo insular y burgués. Ultimamente fué regalada á la Galería Nacional de Pintura, la Venus de Velázquez, adquirida en la suma de 45.000 libras esterlinas, por susbericpción popular. Hubo en esto algo de vanidad colectiva, pues el cuadro, que es admirable, había pertenecido á una colección privada, y se quiso evitar que en virtud de una disposición testamentaria, saliese fuera del país. La munificencia particular ha enriquecido los museos; pero no así la producción de un arte nacional. Nombres de millonarios donantes, se ennoblecen, como el de la misma Reina, al pie de muchas firmas célebres, cuyas telas han sido regaladas por ellos. Toda la colección Wallace, que se estima en millones, fué donada á Inglaterra por la viuda de sir Richad Wallace, pero esta colección es casi íntegramente de arte francés, objetos decorativos, muebles del siglo XVIII, valiosas miniaturas más modernas y telas versallescas de Watteau y sus discípulos. Hasta en las mujeres de carne falta aquí la sugestión de belleza. Son tan avinagradas las que se quedan en la isla como las que andan por el mundo. Los ojos son desteñidos y despareja la implantación de los dientes. Tan magras y lisas son, que no se sabe si van ó vienen. Caminan inclinadas hacia adelante, con ese andar de pato que tanto impresionaba á Verlaine cuando vivió

aquí en Londres. En una galería he visto cierto retrato de la reina Victoria que nos la presenta á la soberana cuando era joven, pero afectada por la misma inelegante inclinación de busto. Dicen que hay mujeres muy bellas en la aristocracia, pero no he tenido ocasión de descubrirlas, porque la «season» de Hyde Park y de los grandes teatros está cerrada. Caras hermosas como las de Robinson ó la condesa de Lincoln he visto, pero entre los cuadros de Reynolds ú otros célebres retratistas ingleses cuyas obras guardan las galerías de los museos.

Por debajo de estas apariencias poco seductoras corre aquí un raudal de ingenuidad evangélica y primitiva. A pesar de su desmesurado crecimiento, Londres ofrece tipos y costumbres henchidos de una emoción aldeana. Esto no es anacrónico tratándose de un país donde aún se resiste la implantación del sistema decimal. Se ve á la orilla de las calles ciegos que cantan su canción plañidera, mientras el gran mastín que les sirve de lazarillo, sostiene en la boca el jarro ó sombrero donde recibe la limosna de los transeuntes. Al pasar por avenida importante como la de Oxford Street, suele atraerme en las calles laterales, semiobscuras y estrechas, sobre todo los sábados y domingos á la noche, el espectáculo callejero que improvisan en las calzadas músicos y bailarines ambulantes. Otras veces no son piruetas lo que acompasa el son del órgano, ni saltimbanquis los que han congregado aquel corro de gente, sino predicadores evangélicos, que van por la calle con

el órgano, la Biblia, la cátedra sagrada que es como un púlpito de rematador, y un cartel donde los fieles leen al cantar la letra de los coros:

Tell me the old story
Of unseen things above
Of Jesus and his glory
Of Jesus and his love,
Tell me the history simply
As to a little child,
For I am weak and weary,
And helpless and defiled

Figuraos este espectáculo en medio de la calle y entre las pausas del sermón. A veces el grupo no excede de diez personas; otras, un transeunte de la misma feligresía se detiene al pasar, canta su plegaria y sigue su camino. Los ómnibus y automóviles ruedan por la otra acera de la calzada. La policía no los interrumpe jamás en estos públicos oficios. El orador, que suele ser un ciudadano sin hábito de pastor, moraliza ante «sus queridos hermanos»—«my dear brothers»—que en la letra del coro piden volver á oir la historia de la Redención, porque sus almas están débiles y desamparadas. Este mismo espectáculo impresiona de otra manera en Hyde Park, donde profusamente se realiza todos los fines de semana á la noche. Y entonces de cada uno de esos grupos, entre los negros árboles y ante la inmensidad de los cielos, oís elevarse á Dios el cántico devoto:

Sun of my soul. Thou Saviour dear,
It is not night if Thou be near,
Oh may not earthborn cloud arise
To hide Thou from thy servant's eyes.

Yo no sé qué suma de verdadera fe habrá bajo estas formas de culto al aire libre que, por tener

algo de rito cosmogónico y de cristianismo primitivo, es más bien simpático á mi sensibilidad. Acaso esta costumbre que tanto me ha impresionado en el Londres actual, no sea sino sobrevivencia de un antiguo Londres, cáscara de rutina sin contenido de pulpa y jugo espiritual. Expreso esta duda, porque toda la decantada moralidad sajona me ha parecido en esta ciudad, tan sólo una hábil complicidad de silencio en torno del vicio. Lo que aquí no existe es la ostentación del placer, pero por debajo de esta hipocresía hay las mismas lacras que en todas las grandes capitales. A las doce y media de la noche cesa la animación nocturna; los bares y lugares de recreo arrojan á esa hora su concurrencia; ordenanzas policiales prohiben estacionarse en la calle después de media noche, y no resta más recurso que recogerse en la propia casa ó en la ajena; y Satanás y yo sabemos lo que pasa detrás de los portales que se cierran sobre las aceras silenciosas. Creo no equivocarme al decir que el secreto de la moralidad londinense consiste en el respeto del hogar por parte del público y de la vía pública por parte de los particulares. Vosotros habéis oído decir que aquí el Estado no reglamenta el comercio ni la libertad del amor, porque la pudibundez oficial evita el macularse en tales abyecciones. Esto es cierto; pero su resultado inmediato es el desarrollo de una atroz clandestinidad. No exagero ni lo más mínimo al referir que todas las noches al ir de mi casa á las inmediaciones de Leicester Square, hago mi camino entre un mundo de busconas macilentas y de errantes cocotas. Comienza la romería en Guilford Street, continúa á la izquierda

por Southampton Road, sigue á la derecha por New Oxford y Oxford hasta Regent Street y desemboco en Piccadilly Circus, donde ese pueblo de silenciosas hetairas se hace muchedumbre. Hay alrededor, un barrio de teatros, y cualquier noche podéis ver allí las «girls» galantes, desfilando por centenares como en cualquiera de los bulevares de París; pero el desfile que os da allá la sensación de la alegría y de la vida, es en este lado de la Mancha una callada procesión de monjas y doncellas. Lo que estas vírgenes son capaces de hacer, que Lesbia y Lot os lo digan. Va circunspecta, porque no sabe ser más jovial y porque la policía observa su paso. De tal manera la suerte de la cortesana depende del policeman, que éste puede hasta hacerla devolver el dinero recibido por trabajos ilícitos, sin inconveniente para lucrarlo, tal cual vez, en puerca aparcería, con el hidalgo que lo llamara en su auxilio. Conozco dos anécdotas de este género, y ya veis á lo que puede reducirse este personaje mitológico que, según la leyenda, tiene la precisión de un péndulo y la pureza de un santo... ¡Quién sabe lo que habrá más en lo íntimo de esta sociedad, á la cual el aislamiento de su isla la ha preservado de las indiscretas miradas extranjeras!... Lo cierto es que aquí el consumo del alcohol es enorme, y que los «wine-shops» están siempre repletos, y que no hay sábado á la noche que no encuentre por la calle hombres y mujeres borrachos, que van haciendo eses por las aceras. Lo cierto es que aquí el adulterio es una costumbre y que los pastores predican contra la corrupción de las altas familias. Lo cierto es que la prole aquí nunca pasa de cua-

tro vástagos y que las madres no crían ni educan á sus hijos, estando ellos á cargo de la «nurse» gobernante ó nodriza en las casas pudientes, mientras á los niños de los hogares pobres deben los maestros defenderlos de peores peligros, según les aconseja una interesante obra oficial del *Board of Education* que he leído en estos días.

De una de las alegorías románticas de Disraely, á quien este país glorificara, ha extraído Eça de Queiroz en sus Cartas sobre Inglaterra, la siguiente máxima que resume la moral londinense: «La felicidad de un pueblo consiste en la «pose» de una fuerte moral cristiana aliada á un uso moderado de liberalidad.» Acaso este pueblo al haber llegado en la policía de sus costumbres al dogma que yo llamaría «de la calle honesta y el hogar inviolable,» haya encontrado el medio de dar á la corrupción este destino: prosperar en la sombra y perecer en la luz. El error latino consiste en creer en la sobriedad, la pureza y la castidad sajonas; pero no debemos olvidar que este pueblo come cinco veces al día y bebe diez veces á la noche. Hay un pequeño detalle edilicio que, para mí, describe toda esta civilización: los mingitorios públicos se llaman pudibundamente «lavatory»: cuando á la vista del hermoso letrero entráis en él, descubrís que no es lavatorio, sino w. c.; pero en el momento de salir, un aviso del condado os ruega con las más correctas palabras que os cercioréis, antes de volver á la calle, si os habéis abrochado prolijamente los botones de vuestro vestido... Así con esa moral de apariencias y su sentido industrial y político, han conseguido agru-

par varias colonias en un imperio poderoso, varias islas en una fuerte metrópoli y varios pueblos en una sola ciudad. Pero en lo que no creo es en el sentido estético de esta raza. Ignoran en absoluto el arte de hacer ciudades. Londres tiene, sin duda, una grandeza, pero es una grandeza deforme y difusa que escapa á la visión del observador. No recuerdo haber tenido aquí exclamaciones vehementes de admiración ante un monumento, una calle, un parque, una perspectiva urbana. Hastiado ya del detalle escueto, feo, bárbaro, quise abarcar un día su conjunto y subí en plena City á lo que llámase por antonomasia El Monumento, erigido hace dos siglos para conmemorar el incendio de 1666, que devoró cuatrocientas sesenta calles y trece mil doscientos edificios; y al salir de su caracol de tinieblas á la luz del balcón en lo alto de la columna, no fué el panorama de una ciudad lo que mis ojos contemplaron desde esa cima, sino otra cosa extraña de pesadilla ó de poema; algún paisaje sideral visto en delirio, alguna vasta comarca volcánica ó alguna de esas visiones de los últimos Froment: toda la superficie del planeta erizada de chimeneas y embaldosada de techumbres; fabulosa agregación de moradas humanas, dilatándose hasta cubrir literalmente la tierra y tocar el cielo acaso, entre las nieblas del horizonte donde el no visto límite se borraba ante mis ojos atónitos.

LA CIUDAD UNIVERSITARIA

Oxford, 10 octubre de 1907.

El cumplimiento de un deber oficial me ha traído á Oxford, y de tan buena suerte me ha impresionado este lugar de sabiduría y de silencio, y los colegios vetustos y las calles arcaicas y los profesores magníficos en su vocación monacal, que voy á referiros, con las palabras menos pedagógicas que me sea posible, algo de lo que he oído y visto en la ciudad universitaria, que es única por su belleza en el mundo. Al contacto de la realidad he podido comprender el espíritu y la vida de estas instituciones, acerca de las cuales, obras como el «Student's Handbook», ó la otra aún más interesante de Algernon Stedman, sólo me habían dado una noción incompleta, forma sin movimiento ó cuadro sin colorido. Y como sé que algo de esto pasa á la mayoría de mis lectores de América, no ha de considerarse innocuo mi relato, si él consigue llevarles un poco de luz sobre esta ciudad de ensueño que para muchos es apenas un nombre y un fantasma.

Un amigo del Board of Education me ha dado

las señas del hotel donde podré alojarme. Se llama Isis la casa, no sé si por la diosa de Egipto que simboliza el misterio, ó si por un antiguo nombre del Támesis, el río que al confluir con el Cherwell señala el sitio de la ciudad que en otro tiempo llamábase Oxeneford. He visto al entrar, que una enredadera de hojas rosadas, cubre la marquesina y los balcones. El nombre tiene un cariz erudito; el frontis una poética decoración aldeana; de modo que sintiéndome ya feliz de haber venido, sigo á la rubia «maiden» que me conduce hasta la que ha de ser mi habitación en la casa. Y al instalarme en ella, atrae desde luego mi atención, un cuadro á la cabecera de la cama, único adorno entre el austero aliño de esta alcoba inglesa. Es una litografía donde, exornada de siemprevivas y rosas, se lee esta admonición evangélica:

The Lord is
Good unto them that wait for Him...

«El Señor es bueno para con aquellos que esperan en El...» He ahí, sin duda, una rara advertencia de bondad que no he visto en otro de los muchos hoteles donde he dormido, y que á la hora de la noche, á la hora del cotidiano regreso, á la hora de la meditación y del reposo, enseña al solitario huésped extranjero, venido de remotos países, una sabia lección de fe, de caridad y de esperanza... Dulcificada el alma por ella, salgo á emprender mi día y mis labores; y al influjo de no sé qué ensalmo benéfico, el ámbito me parece tan suave como una vieja seda, y siento en el aire toda la sugestión de su silencio propicio al ensueño. Vengo

de la Babel londoniana, donde las fábricas y la niebla manchan de gris la atmósfera, y donde un fragor malsano asorda con su torbellino las aceras. Tal vez por eso me parece más grata la callejuela curva y apacible que se desvía á mi lado, entre tapias de piedra y á la hilera sombría de algunos árboles. Iffley Road, la calle por donde marcho, tiende su puente sobre un brazo del Cherwell; hay quietud y fronda junto á sus aguas, donde se reflejan los seculares muros de Mary Magdalen College, el más romántico de los colegios de Oxford. Y más adelante veo una fuente pública, erigida por un particular en recuerdo de la Reina Victoria, y alrededor del friso poligonal, en el templete gótico que la cubre, leo estas palabras latinas:—*Ruit-hora-sagax-libe-carpe-fugacem-limpha-cadem.*

Después de leer el lema doctoral de la fuente, entro en High Street—High, como popularmente la llaman,—de la cual se ha dicho que «es la más noble de las viejas calles de Inglaterra;» y con ser el mío un espíritu antiuniversitario, ó extrauniversitario, si queréis, siento que la fascinación de la ciudad se consuma en presencia de estos venerables colegios, que tienen en su arquitectura de piedra una rudeza de castillos normandos y un aire de silenciosas abadías.

Yo no sé si la precedente alusión habrá conseguido daros una vaga idea de la emoción que despierta la quietud de estas casas y estas calles. Y lo más extraordinario es que toda esta construcción monacal, y este ámbito de ensueño, han sido creados por el espíritu de una universidad; pero de una universidad que, á pesar de la palabra común con

que se las designa, es absolutamente diversa de la nuestra burocrática, infecunda, vacua, de aliento eterno y de desinterés idealista. La historia, los blasones, las costumbres, y hasta ciertos aspectos del gobierno civil de la ciudad, se confunden con la tradición de los colegios, algunos de los cuales datan del siglo XIII, tal como Balliol College, fundado por John Balliol y su mujer Devorgila, padres de un rey de Escocia. Llaman á las de Oxford y Cambridge las Universidades hermanas—«The sister Universities»,—y con ser tan idénticos su organización y su pasado, paréceme que la segunda no ha dado á su ambiente una sugestión tan pura ni á sus piedras una vejez tan conmovedora. Verdad que yo he visto á Cambridge con el bullicio de su población escolar, pues abren allí las clases el 10 de octubre; y veo á Oxford en sus días de vacaciones, pues no acostumbra cerrar las suyas hasta mediados del mes. Pero en aquella he visto sus calles pululando de estudiantes vestidos con el «gown» reglamentario, su talar académico, y el «trencher», un sombrero de copa cuadrangular; y eso agregaba al pueblo una nota característica, sobre todo al anochecer, la hora en que, según antigua costumbre y por motivos de policía universitaria, el uniforme es obligatorio. También he visto á Cambridge en domingo, el día en que después de los oficios eclesiásticos de la mañana, queda la calle en completo reposo, por el cual ni siquiera pasan tranvías, pero esta parálisis hebdomadaria de ciudad inglesa, está muy lejos—sea bíblica ó socialista su quietud,—del movimiento sin presura y de la dignidad sin pereza con que veo moverse el pueblo en estas calles de Oxford. Regent Street es en Cambridge

la equivalente á High Street, la avenida núcleo en la red urbana, y mientras la de aquí es una ancha y desembarazada calle ennoblecida de seculares edificios, desde la torre de Magdalen junto al puente de Cherwell, hasta el torvo castillo carcelario junto al puente del Támesis—allí la calle estrecha atollada de tráfico y resplandeciente de escaparates, os da una impresión burguesa, pues el barrio escolar tiene su núcleo aparte, sobre la ribera del Cam. No obstante, cuanto se diga en elogio de la una por el prestigio y la solidez de sus estudios, se ha de hacer extensivo á la otra; y fácilmente se comprenderá que mi comparación tan sólo se refiere á esa cosa sutil que está en el aire, en el ruido y en el color de las ciudades, cosa que no siempre es objetiva, que acaso depende de nuestros propios estados de alma, pero que determina, en tales casos, nuestra simpatía por los hombres, por los lugares ó los libros.

En tal ambiente prospera desde hace siglos, el régimen tutorial de los colegios, especie de conventos laicos, «independientes» de la corporación universitaria. Ahí reside la substancial diferencia entre esta Universidad y el sistema argentino; y como supongo que mis lectores han de conceder más autoridad á la palabra de un autor inglés, traduzco para ellos, del antemencionado libro de Stedman, los párrafos siguientes que ratifican mi aserción:—«Existe en la mente de numerosas personas la muy falsa, pero acaso natural tendencia á identificar la Universidad de Oxford con sus colegios independientes. En realidad, estos últimos son cuerpos totalmente distintos, como lo de-

muestran su origen y sus propósitos.»—En efecto, los colegios se establecieron primeramente para proveer de alojamiento á los alumnos de la Universidad. Fueron en su origen posadas ó casas de hospedaje, sostenidas por una congregación de varios estudiantes que se reunían para vivir en común y para costear un maestro que les dirigiese en sus estudios. Entretanto, la Universidad tuvo el contralor intelectual y la autoridad legislativa que aún conserva. Ella es una entidad corporativa de varios cuerpos, en la cual tienen parte los doctores, los maestros, los alumnos. Ella establece la extensión de los estudios y toma los exámenes, para lo cual ha construído hace poco un edificio especial de anchos salones. Ella fomenta y facilita las especulaciones intelectuales de su ciudad. Entretanto, los colegios son los que vivifican el organismo inerte de sus reglamentos, haciendo correr por todo él un torrente de realidad y de amor que preserva á la enseñanza de convertirse en una simple función burocrática. No debemos, sin embargo, confundir su posición administrativa con la de nuestras Facultades, por los colegios, porque éstos son independientes, y la Universidad no interviene para nada en su régimen interno, bien que ellos contribuyen, en cierto modo, á la formación de la Universidad. Lo veréis en un pequeño esquema de jerarquías: primero están los alumnos que se llaman «undergraduates»; después los «fellows» ó tutores, que se nombran generalmente entre los graduados más distinguidos de cada colegio, que quedan á vivir en el mismo, y que son los que desempeñan las verdaderas funciones docentes. Cada fellow tiene á su cargo un grupo de estudiantes, y

es casi siempre un tipo admirable por su desinterés profesional, á tal extremo, que el colegio, de quien exclusivamente dependen, les exigía antes la condición de permanecer solteros. Hoy pueden casarse, y á los que tienen familia les está permitido vivir afuera. Los fellows tienen voto en la elección del director de la casa. Más arriba está el profesor, que no es funcionario del colegio, sino de la Universidad, que dirige y coordina—extraoficialmente,—la obra de los fellows y que—oficialmente,—debe indicar los tópicos de estudio y constituir los tribunales de examen. La más alta autoridad universitaria, es el llamado «chancellor», pero autoridad nominal, pues trátase siempre de algún eminente hombre público. Quien ejerce en realidad sus funciones es el vicechancellor, elegido entre los directores de colegio, cuyo título suele ser warden, rector, maester, presidente ó deán, según las tradiciones de cada casa. En este último, las autoridades de director (Head of House) y vicechancellor, colegial la una y universitaria la otra, pueden concurrir en una sola persona, porque ambos pertenecen á dos esferas diversas, independientes entre sí. Pero si coexiste con la entidad universitaria la más absoluta autonomía en los colegios, ambos ejercen sobre el estudiante, no sólo una acción intelectual, sino una influencia educadora, cuya falta entre nosotros ha llevado á la crisis nuestras Facultades. La obra universitaria es aquí muy diversa de lo que ha sido al respecto la tradición sudamericana, bien que la nueva Universidad de La Plata, por expreso designio de su fundador, sea un saludable esfuerzo en el sentido de las Universidades inglesas, que no son fábricas de doctores, sino colmenas de

pensamiento, viveros de hombres, acervos de investigación científica que procuran poner la enseñanza en íntimo contacto con la realidad, con la sociedad y con la vida.

De la Universidad de Oxford dependen varios institutos para el servicio de la enseñanza, tales como el Observatorio Radcliff, el Jardín Botánico, el Museo general, que comprende departamentos de geología, química, botánica, zoología, antropología, etc., y donde he visto estribos y arados de madera, lazos trenzados y cráneos provenientes de la República Argentina; galerías de arte y de historia en el Ashmolean Museum, cuyo origen data de 1600 y es considerado como el más antiguo de los Museos ingleses; la Bodleain Library, biblioteca que contiene 685.000 volúmenes impresos y 33.000 manuscritos y 50.000 piezas de una colección numismática; la famosa Clarendon Press, los enormes talleres tipográficos donde he visto imprimirse clásicos griegos y biblias en idiomas orientales, y de donde salen anualmente, no sólo textos para el uso de los estudiantes, sino libros de erudición ó de placer que van á todos los mercados del mundo. Pero debo confesar que no es la Universidad misma la que ha seducido mi simpatía y ablandado aquí la hosquedad antiuniversitaria que traía de Buenos Aires, sino el régimen y la atmósfera de los colegios oxfordianos, el más interesante fenómeno pedagógico que haya visto en mi vida. El número total de estudiantes pasa de tres mil, pero están distribuidos en los diversos colegios: unos hay que tienen veinte; en otros pasan de cien. La convivencia de maestros y alumnos es allí el tra-

sunto de una verdadera comunidad religiosa, ligada por el culto de la sabiduría. Antes de su fundación, los estudiantes podían residir en cualquier parte del pueblo, pero después no les fué permitido sino en el recinto de los colegios ó en «private lodgings», hoteles especialmente autorizados para ello por la Universidad y reconocidos á este respecto, como parte integrante de la misma. La cantidad de pupilajes aumentó por lo consiguiente, y hoy Cambridge tiene dieciocho, y Oxford veintidós. La munificencia particular ha convertido algunos de ellos en casas opulentas, y los retratos de los benefactores adornan el comedor ó la sala de conferencias, siendo en algunas, como Queen College, retratos tan ilustres como el del Príncipe Negro, de la Reina Philippa, de la Reina Carlota, ó de la Reina María, patrona del colegio. El precio del internado varía desde menos de cien libras anuales hasta más de doscientas, según el confort y fama del establecimiento. Las comodidades de la vida doméstica han mejorado con los progresos actuales; pero tal como en el edificio ha subsistido el murallón de piedra bajo las reparaciones ulteriores, así en el régimen interno han perdurado los usos y costumbres de la Edad Media. Imaginaos que en Magdalen College, por ejemplo, un día de mayo, á las cinco de la tarde, el coro canta en lo alto de la torre un himno en latín, que ha subsistido por rutina, pero que se supone tuvo su origen en un réquiem anual por la memoria de Enrique VII, muerto en 1509. Personaje pintoresco en los colegios es el proproctor, especie de bedel encargado de la policía escolar, para lo cual dispone de varios oficiales popularmente conocidos con el nombre de

«bull-dogs». Su vigilancia se extiende á toda la jurisdicción universitaria y acaso sea uno de sus deberes más delicados el proteger á las doncellas de los «lodgings». Se exige á los alumnos una circunspección monacal, sobre todo en la calle. Sin embargo, un antiguo proproctor me decía que sus funciones, si muy eficaces antaño, eran hogaño innocuas, pues con los automóviles podían los estudiantes, en una tarde de licencia, ponerse en pocas horas fuera de su jurisdicción para cualquier aventura, y estar de regreso á la hora del crepúsculo. Pues también por motivos de policía, todos los estudiantes están obligados á vestir el «gown» al anochecer, y estar en su asiento á la hora de la cena, sin que puedan faltar ni á la mesa ni á la cama, sin aviso previo al rector. Todos comen en una sala común, aunque la mesa de los maestros está en una tarima, desde la cual se dominan las bulliciosas mesas de los alumnos. Muchos de los colegios han evolucionado, sin embargo, aquí y en Cambridge, hacia un moderado liberalismo en costumbres y enseñanza. Pero aun son obligatorios los religiosos oficios del domingo. Los «Undergraduates» van vestidos de talares blancos y los maestros de sobrepellices escarlatas. Y cada colegio tiene, así como su biblioteca, rica en manustritos é infolios, su capilla, en la cual suele haber algunos tesoros: viejas ventanas de Maguncia, cuadros del Renacimiento, sillerías, suntuosas decoraciones prerrafaelitas, ó águilas de oro—«aquila regina aviorum,»—que se apoyan en el globo del mundo para ofrecer al Evangelio, el facistol de sus alas triunfalmente abiertas en el día de la nave, que tiñe de violado ó

azul la túnica de los Cristos ó el manto de las Vírgenes en las vidrieras historiadas.

La idea de semejante disciplina da, de lejos, á nuestra mente americana la impresión de una monotonía opresora ó de una lobreguez conventual. Pero nada menos exacto en la realidad. Tal vez moleste ese rigor durante los años estudiantiles, como el régimen de todas las escuelas del mundo, pero no hay oxfordman que no recuerde con ternura sus años de colegio y que no desee volver á vivirlos. El colegio, por su parte, conserva después su vinculación con los que fueron sus pupilos, y cifra en la gloria de los que llegaron á ser célebres, el timbre de su propia gloria. Así, cuando vais á Christ Church, os avisan que Ben Jonson, Wellington, Peel, Ruskin y Gladstone se educaron en la casa; y cuando vais á Balliol College os avisan que en ella se educaron Adam Smith, Mathew Arnold y Swinburne, el poeta. Y así con Pitt el viejo en Jesus College, y con De Quincey en Worscester y con Max Müller en el colegio de All Souls. Este orgullo se explica, porque tales colegios educan, en realidad, hasta el grado de que se atribuye á cada uno de ellos una peculiar psicología. El de Magdalena, por ejemplo, tiene cierto carácter aristocrático, con hermosos jardines y estudios generales y no muy profundos en otra época, que hicieron escribir á Sterman: «The term Magdalen-man and dilettante were some time ago convertible.» En cambio escribe de los de Balliol: «algunos Balliol-men se caracterizan por su afectación de intelectual arrogancia, combinada con cierto desapego por las amenidades de la vida.» Y eso ha podido ocurrir, porque la enseñanza no es mecánica y porque si

hay algún rigor en la vida social de los colegios, hay, en cambio, libertad fecunda y absoluto respeto de la individualidad, en los métodos intelectuales.

Cada «fellow» tiene un grupo reducido de alumnos á quienes conoce, con quienes departe, con quienes habla á todas horas. Conoce sus aptitudes y las fomenta; da su lección en una mesa común, no en la cátedra presuntuosa; se dirige, no á un auditorio impersonal, sino á personas que lo oyen, y siendo ese auditorio tan reducido, no cabe la oratoria con que algunos profesores han desvirtuado y prostituído la enseñanza en nuestro país. El maestro no es un todo-lo-sabe, como se cree por allá que debe serlo, sino un guía amistoso de sus discípulos, á quienes puede indicar fuentes, facilitar investigaciones y sugerir ideas, por ser un hombre que ha leído más y que tiene más años. El objeto no es dar mecánicamente un gran número de nociones, sino educar el carácter y despertar el anhelo de la sabiduría. Y este propósito, que florece de tan hermosa manera en las Universidades, tiene ya su raíz desde las escuelas elementales inglesas. El admirable y sabio profesor Smith, de Ballfol College, un viejito con treinta años de profesorado, me refería que cierta vez vino á Oxford un educacionista extranjero, y, después de visitar los colegios, le dijo:—«Vuestro sistema es óptimo; pero demasiado costoso.»—¡Costoso!—dije yo á Mr. Smith, después de oirlo,—y además requiere del maestro un sacrificio completo de su persona en favor de la enseñanza.

—Naturalmente—agregó Mr. Smith.—Todo nuestro sistema se basa en la obra del profesor, y

no queremos para tales sino aquellos que sean capaces de realizar esa obra. La enseñanza tiene que ser un nuevo apostolado, como lo fueron antes las vocaciones religiosas; y cuando haya entre los graduados quienes tengan ambiciones de dinero ó de poder temporal, no deben quedarse de maestros. A esos les aconsejamos que se vayan á los negocios ó á la política. Y al escucharlo, vi que la tela de su ropa era burda, y que sus botines eran viejos.

SHAKESPEARE'S COUNTRY

Stratford-on-Avon, octubre de 1907

Tomo el epígrafe de esta carta, de un pequeño libro de Bertrán Windle, sobre el pueblo de Shakespeare. Tal es, por otra parte, el nombre con el cual suele aquí designarse por antonomasia este antiguo Condado de Warwick, glorificado por la cuna del dramaturgo estupendo. Además, eso de «el país de Shakespeare» designa bien la latitud de mi tema, pues voy, no sólo á hablaros del pueblo de su nacimiento, sino también del país astral, que fué su reino de Sombra, acaso aquella «Shadow land» á que alude Raleigh—desde hace trescientos años habitada por la familia de dionisíacas vidas que engendraron, en limo de la realidad, soplos del genio.

Yo no hubiera podido abandonar Inglaterra, sin haber venido á este sitio de resonancia mundial, por donde pasan anualmente más de treinta mil visitantes de toda la tierra. Algo como una poderosa fascinación irradia á todos los rumbos del orbe esta pequeña aldea de Stratford, yacente sobre las tranquilas riberas del Avon. Los que trazan el iti-

nerario de un viaje por el interior de la isla formidable, saben que no pueden prescindir de Oxford ó Cambridge, donde están las Universidades famosas; ni de York, con catedral soberbia, con historia de guerras pasadas y de romanas ruinas que recuerdan los sangrientos orígenes de esta nacionalidad y el lazo que la vincula, á ella también, con el germinativo núcleo latino; ni de Liverpool que hace pulular en su puerto y sus calles la vida extraordinaria de una vasta región industrial; ni de las verdes montañas de Escocia que reflejan en el espejo maravilloso de sus altos lagos el azul de los cielos; ni de Edimburgo, ciudad hermosa que tiene la más hermosa calle del mundo. Pero ellos saben que no pueden tampoco prescindir de Stratford-on Avon, cuyo único prestigio reside en haber conservado la casita que John Shakespeare habitara desde 1552, y donde en 1564 debía haber nacido su hijo Guillermo. No el goce sensual de una ciudad opulenta, no el renombre de las viejas catedrales normandas, no la fama de instituciones milenarias, no la belleza de pintorescos paisajes, no el recuerdo de una batalla decisiva en la historia del mundo, es, pues, lo que ha de buscarse en el móvil que mueve hacia Stratford la incesante y enorme peregrinación. Es, únicamente, la devoción y el respeto de la humanidad por la memoria de un poeta.

Cuando iba yo á partir para Stratford, pregunté á mis compañeros de mesa, en la «Boarding-house», que ocupábamos en Oxford, en cuánto tiempo podría visitar la casa de Shakespeare. Un joven norteamericano, que había estudiado letras en

Cambridge, me respondió que sería suficiente una hora; y el joven turista francés que ocupaba la cabecera, ratificó esta información. Ambos habían estado ya en Stratford, que dista apenas unas dos horas de Oxford, y ofrecieron más detalles á mi curiosidad. No encontraría allá, desde luego, la misma profusión de objetos que en la casa de Víctor Hugo; sobre todo, las reliquias autenticamente shakespearanas sumaban muy pocas. En cuanto al edificio de la casa natal, era una pequeñita y obscura casuca aldeana del siglo XVI que se la veía toda sólo con entrar y salir. Quizás más interesante que ella fuese el pueblo, que habrá conservado algún carácter arcaico, y la iglesia, cuya construcción data del siglo XII, y donde se guardan los restos del poeta y los libros parroquiales de aquel tiempo. Y finalizaron por estar de acuerdo en que no una curiosidad objetiva, sino la sugestión inconcreta de la memoria de Shakespeare, es el móvil que lleva los peregrinos á Stratford. Y esta misma tarde he confirmado sus opiniones, después de haber visitado los sitios ilustres del Avon, «riva que á la memoria de Shakespeare torna cuasi sagrada,» según la palabra de Eça de Queiroz, que visitó Inglaterra el siglo pasado y vió la idolatria inglesa y mundial que había convertido el pueblo natal en un santuario. En efecto, en Holy Trinity Church, la iglesia, la efigie y el nombre del dramaturgo, adquiere los atributos de la divinidad, y llena de tal suerte el ámbito moral del templo, que se le siente sustituído en la idolatría popular á las otras deidades habituales. Su efigie asaz grotesca, está colocada en sitio preferente. Al lado, frente al altar mayor, yacen las tumbas de su familia, la mu-

jer, la hija Suscannah, el doctor Hall, su yerno, y hasta el esposo de su nieta. Su lápida, de una vieja losa, á ras del suelo, en la cual se lee este epitafio en inglés antiguo:

> Good frend for Jesvs sake forbeare
> To digg the dvst enclosed heare:
> Blesed be yt man yt spares these stones
> And cvrst be He yt moves my bones.

Yo no he visto nunca este fatídico epitafio reproducido en libro alguno, y eso que lo han sido todos los otros—pero el lego y cuidador de la capilla me dijo que éste correspondía á la tumba de Shakespeare. Para ver tales cosas, lo mismo que el libro de pergamino donde está asentado el bautizo del poeta, y la fuente en que, de acuerdo con una tradición, más ó menos fidedigna, fué cristianado, es necesario pagar; y así la capilla tiene su renta en Shakespeare. Las vidrieras principales, unas que representan las siete edades de la humanidad, han sido costeadas con donaciones de visitantes norteamericanos, los cuales están en proporción de un cuarto sobre el total de los peregrinos, y á quienes se les atribuye una veneración por Shakespeare más grande que la de los propios ingleses. Ahora falta poner la vidriera del fondo, y á ésta la han bautizado con el nombre de «ventana del poeta» *(poet's window)*, lo cual se aclara en un aviso inmediato, que invita en nombre de la memoria de Shakespeare á dar contribuciones para encargar una vidriera que irá historiada en cada una de sus tres piezas, por sendas figuras de poetas sagrados ó escritores de la Iglesia. Y lo que hacen en Holy Trinity Church, ha-

cen en todo el pueblo de Stratford. Para entrar en la casa natal en Henley Street se paga seis peniques; otros seis peniques para entrar en el monumento de Bancroft Gardens; otros seis peniques para entrar en New Place, la casa ubicada en la esquina de Chapel Street y de Chapel Lane, donde Shakespeare vivió á su regreso de Londres y donde falleció en 1616; otros seis peniques para conocer la que se llama Anne Hathaway's Cottage, la pequeña granja que fué primera residencia de la mujer del poeta y que perteneció hasta 1838 á los descendientes de Hathaway del tiempo de la Reina Isabel; otros seis peniques para visitar Grammar School, donde Shakespeare fué alumno, la escuela fundada en 1482 por Thomas Jolyffe, que como veis ha pasado también á la historia. Esa tarifa se debe en parte á que casi todos esos edificios han sido comprados y convertidos en monumentos públicos por una sociedad particular que los cuida y los administra. En Inglaterra, como sabéis, es la iniciativa privada la que realiza gran parte de la obra que en nuestros países latinos corresponde al Estado; así en este caso, por ejemplo, el Gobierno intervino tan sólo para reconocer oficialmente la sociedad por una acta del Parlamento. Pero lo cierto es que el nombre ó el retrato de Shakespeare, como instrumento de comercio, os asalta á cada paso, en el almacén, en la librería, en el hotel, en el templo; que Stratford vive de su recuerdo; y que el poeta le ha dado al pueblo natal sus mejores títulos de renta, al darle sus más claros títulos de nobleza.

Los edificios nombrados, guardan objetos de autenticidad dudosa, como las fechas convenciona-

les y los nombres apócrifos en que abunda la biografía de Shakespeare. A propósito de la casa de Víctor Hugo, yo he hablado en una de mis correspondencias anteriores, de la extraordinaria profusión de reliquias que dejó como apoyo de su tangible inmortalidad el lírico egotista. Con el poeta inglés pasa todo lo contrario, no obstante lo cual es acaso más vigorosa su vida póstuma en la memoria de su pueblo. Yo os he dicho que el Museo de París conserva cerca de mil retratos de Hugo, por ejemplo; en tanto que es escasa y no auténtica la iconografía de Shakespeare. La crítica se ha trabado aquí, repetidas veces, en controversia acerca del que debía considerarse como verdadero retrato del héroe. Muchas opiniones le asignan esta preferencia al busto mural colocado en la iglesia de Stratford. Fué hecho poco tiempo después de la muerte del poeta, bajo la dirección de su yerno, el Dr. Hall, esposo de Susannah y médico del pueblo. La obra pasa por ser de Gerard Johnson—ó Jenssen—grabador en piedra que debió vivir en Stratford y haber conocido á Shakespeare, según las conjeturas infalibles de la crítica. Pero he aquí que, posteriormente, mister Wall ha probado con el registro de extranjeros residentes en tiempo de la Reina Isabel y James I, que Gerard Johnson, natural de Amsterdam, «was not in this Country during the time that the monument must have been under construction.» Este retrato ó busto fué coloreado después y la desgraciada idea inspiró en 1810 un epigrama anónimo escrito en el libro de visitas de la iglesia. Es tosco y de una arquitectura de lápida funeraria, especie de ventana, con una leyenda en ver-

so en la base, y coronada por dos angelitos y un cráneo y las armas de los Shakespeare con el halcón de alas abiertas que se apoya en un pie mientras el otro sostiene un cetro. En medio de esta decoración barroca y bajo el arco de la ventana, aparece el poeta con el inevitable pliego de papel en una mano y la pluma estatuaria en la otra, un Shakespeare inexpresivo y gordo, de boca y ojos afeminados, que desde luego, no sugieren una sola de las verdades que dijo ni de los fantasmas que vió. Por tratarse de un recuerdo de familia, erigido sobre su tumba en vida de sus hijos, se ha dado en considerar este retrato como el más auténtico, según he leído en la obra de Windle; pero yo he observado que, á pesar de ello, es completamente distinta de él la figura generalmente adoptada por la estatuaria inglesa, pues mientras éste es gordo y vulgar, es flaco y pensativo el que está en la plaza de Licester en Londres, como el del British Museum, el de los jardines de Bancroft y el del monumento de París. Paréceme que este Shakespeare estatuario está más cerca del de la National Portrait Gallery, retrato que se dice perteneció á un actor Tudor, contemporáneo del dramaturgo, aun cuando se ha formulado contra éste la objeción de que es una cabeza altamente idealizada, ó sea que carece de verdad. Un nuevo retrato he visto en su casa de Stratford, fechado en vida, y éste es el que más satisface mi imaginación, pues sobre ser de antigüedad probada, presenta un Shakespeare joven, de ancha frente, de bigote escaso, de grandes ojos pensativos, probablemente el Shakespeare del tiempo en que escribió *Julieta y Romeo*, poema de juventud en el

cual, según la crítica inglesa, «puede hallarse cuanto hay de más embriagador en el perfume de las primaveras meridionales, de más melancólico en el canto de las alondras y de más voluptuoso en la primera eclosión de las rosas.» Otros preferirán seguramente el de una época posterior, conocido bajo el nombre del grabador Droeshout; pero contra éste se ha hecho hincapié en la falta de la pintura original que debió servir de modelo á la copia. El retrato de 1609 vino á satisfacer esta exigencia, pero anticuarios y críticos shakespeareanos dividieron sus pareceres, dejando la cuestión en la misma incertidumbre. El grabado de Droeshout fué hecho juntamnete con unos versos de Ben Johnson, y aducía mucho en su favor el haber sido Johnson amigo de Shakespeare y el habérselo publicado en la primera edición de los dramas, en uno con los conocidos versos que dicen:

> This Figure, that thou here seest put,
> It was for gentle Shakespeare cut; etc.

Ha pasado, pues, con la cara de Shakespeare lo que con el rostro de Jesús, siendo la variedad de la iconografía cristiana una de las cosas pintorescas y dignas de reflexión á través de los museos de arte en Europa. Y si en suma no sabemos cómo fué la cara del más grande de los poetas ingleses, tampoco se conocen exactamente las otras circunstancias de su vida; y gran parte de su biografía ha sido trazada sobre convenciones y conjeturas. Se considera generalmente el 23 de agosto de 1564 como día de su nacimiento, pero no se tiene documento alguno que lo compruebe. El

bautizo fué el 26 de agosto y esto es lo único que consta en el libro parroquial de Stratford, cuyo viejo pergamino he tenido en mis manos. Se ha hecho, con este documento, la inducción de que rara vez se tenía al párvulo más de tres días sin cristianar, y así se ha fijado la fecha. Igual vaguedad existe acerca de su familia. Muchos eran los Shakespeare que hubo en Inglaterra durante el siglo XVI, y según Walter Raleigh, veinticuatro lugares del condado tenían el apellido, y siendo William un nombre muy común, había tres William Shakespeare en tiempos del poeta, de suerte que ni Guillermo Shakespeare, á quien creíamos único, se libró de esa horrenda pesadilla de los homónimos. De entre esos Shakespeare, se supone que uno, á quien se atribuye por tradición el nombre pueblo y que vivió en esa casa de Henley Street, ford, fué el abuelo del poeta. En tal caso, éste habría sido el padre de John, que fué aldermán del pueblo y que vivió en esa casa de Heuley Street, donde William naciera. Esposa de John y madre de William, fué Mary Arden, cuya genealogía han remontado algunos admiradores del hijo, hasta Guy de Warwick y el buen Rey Alfredo. A tres siglos de distancia y sin documentación, los biografos se han movido á libertad, y mientras unos dicen que ese abolengo aristocrático influyó en ciertas delicadezas de su espíritu y hasta en la creación de sus heroínas, otros se atienen á obscuros atavismos celtas de la comarca, y afirman que de la vieja raza del país le vino la aptitud imaginadora y soñadora. A fuerza de discutir y de investigar, se ha adoptado, es claro, una manera de concebir su rostro, de narrar su vida y de escri-

bir su nombre. Pero acerca de este último, por ejemplo, nos encontramos que aparece escrito de diversas maneras en varias ocasiones y que el mismo poeta lo adulteraba en caprichosas abreviaturas. En 1836, sir Thomas Philipps descubrió en el registro de Worcester el acta del matrimonio de Shakespeare, contraído en 1582 con Ana Hathaway, y en ella figura con el nombre de Shakspere. A los seis meses (?) el registro de Stratford tiene el asiento bautismal de su primera hija, Susannah, y el texto dice: «Daughter to William Shakspere.» En 1596, el mismo registro contiene la partida de defunción de su hijo Hamlet, y dice: «filius William Shakespeare». Y á principios del siglo XIX, William Haylitt, autor de un nutrido libro sobre los caracteres del teatro shakespeareano, aun escribía Shakespear... Así, bien se comprende que en la iglesia de Stratford se nos muestre la fuente de piedra en que fué bautizado, y en la casa natal el pedazo de un árbol que el poeta plantara, y en la escuela del maestro Jolyffe el banco que fué de Shakespeare. La inevitable leyenda se ha formado en el pueblo, como sucede con los grandes santos y taumaturgos, pero suprimiéramos todas las borrosas huellas de su vida real, y la inmortalidad de este poeta sería la misma, porque ella reside en su obra; y su alma, al morir él, transmigró á cada una de sus criaturas inmortales. Shakespeare formó su familia en Stratford y la historia de esa familia se confunde hoy con las tradiciones del pueblo, pero el último de sus descendientes, su única nieta, Elizabeth, que fué lady Bentand, murió en 1670, sin prole. Al extinguirse en ella la extirpe, dijérase que Dios

quiso aventar en sombra y nada, todo lo que fué polvo carnal en la vida del abuelo; y así los hijos que le perpetúan no son los que se llamaron Susannah, Hamlet ó Judith, pronto desaparecidos, sino los que aun viven y se llaman Othello, Macbeth ó Falstaff.

El culto de Inglaterra por la memoria de Shakespeare es uno de los más interesantes fenómenos colectivos de esta nación inflamada por una ansia idealista que no sospechan, por cierto, los que creen, en la América del Sur, que la civilización anglosajona consiste sólo en el cultivo de la fuerza y el esplendor material. Yo creo que es una consecuencia de ese culto el ascendiente social de que los grandes trágicos han gozado en este país, algunos de los cuales han dado su nombre á una época, ó cuyos retratos, en la encarnación de personajes shakespeareanos, se conserva en los grandes museos, entre los retratos de los poetas y los reyes. Inglaterra comprende que los soldados de Wellington ó los navíos de Nelson, ó las locomotoras de Stephenson, no le han conquistado tanto respeto en el mundo, como la obra literaria de Shakespeare. Por eso dice Carlyle que si la nación tuviese que optar entre la pérdida de su poeta ó la pérdida de sus dominios de la India, preferiría perder los opulentos dominios de la India. Parécenme que el decir del autor de *Los héroes* sería hoy ratificado por el pueblo, porque se le enseña á leer y á amar á Shakespeare desde la escuela primaria; y así se explica la enorme profusión y variedad de ediciones que se halla aquí de sus dramas y poesías. Se puede conseguir la obra completa, publi-

cada en un solo volumen y encuadernada en tela, por una suma de moneda inglesa que equivale á 60 centavos argentinos. Hay después una hermosa y nítida edición en tres tomos encuadernados, cada uno de 1000 páginas, en papel finísimo, con su glosario y retratos del autor, por un chelín cada uno. Hay además ediciones en 20 y 40 tomos, y los ejemplares de lujo de los sonetos ó cada uno de los dramas, en los cuales no escatima primores, cuando quiere, la tipografía inglesa. Publicaciones tan baratas pueden hacerse, porque al cabo de cierto tiempo, después de la muerte de un autor, su obra pasa al dominio de la comunidad, y porque la demanda pública es colosal, y el mercado de habla inglesa es muy extenso, y porque Inglaterra es un país que tiene el culto de sus poetas y de su poesía. Y esta devoción por Shakespeare no es, desde luego, fenómeno de superstición popular, sino admiración razonada que baja de las esferas superiores, como en esa casa de Stratford, hoy visitada por el tropel yanqui, conserva en los vidrios de una ventana ó en una viga del techo, los nombres que rayaron al visitarla en otro tiempo Thackeray, Braconing, Walter Scott y el propio Thomas Carlyle. En cuanto á The Memorial, el monumento erigido en Stratford, fué también el resultado de la iniciativa y contribución nacional. Consta de una librería que contiene cerca de 10.000 volúmenes relativos á la obra del poeta; de una galería donde alternan buenos y malos cuadros de gesticulantes Desdémonas ó agonizantes Cleopatras ó dolorosas Ofelias; y de la estatua de Shakespeare, junto á las aguas mismas del Avon, rodeado por las figuras alegóricas del

Prince Hill, de Lady Macbeth, Falstaff y Hamlet, que según el pensar del escultor Gower, representan á la Historia, la Tragedia, la Comedia y la Filosofía. Completan el edificio un teatro y una torre desde la cual se domina el panorama sin chimeneas de Stratford, y el curso blando del río y las verdes riberas todavía semiagrestes, donde acaso el formidable creador solía pasearse viendo concretarse ante sus ojos las inmensas visiones de sus tragedias.

Hay escritores cuya vida puede ser el más hermoso comentario de su obra. Cuando en las páginas robustas del libro de Navarro Ledesma vi animarse como nunca hasta entonces la figura poemática de Cervantes, hallé en los episodios de su existencia la clave de las novelas picarescas y la más humana explicación del Quijote. Con Shakespeare no me pasa lo mismo: de tal suerte se objetivó su pensamiento, que este insuperable creador puede permanecer invisible en la maravilla de su obra, como Dios en la suya. En vano fué que al descender en la estación de Stratford el cochero me condujese entre antiguas casuchas de madera, á lo largo de callejas tortuosas como en los tiempos en que John Shakespeare, el padre, llegó á ser aldermán y magister del lugar y alcanzó las más altas dignidades municipales. En vano fué que la voz del guía me dijese cuál era la casa de la hija de Judith y cuál la escuela donde aprendió sus primeras letras. En vano que el pulido discurso de Mrs. Rose, la cuidadora del «Birthplace», como llaman á la casa natal, abundara en detalles biográficos, con esa intrepidez afirmativa de los guías que sólo tiene su equivalente en la cré-

dula pasividad de los habituales turistas. No. La figura del poeta, á pesar de tan persistentes sugestiones, no ha conseguido concretársele en formas humanas y continúa siendo á mi mente tan sólo un nombre radioso y una sombra infinita. Casi me resulta superfluo el saber los nombres de su familia carnal cuando recuerdo los sonoros nombres de su familia espiritual; y superfluo el saber en qué escuela de su aldea aprendió sus primeras letras el que fué maestro en la escuela del Universo y de la vida. La crítica inglesa le ha proclamado «el genio más universal que haya nunca existido», «el creador de una nueva mitología», «el hombre que puso el mundo de la imaginación dentro del mundo de la realidad», «el que exploró como ningún otro hombre, las posibilidades del sufrimiento, hasta su tenebroso límite, sin peligro para su propia alma.» Se le considera como el poeta que ha dicho más cosas y cosas más turbadoras sobre el enigma humano, y acaso tal sea la causa de su gloria y en ello finque el interés con que la posteridad ha vivificado sus tragedias. Shakespeare no fué un hombre, sino un elemento que reveló en el verbo de los hombres los horribles aspectos de nuestro destino, viendo, como en el flujo y reflujo de una ola de mar, móvil y amarga, rodar la vida entre los apetitos de Caliban y los ensueños de Ariel.

Por eso Hamlet, monologando, dice:

...To die, to sleep;
To sleep, perchance to dream: there's the rub...

Morir, dormir;
Dormir, acaso soñar: Aquí es la dificultad...

LA DIPLOMACIA INGLESA EN AMERICA

Cambridge, noviembre de 1907.

Las sombras de la tarde comenzaban á envolver los altos edificios en aquel barrio de las escuelas, cuando por la calle de Pembroke me dirigía yo á Saint Peter's College, ó «Peterhouse», como popularmente llaman á este viejo colegio de Cambridge. Es profesor é interno de la casa, en la celda que fué del poeta Gray, un «fellow» joven, lleno de sabiduría y de vocación por su carrera: He nombrado á Mr. H. W. V. Temperley, de quien deseo hablaros en esta carta por haber encontrado en él uno de los contados hombres que en Europa se han preocupado de conocer los orígenes de nuestra América. Mr. Temperley ha escrito la Vida de Jorge Canning y estudiado últimamente la política del hábil diplomático inglés en la independencia de las colonias españolas. Siente por él ese noble apasionamiento de los biógrafos por sus héroes, de suerte que ama cuanto el héroe amara, y se interesa por todo aquello que pueda revelarle la verdadera clave de su acción. Debí creerle, pues, cuando me declaró que

le era muy grata la visita de un hombre venido de aquellas lejanas repúblicas, y de cuyos labios oía, por la primera vez, una evocación vista y vivida de sociedades extrañas, que él había intentado imaginar en esa misma celda, durante sus noches de estudio.

Cuando llegué á Peterhouse, el crepúsculo entrevelaba ya en sus penumbras la mole silenciosa del edificio secular. La casa fué fundada por Hugh de Balsham á fines del siglo XIII. Hay dos cuerpos de piedra á ambos lados, y en medio una especie de patio con pavimento de granito y verja á la calle. Traspuesta la verja, el portero—que tenía un aire entre académico y monacal, el aire de casi todos los porteros de estos colegios,—me dijo que Mr. Temperley estaba á esa hora en una reunión de «fellows» con el Master, pero que podía esperarlo. Como demorase en salir, pasáronle mi tarjeta; y por la puerta de una obscura sala conventual, hasta la cual me habían conducido, aparecieron los maestros vestidos con su «gown» negro y su «trencher» cuadrangular. De entre ellos, uno rubio y de anteojos, se adelantó hacia mí y me invitó á acompañarle hasta sus habitaciones. Apenas franqueamos el umbral, su actitud fué acogedora, con esa franca y varonil amabilidad de los ingleses cultos, que, si les habéis sido simpáticos, os muestran sus libros, os presentan su familia, os sientan á su mesa, contribuyendo con ello á haceros grato el viaje de estudio que realizáis por su isla poderosa. Montamos una escalera, y al entrar, me avisó quién había sido su predecesor ilustre en aquella sala, el poeta cuya memoria veneran todos en Peterhouse, culto que rinden los colegios de Inglaterra al nom-

bre de los alumnos y maestros que los glorificaron.

Yo traía del Board of Education una carta de introducción de Mr. Twentyman, director de la biblioteca; y había pensado abreviar mi visita en los términos de una encuesta sucinta, pero como se trataba de historia, y necesitase, al exponer mi propósito, recordar previamente el pasado de nuestra América española y caracterizar las sociedades peculiarísimas que allí se han formado, noté que el joven profesor daba al tema una atención más deferente que la exigida por la simple cortesía oficial. Varias veces, en el curso del diálogo, yo había intentado interrumpirlo y partir: pero Mr. Temperley protestaba, exclamando:—«Oh, no; very interesting; very interesting, indeed!»—frase que no era, desde luego, inspirada por la elocuencia de mi inglés anquiloso, sino por la sugestión virtual de los hombres y de los sucesos que zurdamente le evocaba. Era que en mi cuestionario yo había incluído esta pregunta capciosa:—«¿Enseñan ustedes historia de Sud América?»—capciosa, porque al hacerla, estaba prevista la casi unánime contestación negativa que fué su resultado, pero pregunta puesta para recordar á estos hombres de estudio que hay al otro lado del Atlántico un curioso fenómeno social que ha sido engendrado por la civilización europea, repúblicas cuyo destino les interesa profundamente, pueblos cuya historia forma parte de la historia de sus propias naciones, pues acontecimientos de Europa han repercutido en Sud América, como la invasión napoleónica en España, que favoreció nuestra independencia, y acontecimientos americanos han in-

fluído en Europa, como esa misma independencia de las colonias españolas que Inglaterra hizo pesar en las maquinaciones de la Santa Alianza y en la diplomacia de la restauración... Y he aquí que en Saint Peter's College, este fellow me ha ofrecido una excepción y una interesante sorpresa.

Cada uno de los colegios de Cambridge, al igual que los de Oxford, es independiente con relación á los otros, y aunque subordinados, desde el punto de vista de los exámenes, á la Universidad, conservan su autonomía en cuanto á los métodos y la orientación de sus respectivas enseñanzas. Así en Peterhouse consideran la historia desde diversos puntos de mira. Uno estudia lo griego y lo romano para vivificar la obra de los clásicos por el conocimiento de las sociedades en que estos pensaron. Otro sigue más bien el movimiento religioso, el esplendor y decadencia del papado, el movimiento de la reforma y de las ideas morales. Otro prefiere la evolución política, el equilibrio de las naciones, las guerras y los tratados. Es en el camino de esta última orientación, donde mister Temperley se ha encontrado con la figura del ministro Canning. Al fenómeno yanqui se le concede aquí, por razones muy obvias, una importancia efectiva, sobre todo al período de la independencia y á la hostilidad que el país, ya independizado, asumió al principio contra Inglaterra. Durante esos primeros lustros, Jorge Canning se ha aparecido á los ojos de su biógrafo como el estadista inglés que puso un dique eficaz á la soberbia invasora de los Estados Unidos. En aquel mo-

mento la figura de su héroe se magnifica á los ojos de Mr. Temperley, hasta superar á la de Monroe, con quien rivalizaba en ese instante, y se magnifica, no solamente á sus ojos de patriota, sino á sus ojos de historiador, pues lo que el ministro inglés se proponía, «era introducir América en Europa y Europa en América, oponiéndose á las exclusivas pretensiones de la Santa Alianza de intervenir en las colonias españolas, pero enfrenando al propio tiempo las exclusivas pretensiones de Adams, que quería colocar aquel continente como una cosa aparte, reservando la América para los americanos.»

Lo que va entre comillas lo dice Mr. Temperley en su monografía, que se llama *The later American policy of George Canning*, y que puso en mis manos en el momento de despedirme, diciéndome que á la mañana siguiente me esperaba á tomar con él el breakfast y que deseaba conocer entonces ó después, mi impresión de sudamericano sobre la figura del estadista inglés. Al día siguiente, de mañana, bien temprano, según las costumbres nacionales, nos sentábamos á almorzar nuestros dulces y frituras en aquella misma sala donde habíamos conversado la noche anterior. Era domingo, y sobre el barrio y la ciudad en reposo, reinaba un gran silencio tan sólo atravesado de rato en rato, por la voz temblorosa de las campanas que en las suntuosas capillas de los colegios llamaban á maestros y alumnos para los oficios tradicionales. Dentro, en el hueco de la estufa, llameaban los carbones del invierno contra los fríos prematuros de esa mañana de octubre, desde el muro nos contemplaban tres diversos retra-

tos de Canning, y en el resto de la pieza, todo era un interesante desorden de libros y papeles. Mi anfitrión, entre tanto, me hablaba de la doctrina Drago y de nuestra figuración en el congreso de La Haya, á propósito de noticias publicadas á la sazón por los periódicos de Londres. Me decía después, que hubiera deseado obsequiarme su «Vida de Canning»; pero que prefería no hacerlo, porque reconocía, con loable austeridad, que había cometido algunos errores, sobre todo en la nomenclatura geográfica, pues su primer trabajo americano y su información al respecto, eran aún deficientes. Yo le hablé entonces de la espaciosa ignorancia de los europeos sobre la geografía del planeta que ellos como nosotros ocupan, bien que haciendo las necesarias diferencias entre Inglaterra y Francia, pues nada puede compararse á la despreocupación del francés actual acerca de nuestros países, que siguen siendo para él vagas comarcas inubicables en el globo, como para el remoto antecesor, Atlántidas y Cipangos.

Como hubiéramos finalizado nuestro *breakfast* Mr. Temperley fué á traer de la pieza inmediata un libro inglés editado en 1808, que contiene el proceso marcial incoado en Londres al general Whitelocke, «commander in chief of the expedition against B. Aires». Y demostrándome tácitamente que esta casual incursión en temas americanos no le tomaba de sorpresa, me mostró igualmente un cuaderno de notas donde tenía copias de algunas cartas á Bolívar, aprovechando yo esta oportunidad para recordarle el tono de admiración con que el fuerte historiador Thomas Carlyle, recuer-

da la obra de San Martín y de Bolívar en el «ensayo» que dedicó al tirano de Francia. En seguida me mostró *The Cambridge Modern History*, obra notable que se publica bajo la dirección de un profesor de la universidad, formada por sucesivas monografías de diversos colaboradores, y cuyo tomo X, sobre la Restauración, dedica la mayor parte del volumen al problema sudamericano, habiendo reparado que en el copioso índice final de las fuentes, están incluídas la *Civilización y barbarie*, de Sarmiento, y los trabajos históricos del general Mitre. Pero nada me pareció tan curioso como un documento que mi deferente amigo me enseñó esa mañana: la copia de una carta dirigida á Canning en 1826 por Mr. Ponsomby, el enviado de Inglaterra en Buenos Aires, y en la cual el *gentleman* habituado á su vida regalada de Londres, abandona en la confidencia amistosa su pésima opinión sobre el país distante, donde se sentía confinado «en medio de una aldea de gentes semisalvajes»... Ya veis que este Diablo Cojuelo de la Historia tiene sus indiscreciones, y al revelarnos las íntimas displicencias de un huésped de antaño, nos aconseja con cuanta reserva debemos recibir la sonrisa cortés de los sucesores.

Y he aquí que volvimos á encontrarnos en presencia de la figura de Canning. Según Mr. Temperley, el estadista inglés amaba realmente á Sud América y quería que sus ministros la amaran también. Dice el profesor de Cambridge: «Canning is looking to America to redress the inequalities of Europe», lo cual parece tener su explicación en la frase que se le atribuye al ministro inglés, de que él llamaba el Nuevo Mundo á la

vida internacional para servir de balanza al viejo. La tesis del estudio de Mr. Temperley, sostenida en varios pasajes de su monografía, que fué publicada en una revista yanqui—*The American Historical Review*—es establecer un contraste entre la política norteamericana de Adams y la política inglesa de Canning, demostrando que la primera era parcial y egoísta y perjudicial para Sud América, y que la segunda era amplia, humana y útil para nuestras repúblicas, que entraban con ella en el concierto de las naciones, sin el tutelaje de Monroe. Es, sin duda, muy difícil creer en el sentimentalismo romántico de los cancilleres, sean éstos de hierro ó no; pero por documentos que el mismo señor Temperley publica, yo estaría más inclinado á pensar que fué tan utilitaria la política del uno como la del otro, bien que por circunstancias históricas del momento, ajenas á los amores de Canning, fué más conveniente al destino de nuestra América el triunfo de la política inglesa. Nos le presentan á Canning como el campeón desinteresado de las libertades sudamericanas; pero quién sabe si al proclamar esa política de equilibrios y compensaciones entre el viejo mundo y el nuevo, no buscaba simplemente evitar, con una astucia innegable, que los Estados Unidos se hiciesen omnipotentes en esa parte de la tierra si quedaban solos á la cabeza de tantas nuevas repúblicas, y no buscaba al mismo tiempo, con el reconocimiento de esas repúblicas nuevas, pesar en la política continental de Europa, con beneficio de la hegemonía británica.

Las instrucciones que Canning enviaba á su representante en Buenos Aires, á propósito de nues-

tras disidencias con el Brasil; la habilidad con que lo movió á Bolívar y su actitud en la cuestión de Cuba y su concurrencia al malogrado congreso de Panamá, donde su política sembró la inquietud y la desconfianza, todo nos revela que sólo buscaba substraernos á la influencia de los Estados Unidos y conquistar para Inglaterra las simpatías de la América meridional. Y, pues, mister Temperley deseaba conocer mi impresión, tuve que decirle esto mismo. Canning había designado á Mr. Dawkins para representar á la Gran Bretaña en el congreso de Panamá, comisionándolo «para declarar á los estados americanos colectivamente, los sentimientos amistosos de Inglaterra y su más vivo interés por su tranquilidad y progreso». Tal era la fórmula oficial. Sin embargo, cuando el congreso fracasó dejando la desconfianza entre ambas Américas, Dawkins le escribía: «La influencia general de los Estados Unidos no debe ser ya temida. Ella, ciertamente, existe en Colombia, pero ha sido aun allí muy debilitada por sus protestas contra el ataque de Cuba y las indiscreciones que ellos han cometido en Madrid.» Y como para ratificarnos en que tal era el verdadero propósito, el mismo Canning escribiera á Grandville en 1824 estas palabras: «The deed is done, the nail is driven Spanish America is free; and if we do not mismanage our affairs sadly she is English.» Lo cual quiere decir, concretamente: «la obra está concluida: la América española es libre y está de parte de Inglaterra.» En cuanto á la persona misma del estadista, le avisé á su biógrafo y él recibió con emoción la noticia, que su héroe goza de simpa-

tías en nuestro país y que una calle de Buenos Aires lleva su nombre, bien que hayamos hecho su consagración sin «pesquisar» seriamente la verdad, en el terreno de la crítica histórica, como acostumbramos hacer allí nuestras consagraciones civiles.

La personalidad del estadista inglés y su gestión diplomática en América, estudiadas por este erudito fellow de Cambridge, son de una capital importancia para la historia política de la República Argentina y el resto de nuestro continente. Profesores de tanta sabiduría como mis amigos Fregeiro y David Peña, que tienen á su cargo esta enseñanza en nuestra Facultad de filosofía y letras, debieran promover entre sus discípulos un movimiento de curiosidad acerca de este asunto. La enseñanza universitaria de la historia en Inglaterra, tiene por mira el despertar en los alumnos el espíritu de investigación y de crítica, sin otra tendencia que la investigación de la verdad, en cuanto á la historia patria se refiere. Es, como se ve, un concepto muy diverso del de aquel profesor de nuestra Facultad de derecho, que creía llenar cumplidamente sus deberes, contándonos de la manera más infantil y primaria, la fábula de los Argonautas ó los ensueños de los reyes asirios. Sé que *The English Literary Society*, prepara para el centenario de nuestra independencia, una memoria de la obra realizada por los ingleses en el Plata, y he aquí una cuestión que ellos debieran estudiar también, pues tal ha sido el punto de partida de nuestras ulteriores relaciones políticas con la Gran Bretaña. Data de aquellos tiem-

pos, además, nuestra simpatía orientada hacia Europa y que una parte de la prensa argentina pretendió desviar hacia los Estados Unidos cuando la visita de Mr. Root. Mr. Temperley, dice que Jorge Canning quería vivificar al viejo mundo con el espíritu vigoroso del nuevo, y atemperar al nuevo con la prudencia del viejo, haciendo de Inglaterra el fiel de esa balanza internacional. Semejante ensueño sería demasiado romántico para ser un pensamiento de gobierno; pero lo que parece cierto es que Canning tenía, del destino de la civilización europea en nuestra América, una idea más noble y más exacta de la que suelen generalmente ofrecernos los nuevos estadistas y pensadores de Europa. Esto solo bastaría para conquistarle nuestra simpatía; mas lo que necesitamos para decidirla del todo en su favor, es saber si realmente amaba á la América española, ó si sólo nos tomó, frente á la América yanqui, como un instrumento de combate, moviendo contra el joven y brioso adversario, nuestras inquietas repúblicas, apenas nacientes, unidas por su maniobra como en un haz de rayos jupiterinos ó de lanzas indígenas.

EL IDEALISMO BRITANICO

York, noviembre de 1907.

Para un hombre de ojos solares y de sangre latina, la primera semana de Londres es una temporada de tribulaciones y de esplín. Hasta las dificultades del idioma contribuyen á aislaros y colocaros en estado de guerra contra el ambiente. ¿Pues cómo vais á adivinar que cuando dicen «ova» han pronunciado la palabra que se escribe «over» (sobre), y cuando dicen «neicha» han pronunciado la palabra que se escribe «nature» (naturaleza)? Y así en las otras, hasta que llegáis á dudar de vuestra propia inteligencia y á lamentar los días perdidos en estudios inútiles. Pero cuando el oído ha conseguido retener los matices prosódicos, y uno se ha convencido de que le será imposible comprender la lengua apocopada y elíptica del conductor de tranvías, y ve en cambio que empieza á comprender el habla que hacen para vosotros más clara el «gentleman» ó el funcionario, entonces es como si hubiera dado un vuelco la rueda de la fortuna, como si el sol hubiera roto las aciagas nieblas de Londres, como si se hubie-

ran puesto á cantar en el propio regocijo tôdos los pájaros de la primavera, como si hubierais comenzado á salir del báratro pavoroso, donde monstruos innobles os tenían cautivo. Y luego vienen los descubrimientos fonéticos, al oir que este idioma, tal como aquí lo hablan las gentes cultas, no tiene las asperezas guturales del alemán ni las resonancias nasales del francés. Que las consonantes más duras, tales como la *t* y la *r* se ablandan hasta casi perderse en ciertos lugares de la sílaba; que hay vocales mudas, las cuales contribuyen á instrumentar las armonías de la frase, y que existe una marcada diferencia entre el aspecto escabroso del inglés escrito y su prosodia casi toda labial y dental, como en el idioma nuestro. Por eso en el estudio del inglés debe hacerse comprender que la dificultad para discípulos de habla española es de resorte puramente psicológico, es de cir, que no consiste en la articulación misma de los sonidos, sino en el paso de la imagen gráfica ó visual á la imagen auditiva ó vocal, asaz diversas entre sí. Mas si alguien pónese á escuchar, sin preocuparse de comprender ó aprender, poesías como el *Ulallume* ó *The bells* de Edgar Poe, descubrirá, en ciertos versos, las más delicadas y fáciles melodías, sobre todo si quien se las dice es una de estas mujeres inglesas, que si alguna vez cautivan á los extranjeros, no es con sus bustos magros, sino con su voz proverbialmente pura y musical, con su voz que tiene trinos de pájaro.

Cuando después de dos meses londonianos, llegué á tales conclusiones, creí fortalecido por semejante optimismo, que podía ya arriesgarme en la proeza de una incursión por esta isla misteriosa

«L'île inconnue», como la ha llamado un reciente libro francés. Los argentinos que vienen á Europa, prefieren casi siempre las sensualidades de Monte Carlo ó de París, y cuando pasan la Mancha, es sólo para conceder á Londres, en su itinerario de turistas, la ineludible semana de compromiso, que ellos juzgan suficiente para el vanidoso relato del regreso y para su irrazonada admiración por este país complejo cuya verdadera fuerza espiritual ha sido hasta ahora incomprendida ó deformada por nosotros. Piensan los ingleses que los forasteros, cuando han venido á estudiarlos, han, por su parte, interpretado erróneamente el fenómeno anglosajón, y acaso no excluyen de esto á Taine, ni á Bourget, ni á Paul Adam. Quiero precisamente recordar á quienes pudieran ver contradicciones entre ésta y mi correspondencia sobre Londres—cuyas opiniones siguen siendo las mismas,—que éstas se referían á una cuestión de estética edilicia, mientras el problema que abordaré aquí es un problema de moral política, bien diverso del otro. No estoy seguro de haber descubierto la verdad, pero cuanto vais á leer más adelante, no fué sugerido por los libros sino por los hechos, y si mi interpretación tiene alguna importancia, es la de ir diametralmente en contra del cúmulo de prejuicios que pedagogos y gobernantes han difundido en el Río de la Plata acerca de Inglaterra. Yo traía de allá todas mis antipatías armadas contra ella, porque se nos había hecho creer que ella era el campeón glorioso y victorioso de la civilización materialista, imperante hoy, por desgracia, en aquellos países jóvenes, y traía en el corazón esas larvas de odio, porque mi ideal de la vida ci-

vil es adversario de todo lo que pueda llevar una sociedad al triunfo deletéreo de las concupiscencias y los egoísmos. Y yo escribo estas páginas sinceras, simples y saludables—para cantar una palinodia que lejos de debilitarme ha de fortalecerme en mi fe, pues he visto en Inglaterra, no el epicureísmo de América, sino el triunfo de un idealismo ferviente y sereno, alimentado por la idea de la solidaridad social y su confianza en la perennidad de los esfuerzos humanos á través de los siglos.

Antes de ahora os he contado mis impresiones de Stratford-on-Avon, inmenso monumento de amor consagrado á la memoria de un poeta. Os he referido después mi entusiasmo por Oxford, ciudad de ensueño y de paz, vasta obra de ideal amasada con seculares sacrificios de fortunas y vidas. Os he narrado igualmente, á propósito de un fellow de Cambridge, mi admiración por estos hombres dedicados tan sólo á la pesquisa y divulgación de la verdad. Vengo ahora de visitar Liverpool, y Manchester y Glasgow y Edimburgo, y me detengo, para deciros mi pensamiento, en esta ciudad de York, orgullosa de su viejo abolengo y de sus ruinas romanas. El camino amaestra, dice Navarro Ledesma al referir las andanzas de Cervantes,—el camino enseña y agudece. Y así á lo largo del camino, he comenzado por corregir los pequeños errores pintorescos. En el Río de la Plata, «el inglés» por antonomasia, es el hombre que concurre con puntualidad á las citas, el que es parco en el hablar, el que en la calle de los bancos os quita la acera, el que es desdeñoso del quijotismo.

En el vocabulario popular es también ese hombre siniestro que llama á vuestra puerta los sábados. Un inglés es el hombre que no usa barba, que es ahilado de cuerpo y fuerte de voluntad; que puede ser conductor de una locomotora ó electricista de una usina, pero que no sería jamás barrendero en las calles de Buenos Aires: el barrendero municipal debe, necesariamente, ser un napolitano. Mas he aquí que he visto en Londres ingleses andrajosos y humildes que van recogiendo á lo largo de la calzada las inmundicias del tráfico; y he visto en el Yorkshire campesinos de robustas mejillas y barba crespa completamente distintos del escuálido sajón de sombrilla y casco que os hace reir en comedias y caricaturas; y he hallado en los profesores de colegios y universidades los hombres más cultos y acogedores de la tierra; y en las asambleas nocturnas de Hyde Park donde cada domingo hablan doscientos oradores á los cuales nunca falta auditorio, he descubierto un pueblo con las características que habitualmente solemos asignar á los españoles: un pueblo inglés enfático y fanático, divagador y locuaz.

Sospecho que os ha de parecer falso mi testimonio y mi juicio paradojal. No en balde cada uno de estos hallazgos fué también para mí una sorpresa. Pero básteos saber que, en Londres, á Hyde Park le llaman «la válvula», porque es el sitio por donde se escapa en vapor de inofensivas arengas todo el hervor popular acumulado durante la semana y que, sin ese resorte, explotaría quizá en actos, turbando la paz pública. Y el carácter nacional es tan fundamentalmente oratorio, que si á cada

ciudadano le dejáis decir sus reflexiones y sus invectivas hebdomadarias, queda pacificado para la semana siguiente. La vida parlamentaria que los españoles hacen en su pequeño corrillo del café, trasládanla los ingleses al parque público, magnificada en proporción al nuevo escenario, y allí, como en ágora ó foro, dicen con gravedad sus meditaciones sobre la existencia de Dios, sus interpretaciones de ciertos pasajes bíblicos ó sus juicios sobre los sucesos políticos del día. Cada londinense, contiene en germen una mentalidad de pastor y una voluntad de primer ministro. Sábados y domingos por la noche el parque enorme está rumoroso de muchedumbre. De entre ella, el que tiene alguna cosa que decir, sale y la pronuncia en alta voz: diez transeuntes se detienen á escucharle, y estos se multiplican después en la medida del interés que despierta su palabra. A veces un orador elocuente consigue agrupar una multitud numerosa, y cuando aquél concluye brotan los oradores subsidiarios, que son legión, á aprovechar ese auditorio. Suele haber entre los que hablan exponedores serios, pero también diletantes, paranoicos, y fronterizos. Todos los credos tienen allí sus paladines é impugnadores; y espiritualistas ó materialistas, católicos ó darwinianos, yonistas ó atomistas, sensualistas ó espiritistas, socialistas ó anarquistas, imperialistas ó pacifistas, todos encuentran allí solar de ensueño para emplazar la fábrica de dialéctica con que la inteligencia de los hombres sostiene en el vacío sus eternos palacios imaginarios.

Imaginad ahora, pues, todo el énfasis que al abordar tan altos temas pondrán en sus discursos

estos hombres que han llevado la retórica hasta los dominios de la «réclame», y que tienen una afición tan marcada por los adjetivos más pomposos, que cuando ofrecen en locación un pequeño piso de tres ó cuatro piezas, la costumbre londinense ha consagrado este aviso, ya clásico: « Se alquila «this enormous floor»—ó bien, aunque el piso sea modesto: «this magnificent floor». Corrobora mis ideas el recordar aquí que en el ruidoso libro que el viejo Tolstoy ha escrito para matar á Shakespeare, y demostrar «no solamente que no es un escritor de genio, sino que ni siquiera se le puede considerar como un escritor de los más mediocres» (sic, parágrafo I), el argumento de más fuerza que aduce, entre muchos falsos, débiles ó capciosos, es el que formula en el parágrafo IV: ...Yo estoy convencido hasta la evidencia de que Shakespeare carece del principal, si no el único medio de pintar los caracteres: el lenguaje. Todos los personajes de Shakespeare hablan una lengua que no es la suya, sino la de Shakespeare, siempre pomposa, inflada y artificial.» Ya antes que el iconoclasta ruso, había señalado este énfasis del idioma shakespeareano y el abuso de la retórica—tanto más vituperable en el drama, que se hace con el habla de nuestros diálogos vulgares,—el crítico Raleigh en su libro, sólo que siendo éste inglés no le atribuyera tanta gravedad. Pero es importante comprobar que tal es la característica externa en la obra del poeta á quien se reconoce como el escritor más representativo de Inglaterra y cuya gloria, si acaso reposa en el resto del mundo sobre una sugestión colectiva, como Tolstoy pretende, finca dentro de su país en una

íntima comunión de su espíritu con el espíritu de su pueblo.

Tales hechos é ideas producirán sin duda en una parte de mis lectores el mismo asombro que produjo al profesor Smith de Oxford, cuando le dije que en la República Argentina consideraban á Inglaterra como un país práctico y cuidadoso sobre todo de su bienestar material. El noble y sabio humanista, de quien os he hablado en otra carta, volvió á mi su rostro con vehemencia para protestar, como quien se defiende de una injuria.—Y desgraciadamente para nosotros — le dije, — en nuestro país se cree que el apogeo de la Gran Bretaña proviene de ese espíritu materialista de su civilización.—«¡Oh, no!—volvió á exclamar el viejo, — eso es no conocernos: nosotros somos un pueblo idealista, lleno de preocupaciones y de disciplinas morales»... Volvíamos esa tarde de casa del reverendo Evans, que había dado una fiesta para exhibir su colección de monedas y joyas antiguas y utensilios prehistóricos, considerada en su género como la más hermosa de las colecciones particulares de Inglaterra .Volvíamos á pie, cinco kilómetros fuera de Oxford, pues la casa está sobre uno de los alcores que circundan el pueblo. Habíamos pasado un pequeño arroyo, sobre una barca que el barquero, sin remos, movía apoyándose en la arandela que cruza de banda á banda el vado, según costumbre antiquísima. Nos habíamos detenido en mitad del camino, porque Mr. Bridges, poeta, que venía también de la fiesta acompañado del reverendo Senday, gran exégeta de la Biblia, según me avisó Mr. Smith, quería mostrarnos la casa que había construido, con

vista al panorama de Oxford ; y Mr. Bridges, hombre alto y huesudo de larga barba blanca, nos había mostrado el salón de su biblioteca, lleno de libros, con los retratos de los antepasados en los muros, con la estufa, y el piano de sus hijas, ya listos para las veladas del «home», que empezarían este invierno... Y ahora cruzábamos, al dialogar sobre el idealismo británico, un antiguo bosque de fresnos, oyendo en el atardecer de las colinas, el gritar de una banda de faisanes salvajes que se retiraban á sus nidos.

Después de aquel día, y al paso que nuevos hechos se han presentado á mis ojos, he justificado el sintomático asombro que produjo en el humanista inglés el oir que en mi país consideraban á su patria como arquetipo de pueblos utilitarios. He visto entonces clara esta diferencia importante: que un pueblo puede tener en su seno ciertas individualidades potentes, capaces de concretar en obras de arte la belleza del universo, y ser, sin embargo, un pueblo sin disciplinas idealistas y sin aptitudes para una fecunda convivencia política: tal por ejemplo el caso de España, con su actual decadencia y con Velázquez y Cervantes que salvan por sí solos una nación. He visto, por lo contrario, que otro pueblo puede carecer de esas aptitudes de raza necesarias para producir tipos geniales en ciertas manifestaciones del arte, y ser, no obstante, capaz del culto de la belleza, como manifestación de una amplia y compleja educación idealista difundida en su seno: tal, por ejemplo, el caso de Inglaterra, que no ha creado sino una música y una pintura mediocres, pero

que mantiene salas como templos para los grandes músicos del mundo, y que ha pagado, según os referí, 45.000 libras por la Venus de Velázquez, hecho que tiene el vasto significado de un símbolo. En la vida y en la persona de un artista hay siempre su capacidad nativa para crear la belleza y su vocación activa de aplicarse á crearla. Lo primero le viene de su sensibilidad, de sus antepasados, de Dios, no sabemos de dónde, es innata y á veces inconsciente, es una divina fatalidad; mientras lo segundo es ya la obra de su educación, el milagro de su voluntad, la potencia deliberada y fecunda de su idealismo: y de ambos, es esto último lo que nos hace amar un hombre: lo otro es simplemente lo que nos hace admirarle. Yo conozco poetas sin talento á quienes mandaría canonizar por el solo fervor de sus idealismos.

Y he aquí que Inglaterra tiene esto último entre sus fuerzas colectivas. Si aquí apareciese un Velázquez, un Goya, un Miguel Angel, un Leonardo, un Wagner, un Beethoven, la nación lo deificaría. En eso consiste su superioridad moral, en tanto que su inferioridad consiste en su incapacidad de producir hombres de tal estirpe. La estatuaria inglesa es de una pobreza de imaginación que entristece. Pero nada puede compararse al deplorable efecto que produce la pintura nacional. Reynolds es su figura prócer entre los antiguos, ¿pero qué son sus retratos al lado de los grandes maestros extranjeros? Y en cuanto á la obra de los prerrafaelistas, cuyos nombres tanto suenan—Burne-Jones ó Dante Gabriel Rosetti,—me ha parecido, por lo que se puede ver en Tate Gallery y en los museos de Liverpool y Edimburgo, una cosa

académica y artificiosa. Pero el pueblo ama y fomenta el arte, y venera sus poetas,—y como la Belleza es una sola con la Verdad y el Bien—según la noble idea clásica,—es en el culto de estas dos últimas, sobre todo, donde ese idealismo se manifiesta. Aquí, casi toda la obra de la caridad y de la enseñanza ha sido creada por el esfuerzo individual, y no por la burocrática y fría acción del Estado. Aquí, á la puerta de los hospitales hay singulares avisos en que se hace saber al público la cantidad de libras que se necesita para la construcción de una sala ó la dotación de nuevos servicios. Aquí, cuando un hombre llega á acumular una gran fortuna en obras de arte ó de dinero la devuelve después de su muerte á la sociedad, porque sabe que la debe al concurso anónimo que para ello nos presta la vida colectiva. Aquí, por una ley de propiedad literaria, al cabo de cierto término póstumo, las obras de los escritores que murieron pasan al dominio social, lo cual abarata enormemente las ediciones y pone al alcance del pueblo el pensamiento de sus filósofos y las fantasías de sus poetas. Aquí, prosperan los estudios bíblicos en tal medida que toda la calle Paternoster en la City está formada de librerías editoras de exégesis y propaganda evangélica, realizada con un desinterés digno de la Edad Media. Aquí, en fin, se han desarrollado los estudios folklóricos que son la reconstrucción idealista del pasado, y ha tenido su origen el moderno movimiento teosófico, al transportar de las colonias del Asia, junto con los diamantes de sus minas, la extraordinaria obra de metafísica creada por los antiguos pueblos hindúes... ¿Y Oxford? ¿Y Cambridge? ¿Y Stratford?

Ahora comprendo cómo pudo encenderse una guerra civil en Inglaterra porque se exigía una tasa que no había sido autorizada por el Parlamento. Pueblo idealista es aquél que salva los principios morales, aun á costa de los beneficios materiales, y aquel que antepone los intereses de la sociedad, que es la cosa ideal y permanente, á los intereses del individuo, la cosa material y transitoria. Una moral semejante nos lleva naturalmente á la práctica del bien; al culto del arte y á las altas especulaciones de una verdad platónica, que no excluye á su vera, bien que en un plano inferior, sin duda, las investigaciones necesarias de esa otra ciencia moderna aplicada á las comodidades y al confort de la vida. He ahí el núcleo de la cuestión moral que planteo, y creo que se me ha de perdonar esta cátedra de moralismo, en gracia á haber andado estos días entre profesores y pastores. Por otra parte, creo que cuando se escribe para los periódicos, uno se debe á los intereses permanentes de la sociedad que los mantiene. Creo, además, que cuando un poeta tiene la desgracia de trabajar para sacar de su pluma el pan con que nutre la sangre de su pensamiento, y cuando tiene á la vez la suerte de hablar desde la tribuna libre y prestigiosa de un diario como éste, la manera más bella de conservar la unidad de su vocación y de su vida, es poner su palabra al servicio del bien y de la esperanza. No es el quijotismo lo que ha rendido á la España, sino la falta de una sana educación idealista. Con ella se hubiera mantenido más fuerte después de la pérdida de las colonias, que debía naturalmente perderlas, puesto que eran un poderío material. In-

glaterra, en cambio, podrá, gracias á ello, seguir siendo un país feliz en su isla, cuando haya perdido sus dominios coloniales, y los perderá muy pronto, pues sólo estriban en una cosa material; la expansión del actual sistema capitalista. El triunfo del socialismo deshará el Imperio británico, y este peligro ha sido visto y señalado aquí también por toda la prensa conservadora. Luego, pues, el idealismo es lo más práctico, desde que es el supremo creador de la obra permanente y de la verdadera fuerza de un pueblo. Si el nuestro quiere fortalecerse con fuerza que no esté á merced de las azarosas cosechas, tendrá que dar una contramarcha hacia estas nuevas disciplinas, pues la ética utilitaria que hoy impera en el país, sólo podrá llevarnos á un relajamiento prematuro, que nos habrá hecho conocer las tristezas de la decadencia, sin haber gustado los esplendores de la hegemonía.

IV

Ruta de Italia.

PRIMER REPOSORIO

Basilea, noviembre de 1907.

La crónica de esta semana atribuye á Pío X una frase que sus cortesanos han repetido para loar la agudeza del Pontífice. Debía realizarse en el Vaticano yo no sé qué reunión ó especie de concilio para el cual desde hace más de doscientos años, era menester convocar á los primados con una anticipación de treinta días. Parece que el Papa, al llamarlos esta vez, ha olvidado el último requisito, consagrado por la tradición; y como uno de los cardenales se lo observara, él le ha respondido:—«Es verdad; pero es que hace más de doscientos años se necesitaba un mes para llegar á Roma, en tanto que ahora pueden venir en un día...» El Sumo Pontífice tiene razón; y el tren que nos conduce por el Simplón ó San Gotardo, perfora, en su cimiento, la montaña que las legiones de Aníbal ó los tercios de Francisco I debieron tramontar con arduo esfuerzo, hincando el pie en la nieve y arañando en la roca de las cumbres. Pero aunque voy en ferrocarril, yo no llegaré á Roma sino dentro de un

mes, como hace más de doscientos años; pues la distancia que media entre París y la Ciudad Eterna, entre el centro de la civilización contemporánea y el centro de la civilización antigua, es el camino más glorioso de Europa, y en esa ruta de Italia,—blasonada por la historia, ilustrada por la literatura, embellecida por la Naturaleza y por el arte,—irá paso á paso deteniéndose mi curiosidad, hasta que vuelva á fluir hacia adelante como por las esclusas de sus diques el agua de un río.

Esto de ir á Italia entre las postrimerías del otoño que ha deshojado ya los árboles en la pradera cisalpina, oxidando con su amarillez de cobre y oro los paisajes, y los comienzos del invierno que atempera su rigor bajo la dulzura de los cielos meridionales, es una perspectiva siempre halagüeña para el burgués americano que viene con su lograda fortuna á pasar unos días de reposo, ó para el inglés viajero que llega prófugo de sus nieblas del Norte, buscando la llanura solar de la Lombardía ó las tibias riberas de Nápoles. Fuéralo también para mí, si yo anduviese con toda la libertad de mi albedrío, en ociosos vagares. Empero, no serán sino días de tortura para el corresponsal, obligado por necesidad y por deber, á contar sus impresiones de una ruta en la cual le han precedido los más grandes poetas y los más hábiles narradores durante los últimos cien años. Y está el fecundo campo tan espigado por las cosechas literarias, que ya ni siquiera es fácil encontrar un epígrafe nuevo para el relato, pues fuera de los títulos metafóricos ó de los nombres de obras especiales que consigna la bibliografía inglesa, hay un *Viaje á Italia*, de Castelar; un

Viaje á Italia, de Taine; un *Viaje á Italia*, de Gautier; y hay una *Italia de hoy* por René Bazin, y una *Italia de ayer* por los Goncourt; de tal suerte que el postrero de todos, nuestro querido amigo Ingegnieros, tuvo que optar para su libro por la palabra única, por la palabra primera, el significativo nombre de *Italia*. Y luego las Italias de los amores y las novelas, la de Musset, la de Graciella, la de la Corina, la de Stelio Effrena, tantas, tantas!

Pórtico maravilloso de este país de belleza son los Alpes, y como sería imperdonable pasar esa orografía de ensueño, ciego de sueño ó ciego entre las sombras de la noche, me he detenido en Bâle, que ha de ser en la ruta mi primer reposorio, porque el tren que saliera por la mañana de París llega al anochecer á la frontera. A eso de las cinco de la tarde comienza á obscurecer. El país se accidenta en la dirección de nuestra marcha, y es de ver cómo se recortan colinas que parecen de un azul profundo sobre los cielos anaranjados del poniente, y de qué modo allá en su cumbre, la ramazón sin fronda de algunos árboles se afina hasta volverse capilar como el esqueleto de una hoja disecada, calcándose á contraluz sobre los ocasos otoñales... Media hora más tarde, noto en una estación de ferrocarril algo extraño, que la diferencia de las que acabamos de pasar. El jefe y los empleados llevan gorras coloradas y uniformes casi marciales que sientan bien á sus personas rubias, altas y solemnes. La decoración ha cambiado por completo; y aparecen de pronto en el andén dos soldados de casco y largos

capotes grises. Veo allá en el fondo un cuartel, unas fortificaciones y otros soldados que vienen por el camino, igualmente vestidos á la manera prusiana — ¡Cómo! ¿Estamos en Alemania? — Estamos en Francia y en Alemania á la vez, y esto es Alsacia, la provincia cautiva. La señora que viene con su hija en mi compartimiento, y que baja en el siguiente pueblo donde vive, me dice que no, que no son alemanes, que acaso se han resignado, pero que siguen teniendo el alma francesa bajo la bota de los coraceros del Kaiser. Y de antuvión se me despiertan las reminiscencias de la horrible guerra, y estas se concretan del todo al llegar á Mülhausen, donde fué una batalla... Después entramos en la tierra suiza, y cerrada ya del todo la noche, mi tren se detiene en Bâle.

Bâle es Basilea, como quiere la Academia que se diga para evitar el galicismo, y es también Basle como dicen los ingleses, ó Basel como leo en antiguos pórticos y blasones. En el salón de lectura del hotel donde me alojo, encuentro una pequeña guía de la ciudad, publicada, en inglés naturalmente, y en alemán que es la lengua del país, por una «sociedad para el bienestar de los extranjeros.» El texto alternado de fotografías, comienza con estas palabras: «Todos los caminos llevan á Roma, fué necesario decir en la antigüedad. Cuán diferente es el lenguaje en boga en nuestros días, con los inmensos progresos de la civilización.» (!) El redactor vuelve á traerme á la memoria el párrafo del pontífice que es su paráfrasis. Dice que «para el viajero moderno la vía más corta es la mejor,» y que la ruta de

Basilea es la más conveniente para los viajeros que vienen del centro y Norte de Europa hacia los Alpes,—todo esto, como es lógico, sin excluir la libertad de los ginebrinos para un idéntico reclamo. Entretanto hojeo la guía, viene á conversar conmigo el hotelero, mi primer amigo en Basilea. Me habla entonces de las bellezas de la ciudad, de las verdes colinas que la rodean, del Rhin que la atraviesa. Me enseña que es una ciudad muy antigua, que allí está el centro industrial de la Suiza germana y el centro de un vasto movimiento musical. Me dice que tiene Universidad, viejos monumentos y ricos museos y salones magníficos para sinfonías de Wagner, de Beethoven, de Schumann. Le pregunto si hay algún concierto esa noche ó á la noche siguiente. Lo inquiere en un periódico local. Desgraciadamente ninguno. Pero me avisa que al día siguiente hay fiestas en la Universidad y que, si me quedo, podré ver un cortejo y un «dies-commers» de estudiantes. Y resuelvo quedarme un día en Basilea, antes de reemprender mi ruta de Italia.

Seguramente ignoráis, como yo lo ignoraba, qué cosa es un «dies-commers». Pues no es sino una fiesta y convite de los estudiantes universitarios, que siguen aquí en Basilea las tradiciones de las viejas universidades alemanas, siendo ellos germanos en realidad, y suizos sólo en virtud de una ficción diplomática. Ellos se han asociado durante el día de hoy, con esas fiestas, á ceremonias más solemnes de la Universidad. Tratábase de distribuir los premios anuales en la casa, y el acto se ha realizado esta mañana. Para que os forméis

una idea, os diré que era una especie de certamen de tesis ó trabajos de investigación entre las diferentes Facultades, y que uno de los temas versaba sobre «la forma del presente de indicativo del verbo «ser» en las lenguas galo-románicas»... Pero tranquilizaos: no voy á hablaros de lingüística, sino de la alegría de los estudiantes que á las cuatro de la tarde debían reunirse en la plaza de la Catedral y á la noche en el gran salón de una cervecería. Y hasta tanto llegaba esa hora, yo he pasado el tiempo en conocer la ciudad, que tiene algunos barrios arcaicos, calles tortuosas y puertas monumentales con blasones góticos esculpidos en los arcos; y en visitar los museos, que conservan moblajes de los siglos XIV y XV; telas murales historiadas de venados y jabalíes de seda entre bosques decorativos; sillerías eclesiásticas, talladas primorosamente de figuras monstruosas y escenas evangélicas; Cristos medioevales de anchas caras tudescas montados en burritos de madera, para las procesiones pascuales; danzas de la muerte de Holbein, con la figura esquelética que obsesionó las mentes torturadas de la Edad Media; y por fin, en las naves góticas de la catedral, tumbas de príncipes y de obispos cruzados, estatuas yacentes sobre los sarcófagos que esculpieron en piedra ruda, manos devotas y primitivas...

A mediodía entro en un restaurante á restaurarme, y veo en torno de una mesa seis jóvenes vestidos de llamativos uniformes. Gastan pantalones blancos de franela y botas de charol, y guantes de puño acartonado y chaquetillas negras abotonadas hasta el cuello, que es de corte marcial. Llevan terciado el busto por sendas bandas de dis-

tintos colores, y son los talabartes donde van suspendidas las espadas. Almuerzan con fruición, beben con sed, y charlan y gritan. Uno de ellos de rato en rato, pasa fraternalmente el brazo por la cintura de la camarera que los sirve. Como es la misma que atiende mi mesa, le pregunto por ellos, y me dice: «Son los estudiantes.» Y algunos minutos después, debo á su mediación influyente, el haber trabado amistad con tales personajes. Como yo no hablo alemán, llaman del vecino salón á un compañero que ha venido de Lucerna y que habla francés. Y él me explica: los estudiantes forman diversas sociedades independientes de la Universidad, y generalmente constituidas por condiscípulos de las mismas Facultades. Cada asociación tiene un uniforme y una bandera distinta, y hay entre ellas rivalidades, pero todas declinan su orgullo ante la Universidad «alma mater basilensis», que aman y que respetan. Para asociarse á la ceremonia oficial del día han organizado, como otros años, la fiesta de hoy. El cortejo—cada sociedad con sus estandartes y músicas—recorrerá esta tarde la ciudad, é irán á saludar en sus propias casas al rector y á los profesores que gozan de más ascendiente y simpatía. Pero el coronamiento de la fiesta será el «dies-commers»de la noche. Y como le digo cuán diferentes y anárquicas son nuestras costumbres universitarias, y á qué extremo me sería grato el conocer una fiesta de estudiantes, él me invoca tradiciones y costumbres que son un inconveniente á mi deseo; pero después de hablar con sus camaradas, deciden, gentilmente, concederme, por la excepción de mi caso, una carta de socio que

me dará derecho á un sitio en la mesa; y cuando he agradecido estas atenciones, leo la tarjeta que dice:

Eintritts-karte
fürdem am freitag, abends 8 ½ Uhr
im grossen saale der Burgvogtei
stattfindenden
Dies-commers
der Basler Studentesschaft.

Cerrada la noche, me encamino hacia la sala del Burgovogtei, que está al otro lado del Rhin. Imaginadle como uno de nuestros salones de actos públicos—el Príncipe Jorge ó el Operai—y localizaréis mejor el cuadro. En los balcones murales rumorea una muchedumbre de bustos femeninos y de cabezas rubias. En medio vense largas mesas, encabezada cada una por el presidente de las respectivas sociedades. En torno penden las banderas y los estandartes, bordado en seda el lirio ó águila del blasón, junto á los lemas generosos: «Patria y arte» ó «Patria y amistad». En el fondo se abre un proscenio donde un estudiante recita versos, otro pronuncia un discurso y varios —algunos disfrazados de mujeres—representan una pantomima sobre la aerostación, que hace reir á la concurrencia. El que menos tiene veinte años, y están entre los muchachos, especialmente invitados, el rector y algunos profesores cuyos brindis son muy aplaudidos. Pero lo curioso es que toda esa gente no se ha reunido allí á comer, sino á beber, á beber enormes y sucesivos vasos de cerveza, de tal modo, que cuando después de media noche la concurrencia se retire, quedarán ebrios la mitad de los estudiantes en la sala. Y lo

que más me impresiona es que cada uno de los presidentes tiene su espada fuera de la vaina y puesta sobre la mesa. Uno de ellos, acaso el decano, los preside á todos y es el maestro de ceremonia, de suerte que cuando alguno quiere hablar, él lo anuncia, ó cuando ha hablado, él pide en su salud la libación propiciatoria. dando la señal con un cintarazo de su espada sobre la tabla, sin mantel, de la mesa, golpe que los otros presidentes contestan al unísono, produciendo un fragor guerrero. Y es singular el contraste que forman con el ruido de los aceros y las risas bárbaras, las Gretchen, en los balcones murales, que arrojan desde lo alto al asiento de los oradores, ó á las manos ansiosas de sus novios, puñados de rosas frescas.

¿Cuál habrá sido el origen de estas costumbres?... Oh, niña joven y rubia que embelleces con tus rosas le vida de ese joven bárbaro, en ti está acaso el numen de Freya y el numen de Thor guerrero está quizás en tu alma, joven bárbaro que blandes tu espada sobre la mesa de encina, donde, sin saberlo, aún bebes á la gloria de Wotan!... Tal pienso mientras pasada la alta noche, al regresar solo á mi casa, me detengo sobre el puente del Rhin, á escuchar lo que me dice el agua que pasa bajo los arcos de piedra, y que hace tres mil años conoce aquella historia. Los bárbaros han cambiado poco después de cristianizarse, como la antigua romanidad ha cambiado poco después de la destrucción del imperio. Cristo y Atila derrumbaron á Roma, pero la magnificencia de los emperadores y el genio de los dioses paganos re-

toñeció en cada una de las ciudades itálicas, en las fecundas postrimerías de la Edad Media y en los esplendores del Renacimiento. Los testimonios de la imperecedera latinidad, es lo que me gustaría ir á ver en Italia, pero la marcha ha de ser demasiado rápida para ello. John Ruskin fuése á vivir cinco años en la ciudad de los Dux, para describir «las piedras de Venecia», *The Stones of Venice*. Y si es cierto que un viaje tan rápido como el mío no impidió á Taine escribir sus dos tomos robustos, que son un admirable tratado de arte, en cambio esa premura hizo caer á los Goncourt en una superficialidad indecorosa que yo, por respeto á mí mismo, desearía evitar. Y se me ocurre esta noche que la mejor manera de conciliar la sinceridad del testimonio con la novedad del asunto, en esta ruta tan traqueada de Italia, será el buscar los temas, al azar del camino en los rincones del arte, de la Naturaleza ó de la historia que no hubieran sido ya descubiertos por vuestros libros habituales. Me placerá recoger alguna espiga que hubiera quedado en pie tras el paso de tantos segadores. Y estaré muy contento si esto sucede en los campos de la belleza, de la que aún necesitamos una larga enseñanza pública en América, y de la que ningún país ofrece como Italia, un florecimiento más original y más variado desde los confines de la Sicilia, hasta ese inmenso pórtico de los Alpes, donde en columnas de montaña, parece que tuviera el vasto cielo su capitel de nieves y de nubes.

UN REY EN EL DESTIERRO

Venecia, diciembre de 1907.

Aquel día al entrar en Venecia por el Canal Grande, sobre el agua tranquila, bajo el cielo celeste y entre los mármoles labrados de los palacios, vi flamear, en la popa de una lancha, la bandera española...

—Es el Rey don Carlos que viene—díjome el gondolero... Su lancha á gasolina caminaba más rápida que el andar perezoso de mi góndola; pero al deslizarse á la vera, leí en el flanco de su proa, este nombre: «Ondarroa», y por la ventanilla de la felza, pude ver al Monarca proscripto, en quien el cuerpo enorme, y la cabeza majestuosa, y el agua donde iba, y el grueso bastón que empuñaba como un símbolo tridente, y la gran barba larga fluyendo sobre el pecho, trajéronme el recuerdo de las antiguas divinidades fluviales. Mas, á pesar de la hipérbole imaginativa y de la evocación mitológica, cuando se hubo alejado, tan sólo me dejó la sensación de un Rey sin oropeles, llevando las soledades del destino en su automóvil marino, por este mismo Canal Grande, y entre los

mármoles labrados de estos mismos palacios, donde pasearon en su Bucentauro los Dux, aquella pompa véneta que unía, á la íntima grandeza de su abolengo romano, los brillos exteriores de un esplendor bizantino.

Este Rey de quien hablo, es el propio don Carlos de Borbón, que renovó las guerras de su abuelo por conquistar el trono de las Españas, y que después de malogradas las aventuras heroicas de su juventud, pasa hoy en el palacio Loredán, de Venecia, y en compañía de su segunda esposa, los días apacibles del exilio y de la vejez que ha comenzado. La abdicación del padre en su favor, puso en sus manos esa herencia épica y regia; y joven de veinticinco años, fué con todo su brío juvenil y el hálito de la esperanza, á ponerse él mismo á la cabeza de una lucha sangrienta que ha dado á la novela española tantos episodios como, á la novela francesa, la guerra con los prusianos. El recuerdo de aquel pasado y de su magna aventura, me despertó de súbito la curiosidad por ese Rey proscripto que acababa de pasar junto á mí, y hasta esa misma idea de «un rey en el destierro,» interesó, naturalmente, mis flaquezas sentimentales. Hallárale á la frase un vago aroma de reminiscencia infantil, el aroma de las leyendas oídas en la niñez, de reyes malos castigados por las venganzas divinas, ó de reyes buenos hostigados por las ingratitudes humanas—errantes y mendigos en una tierra extranjera. En este Rey Borbón que venía de su palacio de mármol é iba en su barca para un paseo matinal, nada había, por cierto, del pobre Rey Lear vagando por un bosque bajo el azote de la tormenta; pero en cambio encontra-

ra yo de una suprema distinción estética, el haber elegido como refugio de su exilio, esta ciudad de luz y de silencio donde todos los esplendores tienen una fecha demasiado pretérita, donde el prodigioso arabesco de sus piedras se esfuma bajo una pátina de siglos, y donde ha cuatrocientos años, Catalina Cornaro, la última Reina de Chipre, ofreció igualmente el conmovedor espectáculo de otra cabeza regia que había perdido su corona.

Sin otra deliberación que mi repentino deseo, al llegar al hotel, escribí á don Carlos una carta solicitándole una entrevista en nombre de La Nación. Yo tenía motivos para sospechar que, á pesar del prestigio de ese nombre, el Rey eludiría, en lo delicado de su situación, conversaciones con periodistas, personas no siempre discretas. Por eso, y también para que no se me sospechase uno de tantos ingenuos que llegan de nuestras Repúblicas á embobarse en la vanagloria de estas aristocracias, tuve que intercalar una alusión á mí mismo, y sin reflexionar si esto podría conquistarme ó enajenarme su simpatía, escribí con una magnífica libertad americana: «Cuando se es joven y poeta, hay el derecho hasta de mirar con desdén á los actuales reyes, que ocupan los tronos burgueses de Europa; pero siendo joven y poeta no se puede mirar sino con un alto respeto y con una profunda simpatía romántica á los reyes á quienes el destierro dió un prestigio más alto que su corona...» La frase no me enajenó su simpatía, acaso porque debió sonarle á idioma extraño en un tiempo en que sólo se rinde culto á

las exterioridades, á la fuerza y al éxito; y esa misma tarde su secretario, el Conde de Olazábal, me avisó, en lenguaje de corte, que «su augusto príncipe» me esperaba al siguiente día. Y al día siguiente, ya en el palacio Loredán, como no sabía el tratamiento que debía darse á un monarca sin imperio, y acaso para subrayar otra vez mi condición americana, le dije:—Señor: yo vengo de un continente de Repúblicas, donde no hemos tenido, en los países que hoy son de habla española, más reyes que los Incas; pero hace de ello cuatrocientos años, de modo que hemos olvidado ya cómo se habla á los Reyes...

Pero don Carlos os desembaraza pronto de la etiqueta. Os encontráis con que este descendiente de Enrique IV tiene el gesto sencillo y el ademán ingenuo, y el trato democrático, como todo verdadero aristócrata, séalo éste de pergaminos ó de alma. Viene hacia vosotros con la mano tendida y os la estrecha con familiaridad, y os habla de las cosas que pueden interesar, más que á él, á vosotros mismos. Le descubro además una óptima condición: ama el alma del pueblo—noble condición de artista y de caudillo, digna de quien ha guerreado de boina por su corona, que así debieron tenerla los fundadores de dinastías, los verdaderos Reyes, pues no lo son los que heredan los cetros, sino aquéllos que los conquistan. Tiene otra cualidad digna de elogio: el afecto por sus amigos políticos, la gratitud á los que lo han servido en su causa, hasta el extremo de que lo conmueve de emoción el recuerdo de los que murieron en sus batallas. Hasta me inquirió noticias por amigos suyos que viven en la República Argenti-

na y por un periódico carlista que se publica en Buenos Aires. Si tuviera que definirle con una sola palabra, diría que es un hombre «bueno», pues no le falta ni la extrema bondad, que como la extrema crueldad, es condición de leyenda, en un rey que tiene todas las otras: el destierro y una estatura prócer, una barba pluvial y encanecida, una vida con episodios de sangre, y una amada de juventud como esa Reina doña Margarita, walkyria y amazona que lo acompañó, recién casada, en las peripecias de la guerra.

Desde el primer momento, don Carlos me habló con gran afecto de la República Argentina. Díjome que en 1887 había visitado varias Repúblicas sudamericanas y que entonces conoció Buenos Aires, Córdoba y La Plata. Recordó del general Mitre, de Bartolito, que dirigía LA NACIÓN, y elogió el desarrollo de nuestro periodismo; y yo dije que en moralidad y esfuerzos intelectuales ésta era una de las pocas instituciones que podíamos parangonar ventajosamente con las similares de Europa. Luego afirmó que Buenos Aires era «una bella ciudad,» y entonces ya no estuvimos de acuerdo; le hice ver que la llanura, la pérdida del panorama del río y la uniformidad de nuestra edificación burguesa nos condenaban á parecernos, por ahora, más á Londres que á París, arquetipo del arte edilicio; pero que había en la ciudad nuestra un patente anhelo de embellecimiento; y cuando su amabilidad de antiguo huésped vió que no hallaba un aliado en mi vanidad cívica porque era más fuerte mi ideal estético, me dijo que teníamos una nación poderosa y llena de porvenir; y

sobre eso, naturalmente, estuvimos en absoluto de acuerdo. Un joven ingeniero español, que admira nuestro país, ilustró el tema con cifras estadísticas que acababa de leer en *Le Figaro*, acerca de nuestras próximas cosechas y de nuestro actual encaje metálico, como prueba de nuestra prosperidad. En seguida don Carlos abundó en anécdotas de sus viajes por América y recordó con emoción á un guaso que en la campaña de Chile detuvo su carroza para invitarlo á beber un vaso de chicha—libación que aceptó; y á un payador de la Argentina que había improvisado cierta vez un romance en donde rememorara episodios de la reciente guerra carlista, cuando alguien le hizo saber que él era el Rey vencido. Y me declaró su simpatía por los gauchos y por la pampa.

Yo estaba maravillado al ver gentes de Europa que así conocían las formas y el espíritu de nuestra América. Hecho ya el oído á las herejías de la ignorancia francesa, para la cual la topografía de la tierra es aún tan imprecisa como la de la luna, el hecho debía sorprenderme, bien que estos otros fuesen hombres de nuestra lengua y de nuestra raza, y uno de ellos el príncipe que hubiera ocupado, á no ser los azares de la adversidad, el trono de la nación que llevó al Nuevo Mundo el germen de la civilización europea. Y como le manifestase mi regocijo y mi gratitud por el conocimiento y el respeto con que hablaba de la República Argentina, el tema se inclinó hacia el lado lírico de la solidaridad hispanoamericana, de la comunidad civil que engendraba la unidad del idioma. Al azar de la conversación, don Carlos aludió á los antiguos virreinatos y á la organización

interna de las capitanías, bosquejándome, al paso, reminiscencias históricas, y pronto volvió á hablar de los gauchos, y preguntóme la etimología de esta palabra y de las palabras «guaso» y «payador». Parecióme muy lógico y muy hermoso que se interesara por esos tipos de las campañas argentinas, el Rey-caudillo que hizo durante cinco años una lucha de montoneras y guerrillas con campesinos de las montañas españolas, pues el gaucho no fué sino la metamorfosis del conquistador bajo la influencia libre de las pampas, que siguen hoy transformando, aunque de otra manera, al inmigrante de nuestros fundos agrícolas; y esa poesía popular, por ellos creada para cantar las guerras contra los indios, es hermana gemela del romancero donde la musa anónima de España cantó la guerra contra los moros. Y como yo dijese en voz alta mi parecer, el Rey desterrado agregó con un acento de amor y de melancolía:—¡Oh, sí! ustedes son de nuestro pueblo... ¡Cuánto desearía volver á Buenos Aires, mas es tan largo el viaje... Pensábamos con la señora ir este verano al Cairo. Pero ¡cuánto preferiría tierra argentina... ¡ya que no puedo volver á España!...

De pronto, fué como si esta frase final, ante el inflexible destino, hubiérale evocado los tiempos heroicos de su juventud y entonces, poniéndose de pie, me invitó á que visitáramos su museo particular, donde conservaba todas las reliquias de la guerra. El museo se halla establecido en un vasto salón inmediato, que tiene una ventana abierta sobre el Canal. La luz azul del cielo de Venecia, penetrando por ella, no bastaba á disipar del todo la sombra, y en la penumbra un tanto ló-

brega del lugar, destacábanse trofeos tomados al enemigo, banderas acribilladas por las balas; sables ahora enmohecidos, pero que antaño lucieron como relámpagos de la muerte en el brazo de los soldados que los esgrimieron; grímpolas recamadas de plata y oro por las manos de las madres y de las novias; retratos de los jefes muertos que nos miraban desde los muros con sus ojos hieráticos; nombres de batallas que alternaban con las enseñas de combate; cureñas, alabardas, fusiles; y en medio de aquella decoración homérica, yacente en una inmovilidad arqueológica, sobreviviendo como en un sueño, la figura misma del Rey, en quien el vestido negro, la talla de gigante y la barba de semidiós parecían acentuar la sugestión fantástica, pues este Príncipe guerrero, que en el exilio comentaba para mí, con una voz ya bronca, la historia de sus reliquias, era el mismo que hace cuarenta años, lleno de brío en la juventud y del hálito de la esperanza, había conducido por el flanco de los Pirineos, sobre las propias huellas de Rolando, toda esa máquina de guerra.

Está de más decir que don Carlos no entra sino por excepción en este museo, que encierra, según su propio sentir, sus más patrióticas ilusiones y sus más tristes recuerdos. Le noté impresionado, é íbamos á retirarnos, cuando señalando en el muro lateral un cuadro extraño, me dijo:—«Esto es el árbol de Guernica.» Era, en efecto, un gajo del árbol de las libertades vascas, encerrado como en una urna de cristal. Y como le preguntase lo que eso significaba, me contestó:—«Es un recuerdo... Yo juré bajo ese árbol, y juré según la fórmula antigua, al entrar en el territo-

rio, prometiendo ante las Diputaciones de los burgos libres, respetar sus derechos forales.»—«Refiérale usted el juramento, señor»—dijo el Conde de Olazábal, que estaba con nosotros.—«¡Ah, es un juramento terrible! Yo no juré ante los Santos Evangelios: yo puse esta mano sobre una hostia consagrada, y ofrecí mi alma al demonio y á las hogueras del infierno si faltaba á mis promesas... Es la fórmula antigua... Es un juramento terrible!»—Y sin decir más, el Rey comenzó á andar, en dirección al salón inmediato, como embargado por un pensativo silencio; y yo le seguí, sintiendo que se me agolpaban á la mente, en confuso tropel, sucesiones de Recaredos y Fernandos, cortes donde el Rey era más que cada uno y todos juntos más que el Rey, fierezas visigódicas, y fanatismos medioevales, todo fluyendo al mismo cauce de la tradición monárquica española.

Al despedirme, su secretario me acompañó hasta la puerta, donde un puentecillo de mármol sobre el canaleto lateral, une el umbral de la casa con el campillo de San Vío, pues tiene el palacio, como los otros de Venecia, una entrada para peatones, y otra por agua, donde hay arrimo para las góndolas. Pasamos un largo salón, llenos los muros, con los grandes retratos de los antepasados, desde Enrique IV con su boca irónica y su peinada barba de dandy, hasta el Rey don Juan, que abdicó sus derechos á la corona en favor de su hijo don Carlos. Pasamos luego una galería, donde había dos ó tres chambelanes de vistosas casacas. Y salí después por el vestíbulo al puente, contento de que todo hubiera marchado tan bien en mi en-

trevista, que no habíamos hablado ni una palabra de política. Eran las tres de la tarde, y en el canal esperaba la «Ondarroa» que todos los días, después del almuerzo, lleva á don Carlos y su señora hasta el Lido. Allí he tenido de ellos una impresión que completa esta entrevista literaria. El Lido es, como sabéis, una pequeña isla que, con la de Nurano y la Giudecca, contribuye á embellecer la salida de las lagunas venecianas hacia el lado del mar. Venecia tiene allí uno de sus paseos pintorescos,y á la hora vespertina el pueblo viene en góndolas y vapores á diseminarse por los jardines. Entre esa muchedumbre democrática, viene el Príncipe proscrito, vestido como siempre de saco y gran chambergo. Trae su enorme perro, que la fotografía ha divulgado, y un negrito de Africa, á quien quiere con un afecto paternal. Entre estos dos simbólicos amores de su vejez, lo ve el pueblo paseándose en el Lido, no sé si por higiénico ejercicio ó por delectación sentimental. Una avenida recta y bordeada de álamos une la costa del arribo, que mira hacia el panorama feérico de Venecia, con la opuesta costa, de arena lisa y agua mansa, ante la cual se extiende la superficie glauca del Adriático, que avanza con dulzura sobre la arena de la playa como una seda verdeazul que se desenvuelve. A esta sazón, los árboles, ya sin hojas, no tienen otro encanto que la vaga melancolía del otoño ; pero en cambio el Adriático—que ha sido en mi sentir la verdadera escuela del Tintoreto, ofrece al solitario Rey en el destierro, la más hermosa fiesta de formas fugitivas y de extraños colores que haya animado, ante los ojos del hombre, el fecundo milagro de las luces y de las aguas.

LA DECADENCIA DEL PONTIFICADO

Roma, diciembre de 1907.

Toda la cristiandad se halla, á esta sazón, conmovida por la violenta encíclica «Pascendi dominici gregis», en la que Pío X ha fulminado el modernismo religioso, llamándolo «la síntesis de todas las herejías.» Posiblemente mis lectores, si bien muy enterados sobre la que se distingue por «modernismo» en la literatura, no lo estarán igualmente acerca del movimiento homónimo que venía realizándose en el seno del catolicismo. Su nombre ha recibido consagración oficial en el propio documento pontificio, que ha debido exponer la nueva doctrina á fin de condenarla como funesta para la integridad del dogma y la unidad de su Iglesia. Haber puesto en peligro la unidad de la Iglesia y la integridad del dogma, tal fué la obra de los cismas y las herejías, que accidentan con episodios dramáticos la historia secular del catolicismo. Pero hoy ya no se trata de un reino de la tierra que rompe la sumisión de las jerarquías, declarándose fuera de la autoridad romana, como la Inglaterra de la Reforma; ni de un pensador

que se alza como Lutero proclamando la libertad religiosa, en esa franca rebeldía que quemará á las puertas de su ciudad lejana la bula que lo condene. La substancial originalidad, y para mí la posible transcendencia política del modernismo, consiste en que no es ya la lucha de los poderes temporales contra los poderes espirituales, ni menos aún el ataque desembozado que le han movido á la Iglesia sus enemigos de afuera, sino en que ahora se trata de un proceso de renovación racionalista y de exégesis filosófica iniciado dentro del clero por el clero mismo, y en que los autores de la nueva herejía, lejos de declararse redimidos de las disciplinas eclesiásticas, ratifican á cada instante su obediencia á la Sede Apostólica, á tal extremo, que el Papa, en el comienzo de su encíclica, ha debido decir: «el peligro está hoy en las entrañas y en las venas mismas de la Iglesia; ya no son los de afuera, son los de adentro quienes traman su ruina; y sus golpes son tanto más seguros en cuanto ellos saben dónde herirla mejor.»

Fué Ramiro de Maeztu, en Londres, el primero que me habló de una revisión del cristianismo, iniciada allá por el reverendo Campbell, en una serie de sermones que tuvieron un éxito mundano, y expuesta posteriormente en su libro titulado *La Nueva Teología*. Ramiro de Maeztu, á quien vosotros conocéis por su vigorosa acción de publicista y por la frecuencia con que Unamuno le nombra en estas mismas columnas, es un espíritu ágil y poderoso, enamorado de singulares doctrinas que defiende con una dialéctica sutil. No me extrañó,

pues, que le sedujera esta nueva teología, cuya metafísica es panteísta, y cuya moral, siendo una interpretación positiva y un tanto simbólica de la palabra evangélica, llega hasta la proposición del socialismo. Por mi parte, confieso, que á través de la cálida versión de mi amigo, me interesó hondamente su noticia, porque marchaba muy en el rumbo de mis reflexiones habituales. A un profesor de Oxford preguntéle más tarde su opinión sobre Mr. Campbell y sus ideas, y él me respondió que sus ideas revelaban, sin duda, un hombre asaz inteligente, pero que le sospechaba movido en su predicación por un sentimiento de vanidad egotista. Días después, yendo en un tren de Birmingham á Manchester, y conversando con un doctor protestante que me interrogara sobre mis opiniones religiosas, hablamos acerca de la nueva teología, y éste me afirmó que la consideraba un desvarío herético y monstruoso, pues creía que el concepto verdadero de la divinidad y de sus relaciones con el hombre, habían sido para siempre revelados en la palabra auténtica de la Biblia y en la interpretación literal de los Evangelios. Y traigo aquí estos recuerdos personales, porque al venir á Roma me he encontrado con disputas análogas, y si ellas no podían sorprenderme entre los sacerdotes de las sectas libres, causan, en cambio, asombro en la sede tradicional y autoritaria del Catolicismo, pues los modernistas no quieren, como los corifeos de la Reforma, separarse de la Iglesia romana, sino permanecer dentro de ella, y hasta escalar sus altas jerarquías, para transformarla de acuerdo con el espíritu y las necesidades de su tiempo.

La sola enunciación de semejante propósito bastará para revelaros la gravedad de este suceso y explicar las inquietudes del Vaticano, que han decidido al Papa á exponer y afrontar en la encíclica «Pascendi» toda la magnitud del problema. Se hizo que el 3 de julio de este año, el Santo Oficio lanzara el decreto que se llama «Lamentabile sane exitu», donde se exponían, de una manera concreta, las proposiciones condenables de la nueva doctrina. Y como se dijese que el decreto carecía de autoridad pontificia, y era, por consiguiente, discutible, ha venido después este documento dirigido por la Sede Apostólica á todos los patriarcas, primados, arzobispos, obispos y órdenes religiosas que están en paz con ella; y aun para demostrar que la Iglesia condena en absoluto el modernismo cristiano, Pío X ha dado más tarde un «motu-proprio» que ratifica la encíclica. El Papa había reconvenido privadamente á algunos sacerdotes que abrazaron el modernismo, llegando hasta suspender en la predicación y la misa á sus principales propulsores, y amenazar á algunos con la excomunión. Mas en vista de que unos y otros, con esa sumisión falaz que enseña el seminario, inclinaban la frente á la amenaza, pero volvían pronto á reincidir, el jefe de la Iglesia se ha arriesgado á firmar ese acto que, por la extensión de sus sesenta y tres páginas impresas y por el método de su plan, revela que se ha querido, no solamente hacer la pública censura de la novísima herejía, sino exponerla á los ojos de la cristiandad para que aprenda á evitarla, y dar normas de conducta que en el momento de esta crisis, importan un franco regreso á la vieja po-

lítica de la disciplina en el clero y de la intolerancia en la sociedad.

A pesar de la precisión categórica de su pensamiento y la violencia verbal de su redacción, la encíclica ha sido refutada por los modernistas, sacerdotes algunos de ellos; y se ha trabado en su torno una polémica de revistas y folletos, cual si fuera el decreto discutible de una potestad temporal. Y para que os forméis una idea del diapasón de esta gresca teológica, citaré un artículo de autor que pone bajo su nombre sus títulos de doctor en teología y de miembro de la Academia Teológica de Roma, pero que trata al Papa con una irreverencia de masón militante: «De todos los documentos pontificios que conozco—dice—ninguno tiene tan graves anomalías como la encíclica «Pascendi». Primeramente, la obra que se ha propuesto Pío X excede la esfera de la competencia personal de un pontífice, aunque éste fuese de una mente selecta como San Agustín ó Santo Tomás de Aquino... Y á un hombre de la ralea de Pío X nadie lo ha conocido como hombre de estudio. Y si como dice San Agustín: «Nemo repente fit bonus, nemo repente fit malus,» así «nemo repente fit doctus...»Si á José Sarto le bastaba su deseo de escribir la *Summa teológica* de su tiempo, no debía haberse convertido en Pío X; debió de haber hecho lo que hicieron San Girolamo y Santo Tomás. ¿Quién, en efecto, hubiese leído sin reir la encíclica «Pascendi» si hubiera sido escrita por un particular? ¿Qué se hubiera pensado si este particular, por vanidad ó por falso celo, se la hubiese hecho escribir por otros tres, como sucede, con la encíclica, y

él la hubiese firmado?» Lo que acabáis de leer se ha publicado el 10 de diciembre en la *Revista de Roma*, y aunque es la obra de un sacerdote modernista que cita los textos sagrados, dijérase el panfleto de un laico en plena polémica liberal. Y lo que hay en esto de significativo, es que esa irreverencia es equivalente al idioma en el cual la encíclica ha sido redactada, pues si elogiable por método y claridad, jamás la palabra de los Papas modernos ha sonado sobre la cátedra de Cristo con vibración más henchida de pasiones humanas y con voz más exenta de serenidad evangélica.

Yo creo que el Papa tiene razón, y que de todos los peligros que han asediado á la Iglesia, éste del clero modernista será el más grave si se le deja prosperar. Todos los anteriores embates de la fuerza, desde los príncipes bárbaros hasta los soldados de la unidad italiana, habíanle dejado la plenitud de su poder espiritual, y todos los embates de la herejía, desde Arri hasta Nietzsche, no han hecho sino circunscribir la ciudadela del dogma, ó cuando más, erigir, frente á la Basílica pontificia, las cien capillas de las sectas independientes. Pero en cambio, el triunfo del modernismo, siendo una transformación interna de la religión católica, en su triple aspecto litúrgico, disciplinario y doctrinal, implicaría, en un término más ó menos remoto, la supresión del viejo catolicismo por el voto de sus nuevos concilios y primados. Tal es la forma bajo la cual se ha aparecido á las mentes del Vaticano, este peligro moderno más espantoso que los monstruos satánicos del Apocalipsis. Y el Papa ha debido lanzar-

se contra él, porque, como afirma la encíclica, «á la misión que nos ha sido confiada de lo alto de conducir el rebaño del Señor, Jesucristo ha asignado como deber primero, el de guardar, con un cuidado celoso, el depósito tradicional de la fe, y el de defenderlo de los hombres de lenguaje perverso, seductores y predicadores de novedades, á quienes mueve el enemigo del género humano...» Mas he aquí que después de leer la encíclica «Pascendi», uno se pregunta si ella no agrava, en vez de conjurar el peligro; si, dada la manera demasiado dialéctica en que está concebida y el tono demasiado polémico en que está redactada, el Papa no habrá hecho descender la dignidad de su sede, entregando su palabra al debate de los que debieran acatarla, por haber firmado el tortuoso alegato de un teólogo jurista, en vez de ser la bondadosa homilia de un patriarca ó el airado anatema de un apóstol.

La encíclica comienza con la exposición del modernismo. Estudia su filosofía, que se funda en el agnosticismo, en la inmanencia vital, en la transfiguración y desfiguración de los fenómenos por la fe, en la evolución de los dogmas por el trabajo de la inteligencia, en la unidad de sentimiento religioso y en la variabilidad de sus formas ó símbolos rituales. Esta exposición ha sido desmentida por los modernistas, que acusan al Papa de haber adulterado capciosamente ciertos elementos de su doctrina; pero no nos interesan los detalles de esa polémica, pues hablo aquí del modernismo tal como lo ve la Santa Sede, y tal como ella lo ha condenado. Al hacer esa condenación, el Pontífice ha debido con frecuencia invocar la pa-

labra de sus antecesores ó las decisiones de los Concilios, para probar que su actitud no interrumpe sino que afianza y continúa la de sus predecesores. Y es al comparar el lenguaje y estilo de Pío X con el texto generalmente en letra itálica de los Papas anteriores, donde se ve hasta qué extremo falta á la encíclica «Pascendi» la firmeza apostólica y la dulzura patriarcal. Cuando León XIII, en el motu proprio «Ut misticam», defiende á su iglesia, dice: «A fin de atraer el desprecio y el odio sobre la esposa mística de Cristo, en la que está la verdadera luz, los hijos de las tinieblas han acostumbrado á arrojarle, á la faz de los pueblos, una calumnia pérfida, y trocando la noción de las cosas y de las palabras, la han presentado como amiga de las sombras, creadora de la ignorancia, enemiga de la ciencia, de los progresos y la luz.» Y cuando Pío IX, el otro antecesor, la defiende, dice: «Es de la filosofía, en todo lo que concierne á la religión, no el mandar, sino obedecer, no el prescribir sobre lo que debe creerse, sino el abrazarla con una sumisión que la razón aclara, sin atreverse á escrutar las profundidades de los misterios de Dios, reverenciándolos con toda piedad y humildad.»

Tal ha sido la tradición de la Iglesia Romana: el defender á la fe con la fe misma. Se hablaba con esa suavidad un tanto retórica, para aconsejar ó para ordenar, y cuando la orden ó el consejo eran ineficaces, se excomulgaba ó se reeditaba en el Syllabus el «Anatema sit» de los Concilios. La religión movíase, segura de sí propia, en el campo bien conocido de la teología; y si era necesario condenaba el progreso y condenaba la

ciencia. Su fuerza consistía en haber terminado la discusión con la fe en el misterio y con la certidumbre del milagro. Por orta parte, su gobierno, de esencia autocrática, por ser una metamórfosis de la organización imperial, gobernaba por ucases, fundado en la obediencia pasiva del clero y de la grey. Y la peligrosa temeridad de la encíclica «Pascendi» consiste en haber hecho preceder su ratificación de los dogmas y su condenación del modernismo, de un largo estudio de corte universitario; en haber descendido al campo de la polémica científica, en el que tiene que luchar con armas que no le son habituales y en el que debe forzosamente ser vencida; en haber obligado al Papa á adoptar actitudes de gladiador y á usar un lenguaje que fluctúa entre los lugares comunes del periodismo y la jerga de la filosofía contemporánea... Lo subjetivo y lo objetivo, el evolucionismo y la inmanencia vital, la subconsciencia y lo incognoscible... ¡Imaginad ese idioma en boca de un sucesor de San Pedro! Y es que la Iglesia ha olvidado su verbo, y han pasado para ella los tiempos en que podrán aparecer un San Francisco en la mística y en la pintura un Beato Angélico.

Esta correspondencia, dedicada á nuestro clero y á los que en América se preocupan de la cuestión religiosa, no tendría un interés más extenso, si no fuesen las reflexiones finales que ella me sugiere: a) La encíclica «Pascendi», al definir, separar y condenar el modernismo, lo ha reducido á una de las tantas sectas cristianas que han florecido en estos últimos tiempos. b) El

progreso del modernismo, dentro de la Iglesia, tendría que ser letal para el catolicismo, pues su programa de «plegarse á las concomitancias históricas y de armonizarse con las formas existentes de las sociedades civiles,» no podría realizarse sin una substancial modificación del rito y del dogma. c) El pontificado comprende que sólo la intransigencia y la defensa cerrada de la tradición, podrán prolongar su vida, ó la ilusión de la vida, aunque termine por ser la religión de los ancianos y de los campesinos. d) Para combatir el modernismo, y todas las tentativas análogas que puedan comprometer al dogma en lo futuro, la encíclica inaugura un nuevo período de intolerancia y de persecución, que afecta graves intereses de la sociedad y del Estado. Dado el origen clerical del modernismo, se empezará por la purificación del clero; pues los modernistas «se posesionan de cátedras en los Seminarios, en las Universidades, y las transforman en cátedras de pestilencia,» según dice la encíclica (pág. 50). Ordena en seguida que se denuncie á los nuevos herejes, pues «ya es tiempo de sacarles la máscara á esos hombres, y mostrarlos ante la iglesia universal, tales como son» (pág. 5). Ordena, asimismo, que en los Seminarios «la filosofía escolástica sea puesta como base de las ciencias sagradas» (pág. 52); que se excluya á los sacerdotes sospechosos, en los puestos docentes de los colegios ó directivos de las cofradías (pág. 54); que no se permita la reunión de Congresos sacerdotales sin permiso de los obispos, y que se prohiba en ellos proferir palabra alguna que provenga del modernismo, del presbiterianismo ó del laicismo (pág. 59); que

siendo el orgullo una de las causas morales del modernismo, las autoridades religiosas humillen á los sacerdotes soberbios, condenándoles á ínfimas y obscuras tareas, y que ejerzan una minuciosa policía en los Seminarios, para negar las órdenes á los jóvenes que se revelen demasiado independientes ó poseídos por la satánica virtud del orgullo (pág. 47). Este capítulo, llamado de los «Remedios» expone después un ilusorio sistema de inquisición para defender las diócesis de los libros malos, de las escuelas liberales y de la propaganda periodística. Pero el modernismo, ágil y elegante, busca para responder á estos rigores una singular estrofa de San Dámaso:

Spes, vía, vita, salus ratio, sapientia, lumen,
Index, porta, gigax, rex, gemma, propheta, sacerdos,
Messias, Jehová, rabbi, Sponsus, mediator,
Virgo, columna, manus, Petra, filius, Emanuelque,
Vinea, pastor, avis, pax, radix, vitis, oliva,
Fons, paries, agnus, vitulus, lex propitiator,
Vermum, homo, rete, lapis, domus: Omnia Christus.

Yo leí la encíclica «Pascendi» el día de mi visita á San Pedro, cuya arquitectura revelara, en una vasta suntuosidad sin emoción, la franca decadencia del sentimiento místico, que había minado ya á la iglesia durante el siglo XVI, y escribo esta carta, el día de mi visita á las catacumbas de San Calixto, allá en la Vía Apiana, fuera de las murallas de Roma, donde en el decorado de los sarcófagos de piedra y en las figuras de los hipogeos, quedan aún los símbolos gentiles que fueron el germen del Cristianismo primitivo... Y yo

no sé si por sugestión de estos lugares, el documento papal me ha dejado en el ánimo una impresión pesimista. Adívinase en todo él una subterránea lucha de dos bandos del clero, disputándose con intrigas la adhesión del Pontífice; compréndese en todo él las torturas de una institución que, en medio de una sociedad capitalista, no puede recobrar la sencillez de sus orígenes; que ya no puede tampoco restaurar, como en el Renacimiento, los esplendores antiguos, porque el alma de la humanidad está deshecha por el escepticismo y no ha encontrado aún el nuevo ideal estético que reconstituya su unidad; compréndese las torturas de una institución que no pudiendo adoptar las formas de la civilización contemporánea, porque le son hostiles, se vuelve contra ella, en un postrer y desigual combate, cuyo desenlace puede preverse. De ahí que se sienta en el comienzo y en el final de la «Pascendi», el respirar jadeante de un vasto ser en agonía. Dijérase que el Pontificado muere de su germen pagano; y, al ver cómo va hundiéndose hacia la historia la institución antes pujante que proclamó la fraternidad de los hombres y anunció la fraternidad de los pueblos en el nombre de la idea de Dios, nuestra ilusión idealista se conforta al ver cómo va también hundiéndose, en un declinar simultáneo, el materialismo ateo que siendo el Pontificado de la Negación, ha sido el dogma de nuestro siglo. Y ante el espectáculo de estas discusiones eclesiásticas, de las nuevas teologías, de los nuevos sueños místicos, de la teosofía y de empresas ultracientíficas, que revelan un despertar de la conciencia religiosa del mundo, puede asegurarse que, por obra de la

filosofía y la belleza, no siendo ya posible una nueva iglesia universal, el alma atormentada y errante de los hombres se encaminará hacia el individualismo religioso, donde algunos espíritus han encontrado ya una metafísica en el Panteísmo, una moral en el Evangelio, y un culto imperecedero en las liturgias del Arte.

LA LITURGIA DE LA MUSICA

Roma, diciembre de 1907.

Más allá del Puente Aelius, que decoran los amanerados Angeles del Bernin ; más allá de la pequeña puerta Castello, al otro lado del Tíber, entre el castillo de St. Angelo y la colina vaticana, se acaba de inaugurar la Sala Pía, construída para audiciones de música sacra. Ha sido su inauguración una ceremonia singular, que ha congregado á numerosos artistas, á varios primados de la Iglesia y á los pocos descendientes que restan de la aristocracia pontificia, como la Princesa Barberini, como la Princesa Aldobrandini, nepotes de antiguos Papas. Ante ese público, el maestro Perosi ha dirigido la primera de su grandioso oratorio «Transitus animæ,» una masa instrumental y coral de doscientos ejecutores. A pesar de festival tan suntuoso, la sala está rodeada por uno de los barrios más sórdidos de Roma, aquel Burgo Viejo donde los niños aún van descalzos y donde las madres del pueblo tienden su ropa blanca en los balcones. Es aquí donde en el siglo IX estallaba el incendio que el Papa León IV extinguió con un

milagroso signo de la Cruz, hecho desde el primitivo San Pedro que dominaba el caserío ardiente; suceso que ha dado su nombre á una de las cámaras del Vaticano, por aquel fresco, donde el viejo Anquises pasa en los brazos de un Eneas desnudo, mostrando hasta qué extremo el paganismo sobrevivía en la imaginación de Rafael, como en la de todos los artistas pseudocristianos del Renacimiento... Y pues la tradición del barrio está ligada á la de sus prestigiosos monumentos católicos, acaso por eso lo han elegido, lejos de todo rumor mundano, para emplazar en él la Sala Pía, cuya erección tiene á mis ojos una transcendencia extraordinaria.

Yo he meditado siempre, por reflexiones derivadas de mi propia sensibilidad, en la superioridad inmensa de la música sobre todas las artes plásticas, como elemento de sugestión religiosa. La escultura, que modeló en el bloque de los mármoles la belleza desnuda de los dioses, era el arte que correspondía al culto de una raza politeísta y á las aptitudes del espíritu helénico. Posteriormente, la pintura, que pobló con sus figuras de colores los muros de las capillas católicas, era el arte que correspondía á la civilización del Renacimiento y del alma italiana, que, á través de tantos siglos de predicación evangélica, no habrá concluído de despaganizarse. Y del propio modo que la Roma de los gentiles, al asimilar los frutos de la cultura helénica, buscó el equivalente de los mitos itálicos en las deidades del Olimpo, para encarnarlas en imágenes ya esculpidas por los artistas de la Grecia, así la Roma de los Papas, al transformar al monoteís-

mo hebreo, encarnó en esas mismas efigies las nuevas divinidades. Por eso Sandro Botticelli pudo dibujar con las mismas curvas elegantes de su afeminada distinción, el cuerpo de las devotas ante las Vírgenes aureoladas, y el cuerpo de las Gracias junto á Paris en su *Alegoría de la Primavera*; por eso ante la paleta del Ticiano, las cortesanas famosas y las Princesas libertinas pudieron servir indistintamente de modelo para la cara de las Venus y el rostro de las Madonas; y por eso en las telas del Tintoreto, los Cupidos alados y desnudos convirtiéronse en ángeles, con sólo trocar el arco de las flechas cordiales, por el arco de los violines celestes.

Mis observaciones á través de las iglesias y de los museos de Italia, y la emoción nueva que he encontrado en el oratorio de la Sala Pía, fortalecen mis antiguas meditaciones. Yo no sé si las inteligencias dirigentes del Catolicismo, habrán comprendido que la pintura ha dejado de ser un elemento litúrgico entre las clases elevadas, y que la escultura, que tan desastroso efecto produce en el interior religioso de San Pedro, sólo podía ser el arte del paganismo, que había encontrado en la belleza del cuerpo desnudo la perfección de la vida, y que, al atribuírsela á los dioses, la ofrecían en los mármoles como un ideal para los hombres. Yo no sé tampoco, si ellas comprenden la renovación que podrá derivarse de los oratorios perosianos, que el Vaticano fomenta, cuando las almas cultas que sólo ven en el ritualismo pictórico, una religión formularia, hayan encontrado revelaciones místicas en la liturgia de la música. Acaso habrá empezado entonces el culto de la sinfonía pura á la som-

bra del mismo templo donde florecieron los mármoles y las telas, pues la arquitectura, que empieza con la primera morada del hombre y alcanza su máximo desarrollo en la basílica gótica, tiene la eternidad del soplo místico, porque ella reproduce las formas grandiosas y solemnes de la naturaleza inanimada. Y, acaso entonces, las naves de Notre Dame, y la basílica de York, y la Catedral de Milán y el Domo de Florencia y la Cúpula de San Pedro, despojados de su ritualismo de imágenes y colores—todo piedra desnuda y gran silencio,—se estremecerán á los sones de la inaudita música, sintiendo en ella el verbo de su Dios invisible.

Fácilmente se comprende la importancia enorme que la iconografía ha tenido en la propagación de los dogmas. Poco importaba que el veronés Cavazzola se pintara él mismo en las «Deposiciones», entre el punto evangélico que asiste á la Madre y el Hijo yacente que se aperciben á inhumar. Poco importaba que los artistas de las escuelas lombarda y toscana—como el mismo Leonardo en su «Cenacolo»,—acostumbrasen dar por fondo al establo de las «Adoraciones», en vez de la campaña de Belén, algún paisaje de colinas azules copiado de la propia tierra natal. Poco importaba que el otro veronés, Paolo Calliari, como lo he visto en la Academia de Venecia y en el Brera de Milán, emplazara sus «Cenas» en palacios contemporáneos y vistiese á las mujeres cristianas con la seda de las dogaresas. Poco importaba, porque las almas de los pintores de aquel tiempo eran tan simples y sensuales como la de los fieles á que sus obras fueron destinadas. Los rojos violentos y los verdes sun-

tuosos de las vestiduras venecianas, los quietos lagos y los rientes alcores de la campaña lombarda, eran el elemento sensual ó local que fijaría la leyenda ó el dogma en la imaginación de tales gentes. Y todos aquellos cuadros, después de haber cumplido su misión religiosa, han pasado á enriquecer los tesoros de las pinacotecas abiertas al placer ó al estudio; y si antaño tuvieron la virtud suficiente para convertir en santuario un edificio cualquiera, en la época moderna, son ellas las que han movido á convertir en museos los templos y los conventos desolados.

Ante esta insuficiencia de la liturgia iconográfica, almas que han dejado de ser medioevales, pero que conservan un fondo religioso en medio de su complejidad moderna, sienten la necesidad de una liturgia nueva que agite en ellas las mismas emociones que los Cristos deformes de los primitivos, agitaban en un alma del siglo XIII. Ayer mismo veía yo en el enorme templo vaticano, cuya grandeza lujosa hace más notable la deserción de los fieles cómo los campesinos que vienen de la campaña romana, se acercan temblorosos á la estatua de bronce de San Pedro, que ve desde su silla pasar esa procesión hace mil años. Los fieles besan el pie y el bronce de su pie se ha gastado por los besos. Al acercarse, le miran con expresión de terror, y al alejarse, vuelven dos ó tres veces la cabeza, con gesto temeroso y furtivo, como para cerciorarse de que el dios continúa inmóvil. Son pastores que tienen largos sarcillos en las orejas, y que vienen de Albano, ó viejas de tez arrugada como la romana ebria que hay en el Museo Capitolino. Y en tanto ellos traen la ofrenda de sus ósculos idólatras á

esa divinidad hierática y sombría, que, según algunos, data del siglo v, los turistas y las mujeres elegantes, con el Baedeker rojo en una mano y el impertinente de arco dorado en la otra, se acercan á examinar el icono de bronce, que es de una fealdad inquietante, y que cierta conseja, popular en Roma, asegura ser una arcaica estatua de Jove, transformada para las necesidades del nuevo culto. Viste aún la túnica antigua. La diestra alzada que hoy empuña la llave del paraíso, habría agitado antes el haz de rayos vengadores. Sólo falta á sus pies el águila, pero si existiese, nos dirían que no es la mensajera de Júpiter, sino el ave divina del Apocalipsis...

En presencia de este espectáculo, pensaba que un culto semejante entraña el inconveniente de que lleva las almas antiguas á la idolatría y mueve las almas modernas á la irreverencia, y que si el catolicismo quiere cobrar un nuevo imperio sobre las almas, tendrá que ir á la liturgia de la música. En el Museo Cívico de Verona, yo he encontrado un cuadro que se llama *La Vergine del Roseto*, de Stefano da Zevio, un pintor primitivo. Es un jardín del empireo, donde entre flores y aves quiméricas, reposa una Madona que tiene al Niño en el regazo, una rosa en la mano, y en la frente una corona de estrellas. Por el ámbito va un coro de ángeles pequeños, que vuelan con sus alas agudas, en lánguido vuelo, como los ángeles del Perugino. Pero todo eso está hecho sin arte: las figuras se superponen en el primer plano, la composición carece de perspectiva, de lógica la disposición de las figuras, y, sin embargo, aquello os da una sugestión delicada que os viene, no del asunto,

sino del alma ingenua y creyente que se adivina en ese autor desconocido. Es un fenómeno idéntico al que se experimenta en el convento de San Marco, en Florencia, ante los frescos del Beato Angelico, donde los santos tienen en el mirar extático, toda la beatitud del alma de ese gran artista que fué tan profundamente un gran cristiano. Pero artistas análogos ya no podrían reaparecer, por la misma razón que no se volverá á escribir la *Imitación de Cristo* ó los *Fioretti*. Y la emoción que describo no la he encontrado sino en casos excepcionales, en obras donde la fe era más poderosa que la destreza profesional, pues á medida que el pintor va haciéndose dueño y señor de sus pinceles, que su obra va adquiriendo la verdad del color, la melodía de los matices, la armonía de las perspectivas, la gracia de los escorzos, la complejidad de los asuntos, la plenitud del movimiento dramático, se nota que el sentimiento místico languidece, el hálito religioso se extingue y la pintura olvida sus orígenes, y orgullosa de su independencia, según la notoria observación, desconoce á esas hermanas menores que tuvo en las mayúsculas de los breviarios y en las miniaturas de los misales.

Cuanto digo aquí de la pintura religiosa de Italia, no son divagaciones incongruentes, sino reflexiones que voluntariamente he querido anteponer á mi relato del *Transitus animæ*, pues no se comprenderá la trascendencia litúrgica que le atribuyo á la música, sino cuando se participe de mi propia impresión sobre la decadencia de la imaginería religiosa. Esta última era suficiente para llevar al alma primitiva, un concepto ó un

episodio teológico, pero el alma de un hombre moderno, imbuído de criticismo y de historia, de ciencia experimental y de escepticismo filosófico, necesita un culto capaz de renovarle las beatitudes y los vapores de la muerte, fuente de todas las religiones. He aquí lo que sólo podrá conseguirlo la música en una nueva alianza con la poesía, ó sea, las dos artes que por su naturaleza son divinas. Verdad que cuando Leonardo de Vinci hace la escala de las artes, antepone la pintura; mas, á pesar de lo universal de su ciencia y lo enciclopédico de sus aptitudes, hablan por él las preocupaciones y los gustos de su tiempo. Las artes plásticas tienen su objeto y su límite en las figuras; su reino está en el mundo de las formas, y las formas son el dominio de los hombres, puesto que caen bajo el conocimiento de sus sentidos. Entretanto, la poesía y la música son las que nos revelan el enigma de nuestra vida interior; y es sabido que el abismo de nuestra conciencia se ha hecho más profundo y más negro en la civilización contemporánea, y que en él hay el vértigo de una sima que los antiguos no conocieron. La poesía nos habla de nuestros dolores y nuestros sueños en la armonía del verbo; y la música nos habla en el verbo de la armonía, lenguaje sin imágenes y sin ideas, que es el idioma propio de la divinidad, creado por la pura potencia del ritmo como la obra del mundo.

Imaginad ahora toda esa virtud metafísica de la música puesta al servicio de una religión determinada, y tendréis el mundo que me han revelado los oratorios de Perosi, en el santuario de la Sala Pía. Diréis que desde la música gregoriana y los

cantos litúrgicos, el catolicismo se ha servido de esta alianza de la poesía con la música; y esto es verdad. Pero el «Transitus Animæ» es la entrada triunfal de la sinfonía moderna en la religión, y como la gran música excede las fronteras terrestres y aunque se la llame germana, no es de ninguna raza, ni de ninguna secta, porque es de toda la humanidad, ella necesita de la palabra para cobrar un sentido que llamaré litúrgico, y he ahí la significativa función de la poesía en el oratorio. Y para ratificar lo que digo de la música, os avisaré que Wagner triunfa en este momento en toda Italia, la tierra que parecía hecha para la canción de «Lucía», como se ha dicho en el general aplauso de las crónicas, triunfa en los grandes teatros líricos de Roma, de Florencia, de Milán; y en Nápoles mismo, yo he asistido en el glorioso San Carlos al jubileo del semidios, y he visto á la muchedumbre ultralatina de aquel golfo solar, rugir desesperada con la tristeza de Isotta, ante la escena donde, según el decir del crítico Marrama, había largo tiempo imperado la «cavatina» decrépita y los artificios de un teatro melodramático licenciosamente burgués, y «dónde se ha sentido el temblor de una viva fuente de belleza, que fluía impetuosa, arrastrando todas las cosas feas y pequeñas»... Y ahora, para hacer comprender lo que digo de la función litúrgica de la poesía en el oratorio, narraré el argumento del «Transitus Animæ».

El músico ha imaginado previamente una tragedia religiosa: las angustias del alma en el tránsito de la muerte. Para un ateo agonizante ó para

una conciencia panteísta, esta hora final no puede tener la misma intensidad dramática que para las mentes cristianas. La dualidad del Cuerpo y del Alma ha sido la esencia del catolicismo, para el cual la muerte no es sino la separación de estas dos entidades. Las ideas del bien y del mal, del premio y del castigo, dan á la vida ultramundana un significado doloroso; y el tránsito de la agonía es para el alma la hora de las angustias supremas, y el dolor de los deudos creyentes se agrava en ese instante, no sólo por los desgarramientos de la separación, sino también por las incertidumbres del destino. Como el cuerpo ha perdido sus fuerzas y todos se hallan ante lo irrevocable de la eternidad, no les queda otro refugio que la plegaria y la misericordia divina. Con tales elementos el artista ha desarrollado su tragedia, y siendo el poema de los horrores de la muerte, es á la vez el poema de la esperanza y de la fe. Para ello le han bastado dos personajes. El Anima y el Coro, cuya eficacia crecería si fuesen del todo invisibles y sólo oyéramos las voces humanas que imploran y lloran. El tercer elemento está en la orquesta, pues siendo la música una potencia metafísica de por sí, ella sugiere la idea del espacio infinito y de la eternidad pavorosa, donde el drama se desarrolla. Pocos temas, ni antiguos ni modernos, podrán ofrecerse más dignos de la inspiración musical; y el abate Perosi no lo ha malogrado, pues al talento con que ha sabido mover cada uno de los instrumentos en la numerosa masa de la orquesta, se añade la inteligencia con que ha sabido elegir los trozos latinos en los mejores textos cris-

tianos, para tejer con ellos el diálogo sobrenatural.

Los grandes músicos han buscado siempre esta idea del amor y la muerte como fuente de sus inspiraciones, lo cual podría ser otro signo divino y religioso de su arte. Por eso casi en todas las óperas tienen por desenlace la hora de la agonía y del abrazo final en que vuelven á encontrarse los protagonistas que se amaron durante el drama. De todas las tragedias musicales del género, era «Tristán é Isolda» la que, en su tercer acto, me había dado una emoción más profunda. En ella Wagner abordara el mismo tema perosiano: el tránsito del alma de Isolda hacia la eternidad. Pero después de oir el Oratorio, se comprende la profunda diferencia que los separa. Toda la obra wagneriana es el desarrollo progresivo y exclusivo de una pasión humana que la fatalidad trunca en la vida, pero que triunfa en la muerte:—y he ahí, desde el punto de vista ético, su carácter profano. El canto final de Isolda, cuyo sentido verdadero se aclara por el dúo del segundo acto, es un canto de victoria ante la muerte, y casi el goce del retorno á la luz primaria de la divinidad:—y he ahí su carácter panteísta, desde el punto de vista metafísico. Por eso Isolda, ante el cadáver del amado, en la escena final, canta:

«Ch'io ti aspiri!—¡Che in te spiri!—in te immersa—e sommersa—sento l'esser mio svanire!—Ne l'immenso ondeggiar—nel fulgor—d' una luce immortal—avvoita...—rapita..,—me smaurir... O gioia!...

Aparte la jubilosa vehemencia de la música wagneriana en este himno final del amor á la

muerte, es la poesía lo que define su carácter pagano y panteísta. Por su parte, en el «Transitus animæ», aparte la unción mística de ciertos pasajes, y algunos temas gregorianos que los doctos han señalado, es la letra la que define su carácter cristiano y monoteísta. Hay un momento en que sobre los truenos sordos de las cuerdas más broncas, el Anima exclama: «Libera me, Domine, de morte æterna in die illa tremenda.» Y al final del mismo episodio, llena de una demencia trágica, grita, turbada por el horror de la muerte: «Cor meum conturbatum est in me, et formidos mortes cecidit super me». Es el pavor de las ideas cristianas, muy distintas de la dulzura panteísta que le hacía cantar á Tristán é Isolda, en la noche de amor, bajo los árboles: «Desciende sobre nosotros, noche arcana, y traenos el olvido de la vida...»—La música del Oratorio ha reproducido la gravedad de los textos latinos. La orquesta empieza dulcemente, con una dulzura de violines, para que se oiga nítida la plegaria de la soprano que es el Anima, cuando implora la misericordia y el perdón con uno de los Salmos de David:

> «Miserere, mei, Deus, secundum magnam misericordiam tuam—Et secundum tuarum dele iniquitatem meam—Amplius lava me ab iniquitatem meam—Amplius lava me ab iniquitates: et a pecato meo munda me, etc.»

Cuando el Alma termina, el Coro, que se imagina ser las voces de los que le aman y le asisten en aquella hora de adiós, le despiden con el canto funerario del Ritual Romano: «Parte, alma cris-

tiana, de este mundo», etc... y se oye como un ruido de remos en un agua densa, y causa inquietud porque no se sabe si esa barca navega en Leteo ó Estigia; pero luego aparece que los remos se convirtieran en alas, porque baten más dulces en un medio más leve, y eso causa placer porque se imagina que unos ángeles han emprendido el vuelo. Reza el Anima y reza el Coro, y el rezo del coro se hace después entre una magna sonoridad broncínea, cuando piden al Señor que libre esa alma como libró á Noé del Diluvio, como libró á Abraham de Ur el Caldeo, como libró á Daniel de los leones, como libró á David de Goliat. Después sollozan los violoncelos y las flautas gimen con una ternura humana, acompañando al Anima que pide al Espíritu Santo no apartarse de sus ojos; y la última sílaba de su oración se une á la primera de un nuevo Miserere del Coro, en el cual, las flautas primero y los violines después, van anticipando el tema de las frases, como en un eco de instrumentos y voces. Luego se oye los Kyries, que invocan á Santa María, á San Abel, á San José, á San Pedro, á Santa Laurentina, á San Francisco, á Santa Lucía, á Santa Cecilia, á San Benedicto, á todos los santos de Dios, y mientras el Coro dice en el monótono laconismo de las letanías. «Ora pro ea», la voz del Alma, cada vez más débil, clama «Ora pro me»; hasta que al fin, sola y desfalleciente, repite la oración del Calvario:—«En tus manos, Señor, encomiendo el espíritu mío». El poema podría terminar aquí, pero el artista ha querido insinuar un tema de la primera parte, cuando el

Coro implora: «María, madre de gracia, madre de misericordia, tú que nos proteges del enemigo, acógela en la hora de la muerte...» En seguida, en un infinito silencio, se oye muy vago un tremolo á la sordina—*Anima transit*—y después de ese tránsito del Alma, que es la muerte, el Coro canta un aleluya furioso, mientras la orquesta rompe en un grandioso final, donde las cuerdas y los metales y los leños, alzan como un vasto eco de trompetas y de campanas, regocijadas por la entrada del justo en la ciudad del Señor.

Yo no soy un crítico profesional. Cuando hablo de música, me limito á narrar los paisajes interiores que ella me evoca, las emociones íntimas que me promueve, las ideas generosas que me suscita. No he querido tampoco obstruirme el oído con nociones de escuela que me harían tal vez escuchar la música con la inteligencia, privándome acaso de oirla con todo lo instintivo que la Naturaleza me ha dado, sensible á las emociones y á los misterios del sonido. Los críticos sabios dicen, que de esta prueba Perosi surge más grande. Yo no lo sé; por eso he escrito esta carta, que si algo tiene de filosofía del arte, no tiene nada de técnica musical. Pero desearía que el «Transitus animæ» fuera oído en Buenos Aires, porque sé que él me ha hecho sentir en la Sala del Burgo Viejo como en el santuario de una nueva liturgia; porque sé que es la sonoridad wagneriana cobrando un significado monoteísta en tremendos versículos de la Biblia, y es letra bíblica cobrando en el tema sinfónico la sobrenatural resonancia con que debieron de haberla oído las almas iluminadas de los Pro-

fetas. No es ya esta liturgia de la música, el son monocorde del canto llano; no es la melodía, que tiene la simplicidad de un relato: es la gran voz de las armonías y de las disonancias, sonando como la tragedia antigua de ese reino misterioso donde el Arte y la Religión se confunden.

EN EL SEÑORIO DE LOS SCALIGERI

Verona, enero de 1908.

Observa Gautier en su relato de Italia, que es imposible recordar de Verona sin asociarle el nombre de Julieta y Romeo. Y aun hoy, medio siglo después del romanticismo literario—aunque hoy, como ayer, tiempo del romanticismo imperecedero,—cuando los turistas, al venir de Milán á Venecia, detiénense en mitad de su camino á visitar la ciudad donde los Capuletos y Montescos lucharon, es la leyenda de los amantes sin ventura lo que les trae hasta aquí. No obstante, de mí sé confesar que, á las veinticuatro horas de haber venido, todo el ensueño sentimental se había esfumado al desencanto de las realidades vulgares y las reliquias apócrifas. Raro hubiera sido que semejante ilusión sobreviviera en un sitio cuyo nombre ha llegado á ser la designación antonomástica de la urbe de amor y el palacio de la fatalidad en cuyo balcón labrado, una flotante escala de seda se balancea al claro de la luna. Pero si no es posible encontrar acá ese cuadro de litografía y de soneto, Verona es, en cambio, una ciudad que retiene, si no con su leyenda, al menos con su historia, porque ella fué el señorío de los Scaligeri, dignos

de su época por la fiereza y por el refugio que prestaron á Dante, proscripto y fugitivo de Florencia. Entre las aceras decoradas por los frescos sensuales del Renacimiento, una pintoresca muchedumbre recorre sus calles, y nombres y monumentos acentúan en el viajero la ilusión de una vida intensa y antigua. De la quimera que he perdido y del ensueño que he encontrado en Verona, deseo hablaros en esta carta.

Imaginad que mi primera mañana, recorriendo la vía Capello, cuyas prolongaciones flanquean por un lado la Piazza delle Erbe y por el otro Ponte á le Navi, me llamó la atención un edificio de sórdida fachada, y sobre ella esa placa de bronce ó de mármol, con la cual se designa las casas ilustres. Tal era la histórica morada de Julieta. Sobre un frente de pocas varas, la fachada se enaltecía hasta tener cuatro pisos. Era de ruda piedra ennegrecida por los años, la fábrica que vuestra ilusión, como la mía, hubiera preferido de rosado mármol y de oros. Era un portón de venta, que daba acceso al patio mal oliente de una cuadra, el pórtico elegante que nuestra imaginación hubiese alzado con torneadas columnas corintias y arcos suntuosos. El balcón no era uno como en alegorías y en estampas, sino un simétrico ventanal que cuadriculaba, sin arte alguno, el muro liso y negro, como en las casas de renta que me entristecían en Londres, todo él de una siniestra y sólida sencillez carcelaria. Franqueado el Pórtico—he de llamarle así: tal Don Quijote llamaba á los portones de las ventas,—vi que de los balcones interiores colgaban pingajos de ropa recién lavada, como acostumbran en los barrios obreros de las ciudades de Italia, y

que aquellas habitaciones formaban un inquilinato plebeyo. Como si todo esto no bastase, el patio estaba colmado de carros y mulas, más algunos hombres que departían distraídos, sin notar en el ámbito, pestilentes olores de chiquero... Así era en la realidad la casa del amor y de la muerte, la casa del ensueño y la tragedia; y tal la habían puesto, que apenas si se conservaba como restos de improbable antigüedad, una especie de blasón en relieve toscamente esculpido en la piedra, y una de esas madonas propiciatorias que, en su nicho cubierto de cristales, aún se conservan hasta en las calles más centrales de Roma.

Salí de aquel lugar pensativamente, sin haberme atrevido á hablar á ninguno de los hombres que departían distraídos junto á sus mulas, y al contemplar, desde la acera opuesta la sórdida fachada y los balcones obscuros, no encontré uno solo como aquél que Romeo, en el lenguaje enfático de Shakespeare llamaba «puerta de la aurora»; el balcón donde en sueños hemos visto balancearse una escala de seda al claro de la luna; el balcón de la amada que por allí salía como un sol en mitad de la noche para eclipsar á «la envidiosa luna»:

(1) Arise fair sun, and kill the envious moon...

No he podido comprender por qué á esta casa histórica la han dejado en semejante abandono, tratándose de Italia que tiene en el turismo una de sus mejores industrias, y que ha organizado para ello las ruinas que glorifican con su antigüedad, la belleza inmortal de su suelo. Esta misma comuna de Verona, por ejemplo, expide un billete

(1) Aroma rubio sol y eclipsa la envidiosa luna.,

acumulativo para visitar los monumentos históricos de la ciudad. Uno es la Arena de los tiempos latinos, donde 20.000 espectadores aplaudían el combate de los hombres y de las fieras, y cuyas galerías interiores se han conservado tan intactas, que sin tener la magnitud del Coliseo, nos da mejor que aquél una ilusión de las costumbres romanas. Otro es el teatro, romano también, que se ha descubierto y que se procura restaurar excavando en el flanco de una colina que desciende al Adigio, sobre la cual se había construido un pequeño templo católico y moradas humanas. El tercero es el museo cívico, rico en pintores de la escuela veronesa—que á tal extremo estas ciudades italianas dieron al arte una vida local y propia en los tiempos fecundos de su esplendor municipal; sin que hoy falte, por cierto, entre esos representantes de su escuela, aquel Paolo Caliari, veneciano más bien en la gloria, pero más conocido en la historia del arte por el segundo nombre de su ciudadanía veronesa. El cuarto monumento es la tumba de los Scaligeri. Es el quinto lo que aquí se denomina «Sepolcro de Giulietta»; pero creedme que después de visitarlo, no se sabe si el abandono en que las autoridades veronesas han dejado la casa que la tradición popular designa con el nombre de la antigua familia Capuletti, sea preferible á la prolijidad, crédula ó maliciosa, que les ha llevado á convertir en monumento administrado por ellos, un puñado de reliquias apócrifas, donde el empleado de uniforme que las custodia y el ingenuo turista que las visita, comulgan en las mismas apariencias de un fetiquismo laico, aun más horrendo que el fetiquismo religioso.

Es en un barrio apartado, dentro de las murallas de guerra que ciñen todavía la ciudad, cerca de la ribera del Adigio, allí donde las aguas rápidas del río terminan la S que divide entre ambas márgenes el caserío veronés. Es en un barrio silencioso, donde rara vez pasan vehículos, y donde apenas si se siente á la mañana y al atardecer el eco de los clarines en los cuarteles cercanos, pues dada su situación estratégica en el Norte de Italia, Verona ha continuado siendo una plaza fuerte y la cabeza de una región militar. Junto á la acera alárgase una tapia de sencillez provinciana, cuya pequeña puerta da acceso á un solar que á la primera ojeada parece baldío. Pero el guardián que os sintiera picar á la puerta viene á ciceronearos, y él dice que allí se levantaba una capilla, donde la Heroína oía su misa, y junto á ella el convento donde vivió su confesor. Yo siento una desconfianza invencible por los informes orales de estos guías, desde una tarde que en las criptas del Panteón, en París, mientras el empleado conducía uno de los grupos que entran á ellas por turno, pregonando entretanto el nombre y los méritos del héroe, á cuya tumba nos acercáramos, le oí decir: «Aquí yacen los restos de Juan Jacobo Rousseau, poeta, y ciudadano famoso por sus virtudes.» Pero cuando los reglamentos municipales han establecido que un guardián debe acompañaros en vuestra visita, no hay más que resignarse al intrépido discurso del guía, quien suele tener un énfasis pintoresco bajo su melopea de recitado infantil.

Mientras el guardián platicaba, llegamos, en el fondo del solar, á una habitación pequeña y solitaria, donde guardaban de la intemperie un anti-

guo retrato del imaginario confesor y un sarcófago descubierto y vacío, que sin tener inscripción alguna se designaba con el nombre de aquella muerta legendaria. En el vacío del sarcófago, que era de piedra, veíanse tarjetas de peregrinos, cartas y flores secas de amantes desventurados, como en el ara de una divinidad protectora. El sarcófago había sido traído á la habitación de entre las ruinas de la capilla cercana, inexistentes ahora. El laborado tosco de la piedra certificaba una antigüedad secular, pero como había sido hallado en un camposanto de iglesia, sin cadáver ni documento alguno de identificación, pregunté al empleado por qué medios la Municipalidad documentaba esa reliquia, y el pobre hombre no atinó á responderme. Entonces recordé lo que el profesor y humanista Giuseppe Biadego, director de la Biblioteca pública de Verona, é investigador animoso de los orígenes de su ciudad, dice en un opúsculo que me había regalado esa tarde, sobre «Dante y los Scaligeri», los ilustres tiranos que la gobernaron. Hablando de Bartolomeo, el que diera refugio al poeta fugitivo, dice que bien mereció el título de Grande, y «bien mereció que su nombre venciese los siglos, ligándose á la leyenda de Giulietta y Romeo. Y he dicho «leyenda», porque ningún fundamento histórico tiene el hecho piadoso que conmovía y continúa conmoviendo tantos corazones. Y ahora agrego «leyenda literaria», esto es, no salida del alma del pueblo y transmigrada en cantos y tradiciones de edad en edad y de países en países, sino germinada en la fantasía de un novelador en pleno Renacimiento. ¿Qué importa? La leyenda, cualquiera que sea su origen,

vale á las veces mucho más que la historia, y la novela de esos amantes, verdadera con la verdad eterna del amor y del arte, vive vida inmortal en la tragedia inglesa.»

Oh, sí. La leyenda vale casi siempre mucho más que la historia, pero ¡cómo la empequeñece ó debilita la burda «mise en scène» forjada para la ubicua credulidad de los viajeros!... La amada de Romeo, como Laura, como Margarita, como Beatriz, como Eloísa, como todas las mujeres ideales que individualizan en sus nombres excelsos, ó dan formas en ellas, al ansia irrealizable de nuestros sueños errantes, han sufrido el molar de la crítica materialista, pero de entre el documento que buscaba vulgarizarlas ó suprimirlas, ellas han surgido más puras en sus bellezas, como de un ácido voraz, blancor de perla ó esplendor diamantino. Empero, cuanto buscaron en vano los doctores de la vulgaridad, realízase en un instante de desilusión, ante sórdidas realidades y reliquias apócrifas. Los seres que viven la vida inmortal del amor y del arte, no necesitan de la realidad cotidiana para su revelación, porque su forma es invisible y la huella sideral de sus plantas sólo queda en un polvo impalpable. Por eso al venir á Verona, bastaríanos la inmensa sugestión de su nombre para sentirse feliz en ella, y evocar á la hora en que la tarde cae sobre las circundantes colinas, las bárbaras figuras de sus tiempos heroicos y las figuras dolorosas de su ficción sentimental.

Yo no he sentido en las otras ciudades de Europa la ilusión de la antigüedad tan intensa como en Verona. Es como si los años pretéritos volvieran á hacerse actuales, ó como si nosotros retrocedié-

ramos en los siglos. Oxford da una emoción semejante, pero en Oxford se notan las limitaciones de la vida escolar, y desde el estudiante uniformado hasta la uniformidad de sus edificios vetustos, todo contribuye á fijaros la idea de su existencia reglamentaria. Mantua podría comparársele, si sus calles no estuviesen demasiado desiertas y sus casas muertas no diesen la impresión de una grandeza pasada. En Verona, por el contrario, se sienten palpitaciones de vida actual, y una muchedumbre pintoresca reanima, con un nuevo hálito de actividad ciudadana, el escenario apenas modificado de los grandes siglos. Centro de una región militar, las músicas marciales, resuenan á diario, y á la hora de la tarde, los oficiales y soldados vienen á pasear sus trajes multiculores y sus sombreros fantásticos en la gran plaza que se extiende al pie de la Arena y que tiene de la otra parte un viejo y rudo pórtico de piedra. Por esa misma plaza cruzan con frecuencia clérigos embozados en sus negros manteos, ó artesanos que gastan capa corta y arcaico capacete, como en los cuadros de los museos. Y al cerrar la noche, toda esa pintoresca muchedumbre, dispersa durante la jornada, congrégase á platicar en la estrecha y populosa Vía Nova que une la Arena con la Piazza delle Erbe.

Y ahora mi consejo, viajero que algún día vendréis á Verona. Si traéis un ensueño romántico, no visitéis la casa de los Capuletos; tampoco visitéis la tumba apócrifa de su hija desventurada. Preferid, en todo caso, un lento y solitario vagar en sus calles antiguas, entre las silenciosas casas del pueblo ó los palacios cuya restauración aconsejaba Ruskin á los grandes señores de Inglaterra,

para que viniesen después á habitarlos. Deteneos á contemplar, cuando la curiosidad os requiera, los torsos desnudos que aparecen en sus fachadas envejecidas, como resto glorioso del Renacimiento. Id por la noche á la piazza delle Erbe, á escuchar el rumor mujeril que pregona sus coles y lechugas entre una fuente del siglo x, y la tribuna de piedra desde la cual se proclamaban las resoluciones de la justicia en los tiempos de la república. Id á mediodía, cuando la luz es plena, á ver las estatuas de Carlomagno, Roldán y de los Oliveros en la catedral, y las ecuestres de los Scaligeros, que fueron los señores de Verona, cabalgando sobre sus maravillosas tumbas góticas que Taine admiraba. Y cuando os hayáis impregnado de esas visiones y ese ambiente, ascended á la tarde, por la ribera curva del Adigio, hasta el puente del Castillo Viejo, y al salir hacia una arboleda que estará deshojada en el otoño y en la primavera verde de hojas, solo vos mismo, con vuestro ensueño, mientras baja la noche en las circundantes colinas alpestres, sentiréis que Verona aún puede seguir siendo una ciudad de ilusión y de peregrinación, y que aún pueden erigirse, en su amurallado recinto, fantásticos palacios de mármol y de oro, para colgar de su balcón labrado, bajo la luz de la luna, una escala de seda...

FIN

INDICE

PÁGS.

Prólogo.. 7

I.—DESDE PARÍS

La crisis del Midi.. 11
El día de la República.. 25
La exposición de Vincennes. 39
La casa de Víctor Hugo. 51
La política del Pauvre Lelian. 65
Guerras de Religión.. 79

II.—RIBERAS DE BRETAÑA

Desde el fin de la tierra. 93
La tradición de Armórica. 105
De mi Arcadia Bretona. 119

III—LA ISLA DE DIAMANTE Y DE HIERRO

Sensación de Ultramancha. 139
La ciudad universitaria. 155
Shakespeare's Country. 169
La diplomacia inglesa en América. 183
El idealismo británico.. 195

IV.—RUTA DE ITALIA

Primer reposorio. 211
Un rey en el destierro. 221
La decadencia del Pontificado. 231
La liturgia de la música. 245
En el señorío de los Scaligeri. 261

LIBRARY
MAY
17
1977
OF TORONTO

BINDING SEC SEP 15 1982

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

D
919
R73
1908

Rojas, Ricardo, 1882-
Cartas de Europa.

41

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 15 19 07 05 011 2